TORRE ESCARLATA

Víctor Arevlo Sánchez

TORRE ESCARLATA

TORRE ESCARLATA

Compuesto por Víctor Arevlo Sánchez

Que expresa con muchas apariencias
lo imaginativo e ilusorio de lo
fantasioso

Año 2026

CON PRIVILEGIO *por la Editorial*
Lorem Ipsum

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

TORRE ESCARLATA 9
ESTRUCTURA.....10
LO QUE CUBRE LA TIERRA 11
EMBRIÓN.....12
SALA DE ESTAR.....15
PARED.....17
EL ENCUENTRO.....19
EL HOMBRE MISTERIOSO.....22
RAMIFICACIÓN.....25
CIUDAD ARTERIAL.....28
NUEVA ESPECIE 30
LA CINTA DE LA LLAMADA.....33
AL OTRO MUNDO.....35
EL VISITANTE 38
NO ME LLAMES 40
EL CANAL 43
ARTE ABSTRACTO.....46
MUJER.....48
FUNGI.....50
CARNÍVORO CRUENTO 51
NADA ESPECIAL, NADA MARAVILLOSO 53
ESTATUAS Y ALUCINACIONES 54

SEGUNDA PARTE

DÍA DE TRABAJO.....56
DE LA TIERRA.....60
ESPACIO SIDERAL.....71

GALERÍA SOLITARIA 79
QUIMERA FLORAL 89
NOVENO ACTO 93
LOS CANALES AGAZAPADOS 99
DÍA DE PESCA O PEZ ROJO ANTIGUO 101

TERCERA PARTE

LA VERDAD 108
EL REGRESO 112

PRIMERA PARTE

TORRE ESCARLATA

El vasto territorio se extiende por tierras desoladas con prominencias alargadas en donde la cara del mundo es gruesa y el clima es inapropiado para la viveza. El terreno se eleva y desciende suavemente hacia alturas adecuadas, para llegar nuevamente a regiones despejadas. Si los cautos del culto enviaran más esperanzas sobre mi valía, seguramente nada de lo vislumbrado tendría candor alguno. En falta de mi dolosa cordura, quisiera morir antes que aludir acerca de todas las macabras tragedias que contemplaron mis ojos. Si rezo por la falla de los todavía conscientes quienes llegan en tiempos venideros, sólo doy mi íntegro consejo: *aunque todos diferentes sean, sangramos igual*.

En los umbrales mórbidos de la incertidumbre, entre plegarias funestas y ufanas, el gran coloquio de los incautos, pecadores y devastadores penetra con latentes asaltos en la vigorosa torre escarlata recubierta del grueso sedimento que tilda las figuras siniestras donde se limita lo imaginativo de la mente humana. El límpido color luciente de cada pared rectangular se inclina hacia los cercos septentrionales de millones de presencias quienes jamás volverán a la mesura previa. La única puerta de arco, expuesta para la libre andanza, deja vía hacia los sesos del geométrico cuerpo. Las capas del suelo evidencian la misma sangre que envuelve a la torre. Las texturas enfermizas y carnosas, con los vivos exteriores, se componen de oscuras penumbras donde dejan ver los infinitos confines cruentos.

La torre permanece inmutable desde mi primera aproximación. La continua rigurosidad es inefable. Mi espera autónoma disminuye relativamente y, aunque varias de mis perspectivas resaltan otros resultados, elijo la única opción de adentrarme por la puerta.

Ingreso en la profundidad de la torre. El haz de una tenue luz entra por una ventana, colgado a una gran altura considerable. Investigo el paradero del sitio. Las paredes prosiguen la inexorable descomposición de la carne; los olores a sangre son frecuentes. El suelo muestra grietas alargadas que dificultan mi caminar. Mis conocimientos del lugar son etéreos, pero mis respectivas razones aún no logran postrarse. Los ángulos encontrados de las paredes y del suelo emanan una diminuta marca de un cúmulo enrojecido. Sus fragmentaciones son más notorias en comparación con las del propio suelo y el olor pútrido es considerablemente inquietante. La nauseabunda sensación es eminente, inigualable a otra anteriormente concebida. Siento algo agarrándome… Bajo mi mirada y veo que, desde el suelo, una extraña

masa de tejidos sube hasta ceñir y morder mi pierna. La broza malicia principia a expandirse por todo mi cuerpo hasta alcanzar los bordes de mi cuello. El intento de escapar de esa inhóspita torre es inútil. Mi andar otorga débiles pasos hacia la única salida existente. El colmo del raquítico cúmulo resguardado en la esquina de la pared comienza a expandirse con burlona rapidez. Las paredes y el suelo se transmutan en la misma composición de la horripilante materia de la carne rojiza.

La alteración golpea mi corazón con ímpetu locato por la preocupante prontitud. La velocidad de mi carrera se ralentiza a lances avanzados; el suelo impide mi marcha hacia la salvación por los ensambles tejidos que agarran mis piernas.

Mi fugaz mente permanece sin calma. Halo fuertemente de mis piernas lo más arriba posible. La dificultad que representa cada esfuerzo es incierta e indescriptible. La transmutación ahora se expande con más aceleración, sobresaliendo de mi primera impresión vendimiada. Oigo desgarrar la tensión de los tejidos que me sostiene, dudando si realmente lograré escapar. Violento mi cuerpo lo mayor que puedo hasta lograr lastimarme, desprenderme y librarme lo suficiente como para huir. Advierto el exterior y consigo salir por la puerta de arco, tomando la iniciativa de no doblar. Sigo con pasos acelerados hacia donde el mundo falsamente dirige. La crispante idea de regresar me es insólita y adusta. Es una condena que puede perseguirme por el resto de mi vida.

Lejos de las entradas del agostado abismo, respiro profundamente hasta recuperar todas las fuerzas mermadas. Frico mi rostro en ansias de grave cólera. El temor experimentado es indecible comparado con la sensación triunfante del trauma tocado. La vehemencia por huir de ese lugar es absolutamente imperiosa. No tengo otra solución más que avanzar y cuidarme de lo imprevisto de mi falaz destino. Obligado por mi honda herida de interés, viro por última vez esa horripilante torre.

Dudo por razones lógicas, pero el anhelo es un mayor lancero. En el término final de toda locura, me vuelvo con vista hacia la torre escarlata, ahora disgustada al propio odio. Los pedazos de carne cesaron de expandirse, asentándose en las cuatro caras de las paredes formantes de la torre. Se bifurcaron con el descollante propósito de dejarme encerrado y atentado dentro de ellas.

Terminando ante el canto desalentado de la desesperación, sólo espero que todo recuerdo poseído de estos lugares pueda ser asesinado con el tardo pasar del tiempo. Eso es lo último que espero.

ESTRUCTURA

Mi soledad inunda con temerosa lealtad la tragedia de mis próximas acciones. Hablando con mayor laudo, la densidad por donde camino me ha hecho alucinar con genuinas violencias afligidas.

Escruto mórbidas capas escarlatas vistas desde hace tiempo. La grave andanza, cuando consigue una nueva incertitud, es tediosa, ardorosamente sofocante, lo que arranca el percate de mi cometido.

Agradecido con la fortuna, creo que la alucinación avecinada es por causa de mi cansancio y disgusto. Lamentablemente, niego tal veracidad.

Cuando obtengo la oportunidad de descansar, abato la cabeza y tomo un resuello brusco. Reparo un cambio en el entorno con la aparición de un raro muro. Está compuesto por materiales rígidos de este mundo. Desconozco su paradero, pero su longitud me hace dar desmedidas suposiciones de los lejanos horizontes. Dicha horma se compone de oblongas entradas abovedadas separadas por continuas distancias de paredes lisas. Un adarve parece recorrer sobre la construcción, pero mi vista no alcanza a cerciorarlo. En los muros inferiores, donde el suelo comparte color, yacen grotescas aglomeraciones de cuerpos carnosos, nítidos y desnudos.

Mis dudas se desorientan. La oscuridad se resguarda entre las paredes eminentes. La realidad se aúna en escudriñar las ignotas entradas. Mi decisión es incierta, insegura y despreciable hasta el abrazo de la locura, pero la sabiduría reclama resultados execrables. Al avanzar y examinar la oscuridad, distraigo mi atención en la aglomeración de la carne germinante de las esquinas inferiores. Rememorando la experiencia de mi incidente, percato, hiero y decido escapar presto. No escucho ningún sonido mientras, continuamente, abandono el sitio.

Desde la lejanía, hallada por mi incredulidad, volteo a la estructura y miro su figura. Sin descifrar qué arcanas esconde, asiento agotado y retrocedo, reflexionando sobre la extraña naturaleza de esa innata orfandad.

LO QUE CUBRE LA TIERRA

Con la viveza de conocer más acerca de mi estadía, pienso en las posibilidades donde puedo indagar. Soy inapropiado para solucionar los problemas, pero las circunstancias actuales me exigen agudizar mis capacidades.

Mientras descarto varias respuestas erradas, recorro la amplia planicie que muestra las profundas penumbras circundantes presentes por todos los ámbitos. Rebozan sosiego y silencio, difieren frente al suelo e intimidan por su infinidad. El mundo tiñe su matiz grana en invariables fulgores y magnitudes. Los arreboles son indistinguibles por la negritud del cielo. La distancia separa aquel sueño rojo desde la superficie con aires ondeantes hasta los finitos altocúmulos escondidos en largas y complejas masas de rizoides.

Ignoro las respuestas incongruentes e incompletas. Con las ideas diagnosticadas de los supuestos entes y abatidos ataques iracundos, reflexiono y, resignado por mi incompetencia, concluyo con soluciones nada esclarecedoras.

Quedando atrapado en ciclos continuos de rarezas y anomalías, comienzo a alucinar en las posibilidades infinitas que tengo. Soy consumido por la aversión mientras, brotando del suelo, la codicia es imbricada con el deseo, terminando por infundirse en las mentes más endebles el ímpetu de creencias falaces y banales.

Entre la turbación y la confusión, oigo a lo lejos el gemir de una especie. Desde las desoladas tierras sangrientas se escuchan sus reiterados bramidos. Dirijo mis pasos al origen constante, cercano a la orilla de un acantilado.

Llegando, oteo desde lontananza la diminuta presencia de un animal cuadrúpedo. Su aspecto tiene gracia y simetría, tenaz destreza, cuerpo profundo, cabeza larga, cola arqueada, piernas delgadas y un pelaje cubierto en mantos de sangre coagulada. Renquea lentamente, incuba malestar, muestra pesadez y denota enfermedad. Aventura sobre la distante superficie sin que nadie se le interponga. Expresa inquietud, pero déspota caza en enfrentamientos de acceso. Sin posibilidad de hacer algo, me retiro del acantilado y ansío que el presente acto no vuelva a presenciarlo con tal accidente brotado.

EMBRIÓN

Frente al largo intersticio corpóreo, el pasaje subsigue con paredes viscosas y aires cálidos. Manchas rojizas recorren el suelo. El ambiente abrazador dimana entre los olores del interior. Es difícil definir en dónde estoy, pero, aun así, tengo la disposición de ofrecer mi mayor esfuerzo.

La primera impresión es de la abertura que, con mórbida presentación, denota daños en sus inferiores extremos y latentes furores en las porciones laterales. Su periferia rebosa franjas divididas en segmentos puntiagudos y finos, caracterizadas por removidas tonalidades claras y apagadas.

Al adentrarme, diviso la falta de espacio y la abundancia de la longitud, la cual precede ante cualquier camino. Los reducidos límites se ven conformados por la abrupta presencia de arrugas irregulares con cognoscible cimbreante, dando manifiesto con hipérbole prontitud.

Suponiendo el traspaso a diferentes texturas naturales, viscosidades indiferentes, exaltaciones inesperadas y prolongaciones musculares, la proximidad del final es muy incierta. Las secciones aumentaron considerablemente su tamaño, abriéndose a dimensiones aceptables. El tránsito fértil acrece y energiza el panorama visto. La habitual implantación por estas zonas es incierta y poco probable, mientras se mantenga en las mismas condiciones.

Al cambiar nuevamente, se desprenden penetrantes olores sumamente particulares. Las incesantes concentraciones de aromas venenosos y fétidos niegan la capacidad de cribar las áreas inexploradas, obligándome a seguir avanzando.

Logro llegar a una disyunción que da abertura a extensas paredes musculares con estratificaciones cilíndricas parecidas a similares columnatas. La prolongada capa carnosa es hueca, sin hendiduras, limpia y blanda. El espacio deja grandes dimensiones a las despejadas escisiones del cóncavo vacío. Los vestigios del minucioso sangrado yacen entre varias intersecciones, cubriendo las cavidades viscosas en las profundidades. Las aisladas conjuntivas dejan poco a la imaginación. La mucosa que se adentra más a las partes internas mitiga una fatídica señal en un posterior turno. La sangre empieza a hacerse más perceptible y presente mientras sigo atisbando. Mis hipótesis de las alteraciones cíclicas aún siguen sin desarrollo, pero no ceso de cuestionar por el momento.

Escudriñando las capas basales y funcionales, intuyo que las causas de ciertas cualidades son por el completo aislamiento del exterior, generando inserciones y acumulaciones de materia espesa y pegajosa. Siendo la única explicación hasta ahora, puedo decir que no estoy ausente de otra posibilidad.

La mucosa es excesiva y, en ocasiones, recaigo en hundimientos de fosas menores por no ser visibles a primera instancia. Los olores vuelven a desprender sensaciones repugnantes e insanas, similares a la misma descomposición de cuerpos perecidos.

Una pálida esfera, de singular forma, asoma entre las cercanas cavidades del borde lívido. Parece tener un diámetro cercano a un metro y está crecida por un líquido transparente. Es consistentemente estable, teniendo pequeñas galerías en su interior. Su aspecto blando y desvaído denota un invariable cambio que, al suponer por las ínfimas condiciones de la ubicación, refleja conservación y resguardo entre esas paredes musculares.

Inquirir me hace volver a replantear mis hipótesis que, claramente, revelan carencias de razones y refuerzan una naciente suposición venidera gracias a la presencia de esta extraña aparición.

Los sangrados donde manchan las zonas estrechas son indelebles de algún desprendimiento o de alguna emanación peculiar; derivan de un ser connatural y movedizo. De procedencia sinónima en posiciones y habitares, estados y situaciones, y, allende los casos, mejoras y desventajas. Si se asientan estas bases, puedo comprender la procedencia de esas manchas mediante algo externo de estos paraderos; haciéndome concluir, con mediata inferencia, la factible causante de esos escombros hacia la esfera primogénita. El basamento de mi teoría se encuentra dentro del propio camino. Su viscosidad y mucosidad mantienen el espesor de las hendiduras cerradas. Si estuviera en constante apertura por ambos exteriores, generaría flexibilidad y una persistente corriente de aire, ocasionando en las sustancias una aleación en su superficie. Este argumento lo nutro gracias al paradero en donde reposa. El entorno está abandonado por cualquier vida. Sólo existe la presencia de esta masa. Evocando los demás seres caminantes y orgánicos dentro de sus geografías, infiero que si otro ente habitara en este lugar pasaría por el mismo recorrido por donde yo pasé, dejando detrás huellas o rastros que se encontrarían ahora presentes. Pero toda la extensión está libre de elementos exógenos. Ningún rastro o huella revela haber hollado la zona. Si la estancia esférica se encuentra actualmente en estos antros, tuvo de haber pasado anteriormente por las

paredes. Ahora bien, su aspecto es muy pulcro como para cruzar —de forma reiterada— por el camino sin llegar a ensuciarse. Llevándome a concluir que sólo pudo atravesar una vez, dejando su sangre en las superficies, para después ampararse en las cavidades actuales.

Lógicamente quedan muchas preguntas por resolver. Una de ellas es saber cómo logró trasladarse del exterior al interior de este refugio o cómo llegó a alimentarse sin las capacidades necesarias. También destacan muchas particularidades que sigo sin incorporar dentro de mi planteamiento, perdurando aún sin resolución.

Nuevos olores repugnantes emanan desde la mucosidad incolora, avivando desagradables hedores que se desprenden desde las acuosas membranas. Las intangibles hileras ondeantes de residuos corruptos y pútridos parecen un vendaval activo en ira y próspero a la destrucción total del mundo. Mi respiración se incapacita y recrudece mayoritariamente a austeras interrupciones. Intento recuperarme y aspirar lo sobrante del aire puro, pero termina casi siendo en vano. Dirigiendo mi vista a la esfera, veo un brusco movimiento reflejado en la cara superior. Un engendro dibuja parte de su cuerpo en el blando tejido. Sobresale su testa con el atirantar de la corambre hasta su probable ruptura precipitada. Sus movimientos se vuelven incesantes y perpetuos. Los gorjeos aumentan y agravan considerablemente. Los revoloteos llegan a su fin y, evaporándose la película superior, estallan los frágiles tejidos en nítidos inarticulados por todos lados.

Nace hacia el exterior un amorfo, decadente, retrasado e impúdico ente. La abstracta rugosidad, vulnerable uniformidad, carente autonomía, escasa motilidad y curvada postura desata inicuas expectativas y abundantes decepciones.

Su existencia se hace presente y exacerba la luz.

Los luctuosos ecos del vagido reiteran sin cesar, pero recaen en persistentes absurdos que frecuentemente mitigan en irrelevantes disgustos, logrando sólo comprenderlos el arcano y acerbo mortinato.

SALA DE ESTAR

Un sumergido cubo cóncavo esboza rasguños en sus esquinas y profundas heridas en los laterales. En la oquedad inferior, erguida desde el suelo hasta mi altura, se ve una puerta prominente hacia una interior escalera descendente a la profundidad. Niego sobre lo natural de la construcción, pero la destreza de las reiteradas formaciones pretéritas es simplemente impresionante.

Atravieso por la puerta y desciendo por los primeros escalones; la luz termina oprimida y se desvanece lentamente. La oscuridad inunda la bajada mientras mantengo la firmeza en el andar. Veo desde la distancia una luz que emana desde otra puerta acrecida. Acercándome más, su tamaño aumenta y su iluminación se vuelve extrañamente tenue. Al llegar a la puerta y salir del pasadizo, me encuentro con una habitación confortable, silenciosa, ordenada por muebles y objetos según contrarios con todo lo visto hasta ese entonces. Es una habitación rectangular grana con paredes sólidas, sin ninguna hendidura o grieta. Alineados e incrustados en el centro y en los laterales, hay asientos contiguos repartidos en secciones de dos, llegando a mirarse uno enfrente del otro. Entre ellos, una mesa sostenida desde la pared sobresale sin tener nada estorbando por debajo. Encima de cada mesa, a una altura apreciable, se instala una lámpara de pared que ilumina con un color amarillento todo el alrededor.

Me dispongo a sentarme y asentarme por unos minutos, cuando una violenta conmoción me invade bruscamente. Una sensación de peligro y alteración me perturba impetuosamente.

Retrocedo hasta volver a subir por todo el pasadizo. Siento que vuelvo a avanzar rápido y que algunos ruidos acrecen. Los escalones parecen haber disminuido considerablemente, porque logro ver la salida más pronto de lo insistido.

Cuando salgo, bajo la cabeza y exhalo; mi visión se deforma delante de mí. La confusión abate y pierdo el brío. Durante unos segundos me mantengo decaído. Al poco tiempo logro recuperarme paulatinamente. Cuando recobro el aliento, yergo mi cuerpo y alzo la vista, veo una gran calle enfrente de mí. Ondeando la mirada por los alrededores, me percato de imponentes edificios, largas calles, grandes farolas y cielos arrebolados. Temeroso por las confusas impresiones decido volver dentro del pasadizo, pero al darme vuelta percibo

que la puerta ha desaparecido. Ahora, hallándome atrapado entre estos lares, acorralado por su entorno y macabro ambiente, puedo afirmar que he llegado a una nueva tierra apresada por continuas edificaciones, donde se manifiestan dentro de grandiosas obras e inmodestas sensaciones que ocupan mi temor a la impropia y lúgubre ciudadela.

PARED

Con los paraderos vistos, puedo imaginar las diversas catástrofes que aguardan entre las iteradas edificaciones.

Las calles aplanadas y los edificios de hormigón macizo, alumbrados por una tonalidad roja, muestran la solidez, firmeza y frialdad completa de su fundación. La carencia de aceras da libertad al caminar por cualquier dirección mediante esté a disposición y visibilidad de quien pueda transitar. La rectitud de los altos edificios vislumbra una apariencia formidable y elemental. Tienen sobre su última planta cuadrangular una superficie piramidal con todas sus caras peraltadas, terminando por encontrarse en un solo punto común. Las farolas metálicas, ubicadas frente a cada construcción, exclusivas de las avenidas, alejadas una de cada otra, alumbran notoriamente y sin perder en ningún momento su energía.

Me adentro hacia una vía secundaria donde confluyen los estrechos espacios con la anchura de la extensa avenida. Las estructuras envuelven los caminos y opacan la luz con sus elevados cuerpos. Los huecos de las ventanas, aún impasibles, oscilan siempre entre la nada y la totalidad. No puedo dejar de dar asombro a tales defensas y a la extraña cualidad de no haber sido arremetido como bienvenida. Aun así, no doy queja ciega por ello. Los sombríos presagios salen de las ventanas de medio punto del propio conjunto de las edificaciones. Las formaciones vanas llegan a verse simples, pero con una complejidad altamente confusa e inescrutable.

Al seguir avanzando, descubro la interrupción de un cruce que converge en una gran plaza rectangular conectada con otras múltiples calles estrechas que conllevan a anómalas vías. Los lánguidos bramidos y resonantes ecos abaten entre los hondos espacios. Camino entre las sombras que velan en la explanada. De forma inoportuna, un raro sonido —resonando como un musitar— repite su llamado. Parece una voz humana, aguda y frágil, con un insistente esfuerzo por atraerme. Intento hallar su paradero, volteo alrededor, miro por todas partes, pero no encuentro nada. No fue hasta un estrepitoso eco, sobresaliente de un callejón fosco, lo que me hizo escuchar su gran similitud al de una risa aniñada. El parecido al de una chica es casi idéntico. Condujo mis pasos al callejón y entro al azaroso camino que me lleva a ver su entrelaza continuidad con otras vías.

La iluminación merma y los colores desaparecen.

La luz de una lámpara parpadeante inestablemente vislumbra desde una incierta altura. Acercándome más, su energía lábil aumenta y logro desvelar la pared por la cual está sostenida. Casi llegando a la lámpara, la risa decrece considerablemente y al poco tiempo se desvanece sin dejar rastro. Sólo logra escucharse cómo el aire oscila los últimos resuellos que perecen en el suelo. Llegando abajo de la luz, veo cómo la pared sufre un desnivel donde genera un vacío. Fijando mi vista dentro de la oquedad, atisbando desde la seguridad, observando con el respecto detenimiento, veo, como primer encuentro, una masa mullida bañada en sangre brillante con distinguibles movimientos vehementes e iracundos latidos. Varias arpaduras graves desprenden incesantes sangrados e insieren hendidas por cortes de llanas duraciones.

Es indiscutible cuánto aún me falta por examinar. Habiéndome de asegurar sobre la cantidad necesaria de entes hostiles que pueda encontrarme, éste, a mi favor, no logra disuadir ninguna expectativa aparente. Sólo late sin parar cada vez más fuerte… y más fuerte.

EL ENCUENTRO

Saliendo del callejón, vuelvo a ver la iluminación de las farolas que deslumbran tenuemente. Llego al centro de la plaza y admiro la soledad abrumante. Es atosigante desconocer el origen de las construcciones con nula convicción; deja en espera a alguna futura réplica.

Sigo por un rumbo nada conocido que, sin mentir, falta a la imaginación. Mi mente repasa distraída la risa de la chica resonando en mi mente. La pesadumbre que genera, la agitación que causa, la penuria que emana, hacen enajenarme en delirio constante.

Dando un paso en falso, yerro y llego a golpear con mi hombro una puerta indiferente de uno de los edificios. Dejo una mano apoyada sobre la puerta y consigo estabilidad en mi quehacer.

Empiezo a respirar con impaciencia.

Siento cómo pierdo el control de mi cuerpo por un gran espacio de tiempo. Mi corazón palpita tan fuerte que puedo oírlo con facilidad. Las gotas de sudor recorren mi rostro y caen al suelo. Mis piernas tiemblan y pierden su fuerza para mantenerme erguido. Los brazos se vuelven inestables. El sudor se adentra por mis ojos y los vuelve lacrimosos. Sin poder aguantar la desesperación, caigo y perezco ante mi locura. De pronto, un estrepitoso grito parece acercarse detrás de la puerta en donde estoy. El estremecimiento me hace olvidar los delirios sufridos y recobro el juicio. Me escondo rápidamente en una esquina del edificio, cercano a una farola. Cuando asomo mi vista para ver la presentida aproximación, las farolas se apagan. Reina la oscuridad. La puerta se abre hacia afuera con un chirriante sonido. Se esparce una blanquecina luz, proveniente del interior, que ilumina parte del exterior. Espero con anticipación la salida de otro ente, pero sólo recibo la luz surtida de la puerta sin supuesto motivo.

Persevero por unos minutos inmóvil hasta el acontecer de cosa alguna, pero como conclusión veo cómo la puerta cierra con lentitud. Al cerrarse la puerta por completo, las farolas vuelven a iluminar los alrededores. Reposo en el suelo y respiro pasivamente, pensando en el insoportable miedo de encontrar otro ente. Al ordenar mis ideas y pensamientos me alzo, doy un largo suspiro y me acerco sigilosamente a la puerta. Al acercarme, las farolas vuelven a apagarse y la puerta se abre inmediatamente. La luz que emite sigue siendo blanquecina. No tengo tiempo de volver a la esquina, así que decido

arrimarme a la pared del edificio. Se escucha un ruido grotesco similar al abatimiento de miles de adeptos hambrientos. Hago el esfuerzo para no ser descubierto. Siento mi corazón acelerar con violencia por la mordaz fuente de terror.

El ente saca su primera pata. La longitud es equivalente al de las farolas, con un matiz rojo pálido y de extremidades extremadamente delgadas. Pueden verse con facilidad los huesos integrantes dentro de su piel, terminando la punta de la pata en forma afilada. Saca la otra pata, emparejándola con la anterior: delgada, pálida y con ápice punzante. Finalmente, mostrando la cabeza afuera de la puerta, puedo ver la dañada composición que tiene. La cabeza es alargada, de mandíbula caída y con diminutos dientes afilados como garras o sierras de plata. No presenta fosas de respiración por ninguna parte, pero conserva la apariencia de haber perdido dicha cualidad para ser reemplazada con marañas de carne. Carece de ojos; sólo se ven las cavidades oculares en su interior, pareciendo inútiles ahora para su propietario.

Intento retroceder pausadamente para escapar del insaciable ente. Al dar tres pasos, éste da un bramido agudo. El sonido se prolonga por calles, plazas, edificios y espacios de toda la ciudadela. Detengo mi escape y decido pasar el mayor tiempo posible paralizado hasta la ida del ente. Con arduo tardío y suspicaz agudeza, decide volver a esconderse en el edificio. Tarda en irse. Se nota indeciso por dejar el exterior. Sin más inconvenientes retrocede y se cierra la puerta nuevamente. Las farolas otra vez iluminan las calles y vuelvo a moverme con cautela y miedo. Indeciso a caminar por miedo a ser emboscado por otra trampa, me mantengo inmóvil y en silencio por una larga jornada.

Viendo los alrededores, atribuyendo las ideas obtenidas del lugar, admirando el firmamento ahora cambiado a un lóbrego anochecer, pienso en las desprovistas necesidades que plagan este mundo para la vida misma, como la supuesta inexistencia de agua en toda la ciudadela. Rememoro la risa de la chica con firmeza y sin agonía. Lo escuchado no es una confusión, mucho menos una alucinación. Basto en la idea de encontrar a otro humano que me ayude a escapar de este averno. Aseguro que, si sigo buscando por los rincones de la ciudadela, lograré encontrar a la chica escabullida. Poseo mis propios temores —aunque no hay más que pueda poseer—, como la presencia de otro ente o un súbito ataque inminente, entre muchos otros. En el peor de los casos sería haber sido engañado por la blanda voz de la chica, quien en su treta yazca realmente un ente, divirtiéndose de mis sentidos. No puedo quedarme anclado a ese punto, debo encontrar respuestas. No puedo descansar hasta alcanzar

mi cometido. Dando favor a la verdad, estoy exhausto. Siento que, en cualquier momento, bajaré la guardia y sucumbiré a mi cansancio. Mientras no haya caído, continuaré sin gasto.

Incitado, camino por otras calles para buscar. Alejado de aquel edificio, denoto la cualidad de que es el único con una puerta basta. El hallazgo de aquel nuevo ente alerta mis sentidos al encuentro de otra forma fuera de lo precavido. Sigo avanzando. Se oyen los sonidos que golpean los ápices de los edificios oblicuos. No dimito en las expectativas, no mohíno en el cansancio. La mayor prioridad que mantengo como fin, por la cual no deserto, es encontrar la risa que ulula de la chica.

EL HOMBRE MISTERIOSO

Cercano a las profundas capas inferiores, consigo reconocer un extenso pasadizo que se pierde entre los oscuros mantos de carne. Mis manos palpan las paredes de calidades mórbidas.

Alentado a penetrar los ignotos campos estrechos al final de las escaleras, el descender seguramente sea lento por mi andar. Asumo gran perspicacia en poder encontrar algún antecedente que resuelva mis incógnitas. Tomo gala abajo hacia las posibilidades permitidas.

Al enflaquecer, percibo el agudo sonido de la ciudadela con cautela. La sensación de inseguridad recorre mi espalda, mientras adquiero diversos pensamientos del lugar. Mantengo atemorizante sufrir, unido al minucioso andar causado por las resbaladizas escaleras maculadas con sangre. Visualizo el ahogado pasadizo que pasea a otra habitación de diferente apariencia.

Terminando de descender, llego a una entrada pequeña cuadrangular con los mismos aspectos carnosos. Hay una abertura hacia otra zona que soy incapaz de ver. Dispuesto nuevamente a entrar ante los estrechos que llevan a otro sitio, penetro con desagrado. Es tal mi impulso que las paredes del pasadizo se vuelven más angostas. Capto un insípido olor proveniente de las propias paredes. Mientras camino, necesito pegarme a la pared por culpa del carente espacio del derredor. Entonces, veo una tenue luz expulsada desde el otro lado del pasadizo. Mi suplicio se detendrá gracias al triunfo de la otra habitación o fracasaré en el intento de encontrar una nueva zona con mejor libertad.

Habiendo superado tal macabro paso, la intuición de un reciente avance en el paradero es evidente. La aventura toma marcha con vitales rumbos por parte de cualidades de mi devastada y mancillada vida presente. Aunque varios puntos de razonamiento son complejos, soy casi inamovible en los estados actuales según me invaden.

La actual reluciente habitación sangrienta denota, de manera mimética, las atribuciones de otros lugares. Las planas paredes de carne se distribuyen por todas partes. El techo es bajo, pero no llega a molestar.

Identifico algunas estructuras entretanto diferencio con claridad. En la pared de mi izquierda hay tres entradas separadas finalizando en arco. Son de una altura específica para

humanos. No percibo forma de vida dentro de ellas, sólo oscuridad. Delante de mí, en la pared de enfrente, hay otra puerta igual a las anteriores de tamaño más reducido a las otras. Tampoco veo vida, otra vez oscuridad.

En la parte izquierda de la habitación no existe una pared, sino un enorme túnel cual carácter lineal. Por ambos lados recorre las zonas subterráneas que abordan toda la ciudadela. El diámetro se aproxima a los cinco metros del cálculo. Parece no tener fin alguno. El interior contiene rastros de marañas sangrientas, comparándose a órganos en funestas penas de muerte.

La contradicción de los pensamientos germina de mi cabeza.

El último detalle recorre mi cuerpo con prontitud. La estatua de un hombre abstracto, firme en el centro, yace mirando hacia el túnel.

Sus facciones son desconocidas. Tiene brazos largos y delgados; éstos doblan hacia el suelo y no llegan a tocar el piso. No se compone de manos ni dedos, sino por un cargo íntimo de un afilado ápice que reemplaza las partes faltantes. El sistema corpóreo del torso y las piernas se aúnan en un soporte rígido y simétricamente rectangular. Los hombros terminan por conformar un cuadrado de asomo afín a la parte externa humana. El rostro carece de expresión y la cabeza, como todo el cuerpo, se baña en un reluciente color rojizo.

Petrificado con la presencia de la estatua, mi naturaleza por evitar acercarme al esplendoroso cuerpo con detalle es inútil.

Escudriñando el cuerpo inmóvil, descubro su hechura. Sin hacer nada en ese lugar, pienso hablarle incluso con la falta de boca que él presenta.

—Buenos días —digo, pero no hay respuesta.

Mi gran desfavor me lleva a hablar con el ser inanimado sin usar ningún mínimo de razón. Me pregunto por qué necesito hablar con la estatua. Intento recuperarme y mantenerme firme. Obtengo una conforme respuesta al entender mi necesidad de hablar un poco para mí para concretar las cosas.

—Me he sentido tan desprendido de mí mismo desde que llegué a este mundo. Las sustancias que componen todo jamás habrían existido gracias a las ideas soberanas o elevadas. El deslindamiento del pensamiento humano enalteció a los sentimientos. ¿En qué clase de seres nos hemos convertido? Expulsamos la imagen divina del ser etéreo. Existimos gracias al amigo del vivir: el sobrevivir. Pluralizamos, aunque éramos singulares. ¿Qué

hemos creado? ¿Qué hemos criado? Hicimos imágenes, no formas. Sin embargo, todo fluye. Qué indigno de ser…

Detengo mis pensamientos.

Un sonido proveniente de la ciudadela se aproxima por el pasadizo de donde vengo. Tomo la opción de entrar por alguna puerta que ofrece la habitación. Elijo la primera cercana al pasadizo original. Antes de huir y volver al agobio, reflexiono con agudeza mi situación con el hombre puesto allí. Ensanché mi mente hacia ideas antes recónditas. ¿Tendré yacidos mis pensamientos entre serenidad y milagro o habré envuelto mi temple en rareza y locura? El sonido incrementa con continuos lapsos. Sin perder más tiempo, entro por la puerta. Recuerdo cómo la composición de la habitación está unida con la piel de la estatua, obrándome a suponer que todo este entorno sea el mismo hombre, y yo, ahora, lo esté hollando. Detengo este pensamiento por culpa del sonido en abrupto aumento. Sigo caminando sin saber adónde me dirijo, aunque la idea de seguir pisándolo perdurará por mucho tiempo.

RAMIFICACIÓN

Después de huir, atravesando las foscas partes estorbosas, llego a un espacio difícil de creer. Desde las paredes del pasadizo, resulto de la oscura bruma donde sólo escucho el sonido de mi errar. Intento avanzar más, pero mis esfuerzos son en vano.

Mientras espero por un rato, en creencia de venidera falta de ayudarme, una tenue luz ilumina el suelo. La presencia de un farol metálico negro encendido se hace presente. Opto por la única opción de asirlo y comenzar a caminar.

Sin saber adónde me dirijo ni dónde terminaré, sólo sé que sujeto la necesidad de sobrevivir si arribo al final. No poseo indicio de saber lo rodeado o si alguno me estuviera observando. La luz no es suficiente para alumbrar todo el derredor. Siento la presencia de alguien más, alguien quien me acompaña detrás de mí, quien me ha seguido desde que así el farol. No tengo suficiente valor para mirar atrás, sólo sigo adelante con la excusa de escapar de esta incómoda caza. La fortuna no me sonríe. Avanzo a ningún lugar, solamente camino al más allá, donde puede existir lo finito o mi muerte. Con extensa desventaja, una esperanza asiste a mi presencia: un fuego avanza con fulgúrea lentitud delante de mí. La luz oscila ligeramente en una altura igual a la de mi farol. Es posible: ¡tengo enfrente de mí a una persona, a un humano! Es el momento que tanto anhelaba. Comienzo a acercarme lentamente a la débil luz con ansias para ver a mi nuevo acompañante, pero al aproximarme más, la luz se detiene y yo igualmente. Baja su farol hasta el suelo y oigo unos pasos alejarse. ¿Será ésta la forma de mostrar su miedo? Pronto la luz del farol vuelve a levantarse y sigue avanzando nuevamente. Sigo la luz que me guía, pero con una interrogante en mente: ¿se habrá percatado de mi presencia al volver a embrazar el farol? Si cierto es que caminó enfrente de mí y regresó recogiendo sus mismos pasos, ciertamente remordió de mi presencia; naturalmente alarmará de mí y empezará a caminar con esperanzas de que lo pierda. En todo caso debo mostrarme dócil y con partidarias intenciones.

El proceso de detenerse, bajar el farol, oír pasos y volver a caminar se vuelve reiterante. Llevamos avanzando de la misma manera por aproximadamente quince minutos. Algo adviene mal. Pienso en acercarme, pero retrocedo ante tal idea porque, si me juntara bruscamente, posiblemente él esté dispuesto a atacarme. Entonces, decido seguir la firmeza unánime de estas iterables.

Llegamos al evento en donde baja el farol, pero esta vez no se perciben sus pasos. Todo atiende a la cautela. Sólo hay silencio en mi espera de la nadería. Dudo si mi acompañante continúa enfrente de mí, pero quedo en espera de alguna respuesta. Finalmente vuelve a levantarse el fuego y sigue avanzando. En un momento la luz queda quieta sin descender al suelo. Mirando la llama, mis ojos empiezan a debilitarse y a cegarse con simultaneidad. ¿Estará pensado adónde ir? ¿Estará igualmente perdido? Después retorna el caminar por la misma dirección. Llega un cambio; mis alrededores se llenan de gruesas ramas gigantes que alcanzan las alturas septentrionales, todas teñidas de terracota y con la particularidad de marcas negras impresas en partes aleatorias. Puramente aparecen a los alrededores, jamás frente a nosotros.

Seguimos caminando sin detenernos, no paramos hasta pasados diez minutos. La luz que he perseguido comienza a avanzar con mayor celeridad. Emprendo a tomar su misma prontitud, pero es inútil cuando en un momento inesperado sale corriendo, perdiéndose en la lejanía. Intento correr, pero es en vano. He perdido por completo la luz. Quedándome inmóvil por un segundo, regresa la sensación de una presencia persiguiéndome por detrás. Estoy sumamente perturbado. En cualquier momento, sin anticipo ni adelanto, una mano me agarrará y arrastrará mi cuerpo, llevándome a la profunda oscuridad, perdiendo propia la luz y la vida. Percato mis miedos e inicio a dar varios pasos. La luz de la llama de mi farol es tenue, pero la suficiente para guiarme. Continúo caminando a lo finito, ceñido de mi perturbación, de mi farol y de las ramas manifestándose al porvenir. No tiendo a ver luz semejante por mucho tiempo, únicamente la ofrecida por mi llama.

Caminando un rato por la soledad, a veces se oyen los crujidos de las ramas. Algunos sonidos provienen del crepitar de la llama; otros, desde el unísono eco, pero ninguno más perturbador que el inefable ulular de una risita. ¿Será acaso la risa que tanto rebusco? Avanzo sin detenerme, sin retardarme, sin parecer motivo alguno. Al presenciar un sublime rastro de luz, me dirijo hacia ella con gran contento. Acercándome, empiezo a ver el realce del relumbre. ¡Es mi acompañante, no hay duda de ello! Me acerco con abultadas expectativas. La luz se hace más fuerte. Entre más reúno, acrecienta con exponencial prontitud, terminando por iluminar todos los alrededores… y a mi acompañante. Manteniéndome lejos para no ocasionar aprensión, me detengo antes de entrar a la luz al ver a mi acompañante lo mejor posible. Escudriñándolo, puedo ver el ropaje que lleva puesto. Un abrigo blanco con el alzado

cuello alto cubriendo su propia gola y rostro. Las mangas largas llegan a esconder el dorso de la mano. Usa pantalón y medias color albo que ciñen hasta dentro de las piernas. Atisbo si puedo descubrir el color de su cabello y manos, pero me es imposible. Está parado al lado de su farol, inmóvil. Puntuales ramas herméticas —siendo las primeras en aparecer enfrente— obstaculizan el camino, dejándonos atrapados. Aprecio la escena en silencio. Mi acompañante levanta los brazos como si alabara a un hado. Las ramas comenzaron a apartarse gradualmente, dejando el camino libre. Manteniendo los brazos alzados sin descenderlos, sosegados e inertes, observo cómo un cuerpo gigante se aproxima. Una esfera planetesimal dividida por cinturones ámbares oscuros, máculas salvias y bandas corales claras, todas ellas alineadas en dirección paralela. Es de dimensión voluminosa, oronda, en vilo sobre nosotros, rotando y avanzando enfrente de mi acompañante. Bajando los brazos, permanece mirando al planeta levitante. Observo anonadado ante la imposible exposición. Al volver a estar firme agarra su farol, lo acerca a su rostro, da un leve soplo y apaga el fuego para siempre. Quedo expectante por unos segundos, esperando en el silencio. Al percatar mi llama disminuida por su consumo, apresuro a atravesar la apertura. Caminando rápido, protegiendo la llama, busco en los alrededores a mi acompañante que, de alguna manera, había desaparecido. Percato ágilmente, debido a un descuido, que arranco a golpear con el pie un farol tirado. Lo levanto y siento en su interior un calor aún radiante. Prospero más y rebaso en un pasadizo ancho y largo que alberga hasta el final unos escalones ascendentes hasta la superficie. El esplendor sobresale suficiente para dejar los faroles. Los dejo en el suelo y subo los primeros escalones. Cercano a salir, una sensación concibe mi recato. Regresando abajo, recojo el farol que todavía ilumina y lo muevo al principio del pasadizo, dejándolo en medio de la entrada con la esperanza de que mi acompañante pueda salir en algún momento.

CIUDAD ARTERIAL

Retorno a la salida y subo por los escalones, emergiendo a la superficie de la ciudadela.

Parado en la calle, pienso indecisamente adónde dirigirme. Las direcciones que ideo son inexactas. Miro hacia la izquierda y veo la infinidad del camino alejarse continuamente. Miro hacia la derecha y encuentro una extraña anomalía visual. La profundidad del camino parece doblegarse consecutivamente, cayendo una gran lobreguez que se manifiesta rápidamente. Las farolas parpadean con frenesí, centellando activamente. Decido, como primera opción, protegerme dentro del pasadizo por el que vine, pero un feroz bramido se expide desde las profundidades, acentuando el rechazo hacia mi presencia. Sin otra opción, encamino hacia la calle izquierda con apresurada intención.

Avizoro atrás y percato que la devoradora tierra continúa alzándose hasta los cielos y encorvándose de arriba a abajo. La magnitud monstruosa y espontánea del movimiento circular propaga con energía la onda descendente y colapsa en su mismo eje, encerrándola y reproduciéndola sucesivamente. Los edificios decrecen y ascienden, circundando las orillas del cielo. Las farolas extinguen sus luces y se funden en la profundidad de la oscuridad. El mundo doblega sobre sí mismo y cae, consumiéndose enteramente.

Mis esfuerzos son nimios. Después de correr y quedar exhausto, en el fondo de mis entrañas resuena el palpitar de mi corazón, ansiando soplo. La tierra y las penumbras casi me consumen por completo. La entrada de un edificio está dispuesta al lado de mí. Sin tomar otra decisión, me adentro en el interior del edificio. El entorno que me rodea ha cambiado. El interior de la habitación es de angosto espacio con una escalera helicoidal levógira *sin alma* hacia un ascender sinfín. La entrada queda cerrada herméticamente por una sólida carnosidad pálida. La única opción para encontrar una salida es subir por la escalera y esperar hallar una escapatoria. Inicio a caminar y advierto la infinidad de peldaños repetidos uniformemente. Arribo con continuos pasos. Miro desde la altura de donde estoy la hondura del vacío que me separa del suelo. Repasando el gran movimiento enarcado del mundo, rememoro una imagen difusa que no logro aclarar. Parecían haber unas catervas ovaladas colgantes descendiendo de las paredes, dejando estelas detrás de ellas. Me es imposible explicar esta posible alucinación, tal vez por confusión o bruma. Ante la aprensión del largo

tiempo, todavía atrapado, mis pasos se vuelven maquinales y la percepción del espacio se torna nula y vana.

Después de seguir el interminable ascenso, percato el final del techo y el término de los escalones. Apresurando los pasos, escucho un eco iracundo elevarse por el *sin alma* de la profundidad. Piso el último escalón y encuentro una puerta que da hacia un exterior desconocido. Pienso que, debido a la altitud en donde estoy, es peligroso salir sin atisbar plenariamente. Con precaución me acerco al borde y miro la honda oscuridad puesta, separada… o eso intento ver. Sólo observo una superficie llana de piel situada al ras de mi pie. Confuso, retrocedo y reparo en mirar por donde subí. Nada había cambiado, todo seguía invariable. Tratando de comprender la situación, vuelvo a mirar la salida e intento entender mi desorientación. El paisaje dibuja desniveles escarpados y aberturas largas y estrechas donde recorre un líquido rojo entre adosadas pendientes y afilados roquedales. Ante una singular e inexacta explicación, doy el único dislate a expresar: un edificio sin oriente, sin lugar, sin final.

NUEVA ESPECIE

Sondeando el exterior, noto los cambios sufridos en el entorno. Los edificios han desaparecido. Sólo quedan extraños rimeros de piedras trapezoidales al revés que se incrustan en las paredes enfrente de mí. La luz natural subsiste todavía. Varios caminos están obstruidos por cantidades de rocas peligrosas. El suelo árido y desértico presenta pequeñas fragmentaciones inusuales e irregulares. Desconfiado, espero dentro del edificio con esperanzas de presenciar algún suceso inesperado o de ver alguna señal redentora. Evidentemente, nada ocurrió.

Después de persistir decido salir a investigar, aunque ello implique encontrarme con otro ente. Salgo lentamente, observando los alrededores. Miro a la izquierda y el camino está obstaculizado por grandes piedras sobrepuestas. A la derecha hay cimas de tierras planas donde reside una ingente grieta recubierta por pedruscos. Aproximo y veo el camino tornar por otra dirección, dando más por recorrer. Desconozco si debo adentrarme o retroceder, así que volteo a la entrada del edificio y, al hacerlo, la puerta se había desvanecido. El inesperado suceso había ocurrido.

Sin opciones, me adentro en la grieta. El camino es angosto y los extremos casi punzan mi piel. Consigo llegar a la vuelta y distingo una continua trayectoria lineal hasta la incierta infinidad.

El pánico invade mi mente.

La posibilidad de quedar atrapado perpetuamente es improbable como posible. Las paredes podrían aunarse y dejarme encerrado sin escapatoria, agotando el aire, secando mi piel, atajando mi sangre y llevándome a una muerte gradual y lenta. Ante la posibilidad decido retroceder, pero al mirar la entrada percibo una clase de *crisálidas* encrespándose en el suelo. Las *pulpas* parecen romperse y expulsar criaturas húmedas, abultadas, imperfectas e inacabadas. Con lomos corvos y tortuosos, dejan manchas acuosas y huellas rojas. Estas *larvas* sollozan repetidas veces, palpitando febrilmente. Sin ahora tener intención de volver, deshago mis creencias y me encamino entre los restos líticos de la grieta. Sospecho ser perseguido por aquellos entes, así que aseguro y confirmo haberlos rezagado, avanzando finalmente seguro.

Llego a un punto de intersección donde cruzan tres caminos lineales. Delante de mí, el primero, parece ser la continuación que prosigue avanzando sin parecer finalizar todavía. A mi izquierda, el segundo, logra extenderse hasta otra vuelta donde retorna en la dirección que provengo. A mi derecha, el último, ondula sus paredes, impidiéndome ver el final. Al no ser perseguido en este instante, doy libertad a explorar cada uno.

Elijo como primera opción el camino derecho, incluso siendo difícil de atravesar. Adentrando las curvas estrechas, corto levemente la palma de mi mano derecha en una de las piedras. Logro pasar con cierta astucia los obstáculos y sigo con recto andar. Recorro un pequeño segmento y termino frente a una pared plana, que finaliza el recorrido. La sección tiene inscrito un tipo de escritura constituida por trazos finos y fijos. Los caracteres ocupan espacios ordenados, con direccionalidad de arriba a abajo y de tamaño distinguible y legible. Hundida la escritura en la piedra, el vetusto color no parece borrarse. Algunas trazas son visibles en la parte inferior de la escritura. Incapaz de comprender los caracteres, abandono la pared y regreso a la intersección donde, cerca de una esquina, encuentro una mancha acuosa y viscosa que anteriormente no estaba. Sigilosamente arrimo y veo en la sustancia vestigios de sangre sumergidos en la densidad de la mácula. Frente a la incertidumbre de ser perseguido por un ente, reanudo la prosecución del cruce original. Retomando el andar, reparo en la extrañeza del camino por comenzar a curvarse y por descender en la eminencia del terreno, formando una gran bajada que permite observar los amplios, simétricos y múltiples agujeros bordeados por grietas aciculares, aserradas y anchas respecto a su longitud y entremedias fisuras subuladas, dentadas y estrechas relativas a su amplitud. Entrando al centro de un descomunal espacio, hallo divididas grietas que conducen hacia inciertos lugares. Las piedras incrustadas en las paredes parecen reducir sus caras, dejando formas romas, obtusas y tupidas. El ámbito *fractal* comprende frecuentes irregularidades y escalas de tamaños inusuales. Sus extremidades repetitivas presentan semejanzas e igualdades de larga perennidad en el subsistir del tiempo. Los decursos de algunas concavidades me dan una idea que efectúo frente a unas paredes. Posicionado, sitúo la mano izquierda arriba en una piedra y subo el pie derecho. Impulso la pierna derecha hacia arriba y posteriormente coloco la mano diestra en otra piedra, escalando el pie izquierdo a una altura próxima a la otra pierna. Ejerzo fuerza sobre la pierna izquierda y remonto hasta asir la siguiente piedra con la mano zurda, colocando otra vez el pie derecho contiguo a la otra pierna. Repito los

pasos en orden, consecución y método correcto y, en cuestión de brío, consigo subir hasta el páramo infinito. Impelo los brazos y apoyo las manos en la tierra, realzando las piernas e irguiéndome totalmente. Volteo hacia el hondo vacío escalado. Contemplo las innumerables fracciones arcaicas, acompañadas de los brumosos horizontes difuminados que me rodean. Entiendo que cualquier grieta por donde descienda me llevará nuevamente al suelo. Decido apartarme de las vastas formaciones e indago el confín de las explanadas adustas, férreas e inescrutables ahora percibidas.

Caminar por este suelo es cómodo. La sencillez de sólo cuidar y mantener mis pasos sobre esta tierra desolada, viendo únicamente quietud y serenidad, es complaciente e indulgente. La oportunidad de, finalmente, reposar y descansar por un momento es tranquilizante. Jamás pensé sentir algo así. Ignoro qué había en los ápices de cada grieta cuales omití. Tal vez cada una hubiera acabado con conclusiones diferentes. Alguna terminaría con un disfrazado agujero que me habría hecho caer hasta las profundidades. Otra acabaría con algún posible ente que me perseguiría y asesinaría en cuestión de segundos, finalizando mi repugnante e indeseable sufrimiento. En otras, posiblemente la mayoría, encontraría sólo vacío sin importancia ni valor alguno.

Por alguna razón, todo lo imaginado paréceme gracioso.

Todo lo pensado paréceme convencional. *Ya visto*.

Camino más y reparo en la posibilidad de estar extraviado por la uniformidad de la atmósfera, siendo particular un entorno extenso, solitario, nublado y sin fisuras. El color predominante del entorno es de un rojo apagado, no solamente teñido en el suelo, sino también manifestado en el firmamento, aunque éste tiene cierta complejidad para describirse. Avanzando, los lejanos horizontes revelan previas piedras trapezoidales, pero con la singularidad de tener tamaños gigantescos y desmesurados. Todas están aglomeradas y acopiadas, exponiendo un paisaje alterado y desproporcionado. Advirtiendo que puedo terminar en un lugar sin salida, una gran intromisión se hace presente: un descomunal y pronunciado precipicio. Constituido por un tipo de entes en las vistas del fondo, separados por espacios sistemáticos y ordenados, sus cuerpos triangulares, compuestos por cuatro apéndices articulados en cada lateral, abrazan la cara superior del rostro del triángulo con las patas delgadas, descarnadas y aguzadas. Sin manera de bajar o continuar, prefiero regresar y esperar hallar otra alternativa de retornar al mundo antes conocido.

LA CINTA DE LA LLAMADA

Regreso sobre mis pasos y reencuentro nuevamente las opulentas grietas. Tengo desesperanza en hallar alguna salida, pero auguro la posibilidad de develar algún secreto.

Oteo los suelos inferiores sin ánimo de encuentro. Sin perpetrar en escudriñar, evoco las crisálidas y la salida donde empezó mi partida. Retornando al comienzo, observo que éstas han desaparecido, quedando indicios de masas acuosas y huellas de sangre deseca. La puerta del edificio no reabrió su interior, dejando solamente una pared sólida e impenetrable. Encontrándome otra vez en el principio, decido explorar el territorio desprovisto de viveza. Las tierras lánguidas alcanzan corrompidas atmósferas de austera y fría perfidia. Su simpleza reitera conocidas vistas y sus colores desprenden invisibles semejanzas. El consumo de bondad es evidente ante cualquier sentencia.

Desde la lejanía, vuelven a manifestarse las construcciones trapezoidales. Una abrupta ceguera parece afectar mis ojos y los sentidos pierden agudeza. Caminar se hace difícil y todo arriba sin razón. Percibo formas cristalinas y disformes colores centellando a mi vista. Por instantes recupero la cordura y la valía recrudece a veces. Quedo inmóvil frente a un descubrimiento. Miro lo contrario a un precipicio: un inevitable acantilado. De amplia altitud, cortado verticalmente, orillado pronunciadamente, divide el espacio que separa mi existencia de la esperanza de querer escapar.

¡Es inútil! Todo intento de engaño es inviable. No puedo llegar a arriba a menos que fuera por otra dirección. Pero las posibilidades son limitadas y ya no hay tierras por recorrer ni sitios que esconder. Estoy atrapado.

Sin salidas ni caminos, estoy acabado. Mis esperanzas se esfuman y condeno a vagar infinitamente, lamentándome y muriéndome lentamente solo… con soledad, amiga mía, única acompañante de esta prisión y de esta vida.

Un momento después la tierra empieza a moverse. El mundo se agita y sacude con ráfagas de furia incontrolable. Batiéndose con ira y desconcierto, me alejo de la pared. Avanzando torpemente, me tambaleo y caigo al suelo sin poder levantarme. Es imposible: las fuerzas del mundo impiden alzarme. Mi visión anubla, parpadeo rápido, los colores regresan y admiro, girando enfrente, la cima de la pared resplandeciendo en límpidos fulgores de haces de luces. Un cuerpo irradiando brillo asoma parado en la vera. Una mujer alta

envuelta en luz se muestra inmóvil y firme al borde del acantilado. Viste un blanco vestido largo y ceñido, terminando de cubrir sólo hasta su pecho y un sombrero níveo grande, recto y transparente disimula su rostro y circunda su cuerpo. Su talle esbelto y sus largos brazos albos distinguen sus facciones y hunden en mi mente terror. Mis ojos inyectados de luz ven el mundo cubierto de resplandor, aniquilando las sombras, consumando la oscuridad, creando imágenes y trascendiendo a una nueva realidad.

—¡Por favor, aquí estoy! ¡Por favor! ¡Piedad! ¡Piedad! —grito una y otra vez, pues ahí, perpetrada en resplandor, está mi única salvación.

Palidezco entre temblores hasta el punto del desmayo, donde todo inunda en iridiscencia y mis ojos imbuyen en calma.

Lo que pasa ahora no puedo describirlo. Veo lo visto, siento lo sentido, escucho lo escuchado; con todo esto, en lo profundo de mis entrañas, hay una voz susurrándome que algo está mal. La tranquilidad es tan hermosa y tan única. Mi vida se sacude sin precedentes, infunde con bienes y avanza en creces. La verdad me hará libre. Empero, ¿por qué en mi interior el susurro aún persiste?

AL OTRO MUNDO

Despierto en total oscuridad. Mis ojos, antes cubiertos por un manto lúcido y blanco, han disipado la ceguera que me entorpece y desvanecen mi punición. Tendido en el suelo, presiento la dureza del piso por toda mi espalda, recorriendo hasta mi cuello un fuerte incentivo de desgracia. Toco la frente de mi cabeza, donde siento un violento dolor que entraña hasta el cráneo y hunde en mi cerebro. Luego me levanto, sacudo mi ropa y hago el esfuerzo por recordar dónde estoy. Observo y percato mi encuentro en un pasillo apagado, donde la única fuente de luz viviente entra por una ventana cercana. El ambiente fusco invade los órganos internos del corredor y exalta la desolación de éste. Los alrededores parecen no tener indicio de vida. El intento por recordar es ínfimo y cada vez que lo hago mi mente punza en agonía, como si mi cuerpo se quemara y mis ojos se irritaran. Me acerco a la ventana y observo por ella. El panorama uniforme de la ciudadela es auténtico; las perfecciones que guardan los idénticos edificios al terminar en punta son genuinos y verdaderos. Mi alivio no puede ser cierto ni real por causas evidentes y razonables. La calma no consuela el sueño y temo estar en lo correcto. Las farolas, perdiéndose en numerosidad, arrasan nuevamente las calles debajo del cielo nocturno. Interrumpo las vistas hacia el corredor para percatar la contigüidad de éste por otras direcciones. Separándome de la ventana, prosigo por el corredor hasta llegar a la esquina para continuar avanzando.

Pasando por varios desvíos y caminos donde pierden hasta la profunda oscuridad, llego hasta el inicio de otra esquina y percato una puerta expulsando luz de su interior frente a otra pared. No sé si me dirijo por el camino correcto, pero la inminente aparición de la puerta me da cierto indicio de pérdida y encuentro. Al intentar observar su interior, me horrorizo por ver la imposibilidad de la existencia de real encuentro. Las paredes tapizan sus caras con telas de rayas verticales de color blanco y negro; una bombilla cuelga desde el techo, sostenido por un delgado cable gris; y una escalera mecánica que, llenando los alcances de la habitación, desciende hasta la lúgubre profundidad. La falta de credibilidad es evidente. Las telas, mientras más se distancian, mayores colores desgastados, caídos y sucios muestran. La cinta del pasamanos es dura, firme, y fría. La bombilla, posiblemente, es lo único de lo que no puedo hablar ni acentuar.

Entiendo poco de mecanismos, pero en instantes la escalera produce sonidos estrepitosos y chirriantes. Estando casi dentro de la habitación, siento como la fuerza del movimiento de la escalera tira mi pie, bajándome al siguiente escalón. Agarrándome del pasamanos, empiezo a bajar con lentitud.

Intento volver a subir, pero en cada paso dado la escalera aumenta momentáneamente su velocidad, impidiendo avanzar y moverse. Mi conmoción no tarda en darse porque, desde la profundidad de la escalera, puedo ver una inundación de un brillante líquido rojo subiendo cada vez más rápido. Retrocedo, pero al hacerlo la escalera aumenta su velocidad y desciendo más. Inmóvil frente a la situación, pienso en alguna solución o alternativa para encontrar una salida. Vuelvo a intentar subir, dando un paso más largo y abarcando un escalón extra. Noto un detalle en la velocidad. En vez de duplicar su aceleración con la suma total de dos escalones, sólo disminuye la velocidad normal por el escalón pisado, descontando un escalón sin pisar. Hago esto otra vez y vuelvo a compensar la distancia retrocedida. Parece que el mecanismo sólo fue pensado para calcular la equivalencia de un paso común y no tomar en cuenta la distancia de donde se comienza. Aprovecho ese error y repito este proceso hasta acercarme a la entrada. El líquido sangriento acelera su ascenso, provocándome nervios. Logro dar el último paso y salgo impulsado fuera de la puerta, dejándome fijo a la pared de enfrente mientras volteo a ver la entrada. Viendo su interior, la bombilla de la habitación se apaga y se nubla en completa oscuridad.

Quedo viendo la lúgubre habitación. El recóndito espacio que divide mi existencia actual con aquella aparición desmitifica ideas antes concebidas de este mundo. La estratagema por atraparme en una trampa interminable que culminaría en mi posible desaparición y serviría hacia el natalicio de la victoria por mi fenecer es perceptible. El corredor todavía entraña hacia distintas galerías y las sombras de la ciudadela cubren los pasajes con sus caídas figuras. Retomo camino a la siguiente esquina sin dejar de atisbar por momentos la puerta, la cual abandono por instantes. Sin intentar volver, apresuro mi andar con el temor de ser perseguido por algo que provenga del más allá.

Tardo en encontrar alguna salida que pudiera librarme de los pasadizos.

Llegó, de cierta manera, al final de un corredor donde hay una pared derrumbada, dejando una acreciente acumulación de escombros que escalan hasta mis pies. Bajo por la pendiente ruinosa y veo como aún sigo encerrado entre cuatro paredes de edificios juntos.

Miro arriba y la luz entrada del cielo comprime mi visión en un espacio limitado por las obras que me rodean y encierran.

Estando abajo, advierto enfrente una puerta donde continúan los pasos faltantes. Entro y avanzo por el corredor contiguo que se divide en numerosos pasillos. En algunos de éstos no hay salidas ni escapatorias; otros sólo se caracterizan por tener, al final de la pared, una ventana en su centro. Buscando por donde salir, cedo perder sustento del juicio de este mundo. Los azorados ecos de la ciudadela burlan mi existencia.

Después… sólo silencio.

La calma inunda los senderos. Los mantos de riesgo y terror se desvanecen con mutismo. La calma reina por el momento. Pero, de nuevo, surge un estruendo. ¡Un ruido! ¡Un agitar! ¡Las entrañas del mundo tiemblan! La ira de la tierra se detiene pausadamente y parece caminar con pasos tardíos. Avengo a una ventana y descubro el causante de esta turbación.

EL VISITANTE

De aberrante altivo, patas largas y cuerpo acorazado, el ente sacude la tierra con cada paso que da. Desfigurado de aspecto, puedo sugerir que su existencia degenera todo. Siendo más alto que los edificios, acecha los horizontes y surca el cielo con su forma marcada de deterioradas incrustaciones. Sus ocho patas son delgadas pero resistentes para aguantar su peso. Su coraza robusta tiene pequeños picos afilados, sobresaliendo por todo su cuerpo. La velocidad de sus hollares es lenta, pero cada vez que atesta el suelo, la tierra tiembla sin tardío. Se mueve por toda la ciudadela sin esperar nada a cambio. Su propósito de existir es un misterio; las capacidades de que su estadía sea relevante son posiblemente nulas, aunque nunca descartaría otra posibilidad.

Me sostengo de la pared, sin mucha valía, para mantenerme parado. Intento separarme de la ventana y camino con incierta firmeza hasta el final del corredor. Los temblores son demasiado momentáneos. Tengo que conservar la estabilidad y no decaer por error. Después de dar un paso el ente, trato de caminar con la mayor seguridad y me detengo antes de que él vuelva a dar su siguiente paso. Lidio de los extremos del corredor al que llego: vueltas, curvas…, nunca sé adónde ir. Los cambios bruscos comienzan a afectarme. Alcanzo a detenerme en unas escaleras descendentes al siguiente piso. Doy un paso y trato de estar cerca de la pared entre cada temblor ocurrido. Vuelvo a intentar bajar presto sin ningún avance visible. Consciente del tiempo insuficiente como para caminar con moderación, decido quedarme quieto en el lugar en donde estoy, esperando a que los temblores mengüen su furia. Sintiendo los sismos y movimientos reducidos a menor violencia, procedo a volver a bajar con suma precaución. Cuando finalmente termino de llegar abajo y prosigo, miro con estupor cómo el corredor termina con una puerta la cual da hacia el exterior. Evidentemente, salir en este momento no es la mejor decisión, así que opto por observar junto a la salida al ente que camina a lo lejos.

Su imponencia y omnipotencia es perceptible a simple vista. Ningún rival parece hacerle frente. El vigoroso turbante asoma indicio de su ambición. En ocasiones empieza a alejarse al horizonte, siendo mi oportunidad para escapar del edificio y huir a un «lugar mejor». Extravío su presencia hasta alcanzar el linde en donde pierdo en verlo totalmente.

Aunque sus pasos siguen temblando la tierra con endeble fuerza, es favorable evadir cualquier otro mal, incluso para eludir golpearme el corazón sin parar.

Estando de nuevo afuera, me dirijo hacia otra dirección, por donde no fuera el ente. Los edificios manifiestan una esencia extraña. El cielo no refleja cambio alguno, pero atemorizo con el hecho de verlo. Las calles conservan su limpieza y firmeza como las plazas a la lejanía. Busco un lugar donde tal vez pueda pasar vigilia sin necesidad de permanecer otra vez en un edificio. Desde la distancia veo un nuboso manto de humo que sale al final de la próxima esquina, propagándose por la calle y acercándose hasta donde estoy. Decido tomar otro camino como mejor alternativa, pero el humo no para de surgir y continúa esparciéndose. Al llegar a una cercana farola, atisbo otros caminos también atestados con las brumosas avalanchas de cortinas grisáceas. Huyo del lugar e intento apartarme lo mejor posible. Esconderse sólo sería devastador e ingenuo. Mientras avanzo encuentro construcciones poco auxiliares, pero no por ello menos interesantes. Una de estas es una escalera con pasamanos contiguos que se desvía por diferentes sentidos, terminando en la puerta de un edificio. Sobre el pasamanos hay una esfera lumínica con cintas metálicas negras circuidas como asiento de apoyo. Otras haciendas son grandes pasadizos descendentes hasta ajenos desniveles, conduciendo al interior de otros lugares inexplorados.

Avanzando hasta anónimas áreas, logro mantenerme lo suficientemente lejos del humo. No sé por qué soy perseguido, pero no puedo detenerme. Me planto en un diferente sitio, mientras recupero el aire perdido. Es extraño el ambiente y la sensación de ser observado me es persistente, como si alguien estuviera interesado en conocerme.

NO ME LLAMES

Estando en vilo,
oculto en madriguera,
sofoca el alma.

Yace en el suelo
sonidos del vagar.
Llama el vivir.

Sombra al atrás,
en ventana cerrada
ve con la máscara.

Cauto fumiga,
insulso con desprecio
los ojos secos.

Traje rojizo,
boquilla silenciosa,
mozo en viveza.

Exhala viento
y silencio faltante,
un haz del cielo.

Luz torna brillo,
humo en mayor adentro,
muestra el reflejo.

Limpia verdad,

escudriña lejano
en hogar fatuo.

Mancha escarlata,
sin ninguna franqueza
borra los vientos.

Ve por el marco,
irreparable plaga
pasan las presas.

El fácil ser,
oscuro en el acecho,
musita lento.

Ruido de anhelo
nace hasta liberar
y pintar rojo.

Suerte que entrega,
se reconoce espíritu
en gran presencia.

Ambular solo
en cumbre desolada
bajo la luz.

Latidos fuertes,
en todo cuerpo crece
viejo regreso.

Del lecho emergen
nubes de mal tormento.
Cegado en tiempo.

Tiembla el tardar
en pena y vil gloria
en el ahora.

Cólera muerte,
yace en fácil victoria
de almas perdidas.

Sale al festejo,
triunfante de su espera,
el vasto germen.

Alegre al día,
dibuja risa antigua
sin temer fallo.

Encierra en la era
formas de cada cuerpo
hasta el saciar.

Cierra la puerta.
Espera otra captura
con gran certeza.

EL CANAL

Afortunadamente mantengo mi cordura. Permanezco en el ambiente de la soledad y miseria de la ciudadela. No sé a dónde dirigirme; estoy demasiado extraviado para encontrar alguna escapatoria. Abstengo de enlazar decisiones torpes o intentar soluciones sin motivo para el éxito. Determino actuar ante cualquier movimiento certero. Me veo en la necesidad de recordar el camino por donde vengo para evitar mi perdida entre varios desvíos.

Mientras reconozco el ambiente, diviso la extraña figura de un cuerpo rectangular. No es algo visto con anterioridad. Acercándome con discreción, miro la semejanza de una columna construida con bloques apilados uno sobre otro. Por medio del tacto, preciso cómo la columna está revestida por un líquido seco y empobrecido. Las caras de cada bloque tienen inscritas un signo ininteligible. Parecen estar grabadas con furia e ira por los aguzados trazos limpios y profundos. La única explicación del responsable de este trabajo es algún desconocido.

Debajo del espacio de una gran bóveda distante, veo con claridad otra columna construida en el centro. Aproximándome, observo las mismas similitudes a la anterior, siendo el único cambio destacable los signos que tiene cada bloque. Nuevamente advierto otra columna del otro lado de un callejón a donde me expido diestramente. Al ser esto insólito, me detengo ásperamente. Recobro conciencia de mis acciones y decisiones sobre los actos tomados sin suficiente razón. Ahora tengo dos temores: estar poseído ante una falsa razón e ir directo a una trampa por culpa de mi primer temor. Lamentablemente, todo parece asegurar que estas dos suposiciones son correctas. Por incertidumbre elijo desviarme del camino por donde iba y decido permanecer a gran distancia de las columnas perseguidas. Todavía entre paredes, volteo y observo el humo avanzar. Alejándome, miro cómo las columnas siguen apareciendo entre cada esquina que cruzo. Me doy cuenta que logra predecir mi camino e irrumpe la entrada de la siguiente calle y la esquina derecha, dejando sólo una salida libre. Tomo la única alternativa y vuelvo a hallarme en la calle de las columnas. El humo avanza y cubre la profundidad de los horizontes. La bruma sube hasta el cielo y lo envuelve con su manto grisáceo. Temo ser víctima de una armadija y estar condenado a la muerte. Las dificultades obstruyen mi visión y soy incapaz de deducir hacia dónde dirigirme. Los edificios aún son visibles y mi única orientación para no perderme. Formas extrañas

comienzan a dibujarse entre las cegueras calles con cuerpos ondulados y etéreos. No puedo detenerme frente a todo lo acontecido.

Es tardado el fallecer. La falta de imprevistos es notable. Cuando paso entre los edificios y veo las difuminadas farolas iluminar las calles, siento la presencia de cazadores persiguiéndome. Presiento la visita de algún ente en vilo y al acecho. Pierdo continuamente la tranquilidad para después permanecer con miedo. Respiro en instantes y perjudico mi andar hacia el desconocido destino. Las columnas dejan de aparecer y sigo por la misma dirección sin semejanza de éstas. Intentando mirar hacia los laterales, percato mi encuentro con la aparición de un descomunal socavón perfectamente cuadrangular. Su tamaño es imponente; su hondura, gigantesca; y sus dimensiones, precisas. Expande todos sus límites y bordes hasta los mayores extremos posibles. No hay montaña que se compare en extensión. Enfrente de mí hay escalones descendentes que adentran a los lumbrales. Al voltear veo el humo acercarse. Los alrededores están sitiados, siendo inútil escapar por éstos. Sin tener más opciones y, sin detenerme, desciendo a los interiores de las paredes.

Dentro de éstas, veo cómo los adentros se componen de una gran multitud de cámaras, intrincadas galerías y bajados escalones que llevan a diferentes secciones. Las galerías bifurcan los caminos en diferentes direcciones, obligándome a elegir con destreza si continuaba o bajaba. Algunas paredes tienen aberturas practicadas que muestran el exterior y la profundidad del socavón, haciéndome mantenido en lo alejado y precavido. En ocasiones los escalones ascendían un poco y otros descendían demasiado, llegando casi al final del socavón, pero en ningún momento pudiendo salir. En varias ocasiones mis decisiones son erróneas y termino en caminos sin salida. Favorablemente, después de varias equivocaciones, hago proceder todo lo posible y llego a encontrarme con la salida. Emerjo a la superficie, miro el cielo por el espacio cuadrangular que deja el socavón. Estando en la profundidad observo, enfrente de mí, una monumental entrada de arqueado grosor construida en la pared y, en su interior, un conducto alargado y abombado donde ahonda la oscuridad. Las paredes de sus alrededores contienen *vanos* cuadrados y la sangre parece no estar presente en estos. Pasando la entrada contemplo, en vez del cabal suelo, un estanque lleno genuinamente de agua. La contigüidad del agua ingresa por el canal, perdiéndose hasta la profundidad. Acercándome al estanque me agacho y, con los dedos, rozo el agua dejando una tenue onda. Es agua es real. Pero, aun así, desconozco su uso y mucho menos su seguridad para el

consumo. Una infinidad de preguntas nacen, pero no tengo tiempo de ordenarlas porque, desde los bordes del canal, empieza a surgir una masa carnosa que se expande rápidamente y aumenta a mayor escala. Busco, sin perder tiempo, alguna salida para escapar. En el grosor arqueado de la entrada, veo una puerta en la que, sin mayor dilación, me adentro. Hay escaleras, lo que me conduce a proseguir sin parar. Ahora tengo otra adversidad que enfrentar.

ARTE ABSTRACTO

En la escalera circular la luz del exterior comienza a disiparse a medida que subo. El aire es grácilmente denso, llegando a importunarme en cada respirar. El haz del centro sigue iluminando bastante para continuar subiendo.

Y, al ascender lo suficiente, la luz se desvanece y todo abunda en oscuridad.

Sin usar mi visión para caminar bien, utilizo la mano para tocar la pared y acercarme a ésta. Con el borde del pie, toco la cara de cada escalón para seguir despacio. Espero avanzar un considerable segmento; continuar es peligroso y puede significar perderme más entre la penumbra. Ideo en acercarme al centro para intentar ver hacia arriba y saber cuánto tardaré en ascender. Mi percepción de la distancia es nula y es imposible separarme de la pared. Arriesgarme podría ser sinónimo de mi muerte. Entonces, decido avanzar, decepcionándome conmigo mismo. No descuido de que todavía soy perseguido por una gran masa de carne.

Ante la oscuridad y falta de percepción pienso que alucino porque, sin total seguridad, creo ver iluminación originaria de arriba. Deduzco que el causante de la alucinación es la densidad del aire, comprobando esta veracidad mientras subo con el aumento de la intensidad de mi respirar. Conmocionado, la antedicha luz disipa parte de la oscuridad y, al poco tiempo, vuelvo a ver con claridad. Descubro que la fuente de luz no provenía realmente de mi desvarío, sino de un farol de pared de deslumbrante tonalidad. Adelanto y encuentro más faroles separados y ordenados mientras continúo.

Parece que puedo relajarme y reflexionar por un momento.

Paro un instante, respiro lentamente y prosigo avanzando, mientras razono sobre lo ocurrido. Despejo mi mente e intento esclarecer las dudas en donde fracaso en comprender. Frente a la locura, mi mejor idea es hablar conmigo mismo… solo. Mentalizo y pienso de qué hablar. Pasando unos segundos, empiezo a decir:

«Librarme del peso que ahora cargo».

Y dicho esto, comienzo mi soliloquio:

«He estado preocupado por todo lo sucedido, en especial, por todo lo desconocido. Me preocupo por no escapar, estar solitario, como ahora, en este nefasto mundo de incoherencias. Saber de diversas clases de "seres vivientes" que podrían matarme sin ninguna dificultad es… horrible. Estoy atemorizado… muy atemorizado. No logro encontrar ninguna

escapatoria, mucho menos encontrar significado sobre estos “entes”. No he dormido por mucho tiempo y me he cansado hasta el hartazgo. Cuando parezco encontrar la oportunidad de resolver alguna incógnita, surge otra que me despecha. Soy incapaz de resolver mis dudas, pero no puedo dejarme desalentar. Mis recuerdos siguen cegados, mas no cedo el vencer. Habiendo explorado los interiores y exteriores de la ciudadela no he encontrado nada que puédame orientar, pero eso no justifica motivo suficiente para rendirme. Discurro por mi debida perseverancia en intimar más… más de lo ejemplar. Este mundo está diseñado, desde sus entrañas, para atrapar y complacer sus mayores ambiciones. He de admitir que la discreción me ha auxiliado en varias ocasiones, pero he sido imprudente y también refiero ante esto. Discernir entre la cautela y la sinceridad es un puro acto venturoso. Esta vez no pienso perecer».

Logro reavivar mis ánimos por un rato. Sin detenerme, los escalones continúan y sigo subiendo.

Guiado por la esperanza de las luces, percato el último escalón que se dirige a un pasillo iluminado por continuos faroles. Sin reparo, salgo finalmente de la escalera y me imbuyo al pasadizo. Instantáneamente noto una perturbación que inicia a desconcertarme. Atento al camino, cercano a la vuelta del pasillo, encuentro la causa del escalofrío. Junto al rincón de la pared, separado hacia la próxima esquina, hay un tipo de escultura de bandas gruesas y largas hechas de carne. Su grácil cuerpo parece imitar a una mujer joven de cabello corto, brazos delgados, pecho refinado, torso esbelto y rostro limpio, pero sin llegar a ninguna similitud. Desconozco la causa de su yacimiento y carezco de intenciones de tocarla. Decido proseguir caminando y, al dar la vuelta, veo la misma escultura en el rincón alejado de la próxima esquina. Confronto su aparición con ignorarla y continuar, pero, nuevamente, al volver a dar la vuelta al siguiente pasillo, vuelvo a hallarla en el mismo sitio. ¿Quién estaría dispuesto a construir todas estas esculturas? Guardo la calma e ignoro la escultura y sus próximas apariciones en los futuros pasillos.

MUJER

Es inevitable: mi interés por inspeccionar las esculturas reiteradas es evidente. Puedo negar sus presencias, aunque mi deseo por escudriñarlas es inapelable. Cercano a la siguiente escultura, tomo tiempo en contemplar y admirar los detalles del cuerpo.

Algún afligido con vida bohemia debe detestar su misma creación. Las intenciones de la construcción sólo desprenden el intento de expulsar desprecio o resentimiento por inciertos males internos. La escultura denota descripciones de cólera y aversión hacia cosas escondidas. La carne dispone de una suerte de simetría y evita su fácil interpretación e interrogación. Pueden ser evidentes dichas declaraciones, pero soy incapaz de ahondar y explicar con seguridad.

Los brazos adelgazados y finos, unidos con los hombros erguidos y rígidos, dejan una comparación de características vecinas con los entes que habitan por este mundo. El cuerpo es distinguible; el pecho joven y el rostro falsificado hace una clara exposición de diferencias. Incluso intentando imitar el rostro, la composición es irregular, estando los tejidos acomodados por cierto arte y orden poco esclarecedor. El cabello corto, terminado cerca del cuello, es exótico por su peculiar detalle de curvatura generada en las orillas arregladas. La altura exacta es difícil de calcular; sólo puedo usar de referente mi propio cuerpo, diciendo que alcanza mi cuello sin colmar en mi pecho. Sin conservar la precisión de una mujer joven, son exactos los detalles redivivos.

Sin más palabras, continúo circulando.

Doy la vuelta al próximo camino y soy capaz de ver, sólo por un instante, algo que alcanza a esconderse rápido en la siguiente esquina del contiguo pasadizo. Me detengo abruptamente y me quedo exánime en el inicio del pasillo. Habiendo dado sólo un paso, pienso en la presencia en este soplo. Parecía tener alguna clase de cabello arreglado o despeinado de color castaño o negro. En la parte del centro de la esquina se asomaba un color blanco que desapareció inmediatamente con gran velocidad. Estando en silencio, intento no ocasionar ningún movimiento errático mientras, con total previsión, camino con lentitud hacia la siguiente esquina. Mi percepción y concentración se agudizan cuando oigo sonidos de cabello agitarse y de pisadas alejarse, resonando amplios ecos desde la lejanía y ampliándose hasta terminar en silencio absoluto. Oyendo en la mitad del pasadizo camino

aún con lentitud y, al llegar a la orilla de la esquina, doy la vuelta y sólo encuentro el camino desolado con la reiterada escultura. Consciente de mi acecho, decido ir lento frente a cada esquina y atisbar antes de continuar.

Luego de seguir avanzando y mirando por cada esquina pasada, concluyo que dicha cosa ya no asoma. Hay, sin razón aparente, una extraña sensación que recorre el ambiente, ahuyentándose de lo habitual. Reflexionando ante distintas explicaciones, doy la vuelta y, percatándome inmediatamente, observo el sobresaliente cabello y el susodicho color blancuzco inmóviles en la próxima esquina. Asomados en la orilla, sólo muestran pequeñas fracciones inertes de sus formas, dejando oculto si hay algún cuerpo con el que se concilien o aúnen. Me detengo otra vez y pienso en qué hacer. Sin poder idear una mejor estrategia, razono una precipitada peripecia: alistar mi cuerpo y embestir contra la cosa del borde. Sí comenzara a moverse, me dispongo a perseguirla hasta arremeter contra ella. Pero podría interceptarla por unos segundos, ya que de no avanzar y escapar me atraparía en un funesto aprovechamiento.

Preparado, me acerco con sutileza y, con rápida reacción, la cosa empieza a correr por el pasillo. No espero otro momento y comienzo a perseguirla. Damos vuelta por cada pasillo, sobrepasando las repetidas esculturas y faroles que se pierden detrás. Cuando juzgo estar acercándome, ella retoma mayor impulso en cada giro. Uso las paredes como partido para impelerme, pero sigue siendo más ágil que yo. Sin lograr verla completamente puedo comprobar cierta realidad: su cabello sí es castaño y parece tener piel albina. Incluso así no arrojo obtener más información de ella. Exhausto a rendirme, distingo como la cosa también comienza a perder rapidez, lo que me hace aprovechar mi último aliento por intentar arremeterla. Dando mi mayor esfuerzo, creo ver su silueta acercarse cuando, al dar la vuelta, su presencia se desvanece por completo. Quedo apabullado y abatido sin poder hacer algo al respecto. Mi cansancio y respiración recrudecen e intento recomponer mi aliento. Sin poder encontrarla, resulto llegar al lado de una entrada que redirige hacia otra zona. El pasadizo aún continúa avanzando, aunque prefiero desviarme un momento para descansar y discernir lo de adentro.

FUNGI

Fijo mi vista hacia los alrededores del interior de la entrada, creyendo encontrar la inesperada sorpresa de un prevenido ataque; mas esto es mentira. No hay ser en pena en esta zona ni catástrofe que deba enfrentar por ahora.

La vasta planicie uniforme llega hasta los confines de las penumbras, dejando la iluminación de varias farolas ordenadas en espacios sombríos. El aire es menos ligero, como si una capa de polvo cubriera desde el cielo. En el centro de la planicie, donde sólo encuentro una existencia, está la única forma de vida puesta en presencia. Su grandor es gigante. El cuerpo nace hasta llegar a los cielos y se compone de tejidos estirados de carne. Su largo y grueso tallo se conforma igualmente por el acabado sombrero circundante lleno de frecuentes agallas en la parte inferior. Entre las agallas parece haber un polvo blancuzco similar al que flota por el aire. El lato sombrero es perceptible a simple vista, aun con falta de suficiente luz y extensión. Se puede denotar en el borde una capa sangrienta y grietas que resaltan su envejecimiento. Siento una incierta bruma o una desagradable sensación al recorrer el sitio. Incluso no estando en peligro o atrapado, insisto en creer que algo se avecina con furor acecho desde la más profunda y densa oscuridad. Estando en un ambiente sin ruido, en un espacio desolado, las palabras surgen como la bruma. Sin tener intenciones de quedarme, salgo por la entrada de donde provengo y vuelvo nuevamente al pasadizo.

CARNÍVORO CRUENTO

Regreso sobre mis pasos y entro en un caos mental sin razón o motivo aparente. Estando dentro, vuelvo a recordar a la extraña cosa que había desaparecido. Si mi memoria no falla, desapareció al dar la vuelta en la esquina, frente a mis ojos. Sin poder encontrar a la cosa perseguida, tengo a conformarme en creer que la he perdido o que se ha convertido en una masa invisible. Definitivamente algo flota en el aire sin ser una razón suficiente para detenerme.

Atravieso los pasillos con suma moderación hasta denotar una mayor extrañeza en el ambiente. Los escalofríos recorren mi cuerpo a semejanza de un mal presagio o por el encuentro hacia un próximo ente. Las llamas de los faroles no parecen bajar la vivacidad, el camino continúa dando vueltas y el color rojizo del pasadizo no ha cambiado. Todo permanece en su lugar. Los débiles clamores de la ciudadela pueden oírse hasta cierto alcance, significando que estoy cerca de encontrar una salida y volver a mirar las vistas anteriores. ¡Es cierto: los oigo! No comprendo el motivo de mi emoción por regresar afuera si malquiero este mundo por cómo comporta conmigo. Creo haber sido demasiado pertinaz como para aceptar las humillaciones y ofensas dirigidas. Espero equivocarme con mi afirmación, porque sería horrible soportar toda mi existencia con la misma tortura. Percibo el incremento de los pavores y ecos a cada paso rebasado. Por fin lograría salir de este pasadizo. Pero antes de seguir adelante, encuentro un asegurado inconveniente que ante todo necesito perlongar.

En lo parecido al último cantón, encuentro una rareza que vela y avizora en el cornijal. Una cuna con matices rojos, blancos y verdes, compuesta por tejidos, pieles y entrañas de carne que se sostiene en la fronteriza esquina superior. Palpita lenta y pausadamente, dejando expuestas sus moribundas vísceras llenas de viscosidad y asquerosidad. Desprende olores inicuos y bromosos, llenos de amaritud y pesadumbre, impidiendo el paso con facilidad. Intento hallar alguna opción para atravesar, pero todo es en falso.

Ante el último impedimento hacia la salida, quisiera ignorarlo para franquear seguro y manso. Pero conozco las estratagemas impuestas y ésta es una de ellas. Bajar la guardia y confiar en caminar con general seguridad es la condena más alabada. La miro allí: la cuna en zozobra con ambición de mi muerte y en espera de acometer contra mí. Ingenio, a mi parecer,

la estrategia más segura para pasar por la cuna. ¡No debo fallar! Si fracaso, las consecuencias serán eternas. Me pongo en cuclillas, apoyando todos los dedos en el suelo, resguardo aire para no tener que volver a respirar por este lapso y permanezco mirando la cuna sin dejar de avisarla. Comienzo a pasear dando rastros lentos, ligeros y sin emitir ruido al andar. Los dedos progresan mecánicamente con orden estable sin producir ruido ninguno. El aire preservado es suficiente para mantenerme armónico todavía. Resisto a la mitad del pasillo, justo enfrente de la cuna. Exhalo aromas nauseabundos y repugnantes que casi me hacen perder la conciencia. Avanzo sin parar, llegando casi al final de la vuelta del pasillo. Se oyen, con total claridad, movimientos palpitantes en su interior. Cerca de acabar, veo la siguiente esquina aproximarse. Finalmente, atizando mi último esfuerzo, concedo la vuelta con mi postrero latir y concluyo mi sufrir. Tengo las rodillas cansadas, los dedos irritados, los calcaños arduos y los pulmones agotados, sin embargo, he vencido. Aunque cuéstame creerlo, consigo atravesar y descansar por el merecido esfuerzo. Mientras yazco derrumbado en el suelo, pienso haber llegado al final y que el destino prepara el trayecto terminal hacia mi escapatoria. Intento reflexionar con mayor profundidad, más nada logro concebirlo. Habiendo recobrado parte de mi vigor, prosigo con ánimos fruncidos el sonido proveniente de la ciudadela que acrecienta vivamente. Escucho sonidos procedentes de arriba y presiento estar próximo a la salida. ¡Estoy cerca! Oigo ecos crecientes que se potencian y aceleran… pero, éstos son raros. No atiendo hacia la voz original de la ciudadela, sino sólo a uno que, de manera unánime, parece distinguirse de lo parecido. Me detengo y agudizo el oído para descubrir, detrás de mí, en la profundidad del pasadizo, que ruidos de fuertes aleteos se avecinan intensamente. Volteo hacia el pasillo y, en ese instante, los veo… Están ahí. ¡Vienen hacia mí! ¡Corro rápido de los que me persiguen! Debo encontrar alguna forma de esquivarlos. Llego hacia un pasillo largo donde, al final de éste, se halla una salida. Apresuro hacia la puerta donde la luz entra sin parar y, estando enfrente de ella, salgo y arrimo hacia uno de los costados. La puerta vomita una gigantesca erupción negra con colosales gritos y estrepitosos aleteos escapando hacia todos lados. El cielo rompe en bramidos y los alrededores tiemblan furiosamente. Menguada la explosión, las figuras decrecen hacia el horizonte y apocan sus gritos, reduciéndose hasta diminutos puntos finitos.

NADA ESPECIAL, NADA MARAVILLOSO

Hállome encima de un puente elevado a una altura distante. Las nuevas expectativas no muestran cambios. Los remotos horizontes alcanzan parajes desconocidos. Edificios merman a la distancia y calles aminoran sus pavimentos. Nubes escarpadas degradan sus arreboles con oscuras tonalidades, expandiéndose hasta terrenos apartados. Las negras siluetas de los entes voladores aún pueden verse en la lejanía. A lo lejos, apartada de la ciudadela, se encuentra una enorme esfera radiante con un matiz rojo que ilumina las orillas de los edificios y los intestinos de las nubes. Los edificios no cambiaron en mi ausencia a excepción de uno, cuya presencia apenas percibo. Su altura es más pronunciada y la construcción sólo varía en sus caras superiores con anchas ventanas que muestran, en el interior, una campana oxidada resguardada en el centro. Las sombras cubren su cara, quedando sólo la superficie de las ventanas iluminadas. Desconozco su utilidad y no tengo intenciones de descubrirla.

Observo hacia los laterales; cada extremo conduce a una calle con edificios ordenados de entradas frontales. Acercándome al borde del puente, reposo y codeo sobre el pretil alzado. Decido cruzar los brazos, mirar hacia la periferia, relajar la vista y esperar el confín de sueños y fantasías que únicamente pueda imaginarme.

ESTATUAS Y ALUCINACIONES

La ciudadela ha enmudecido; no hay ánima que se oiga. El eco cesa y los ruidos comunes de las estructuras fenecen en gráciles ululares de tranquilidad. Descansando en el pretil, observo el gradual linde donde se muestra el hondo panorama y las gradaciones presentes en el cielo. El denso manto de nubes que cubre el firmamento es falto de excelencia y notoriedad. Los edificios de hormigón permanecen estables e intactos; sin embargo, algunos cimientos padecen fracturas o inestabilidades donde yacen edificados. La esférica materia radiante que agazapa los umbrales recónditos sigue mostrando su matizado color sangriento y su fúlgida exclamación en los adentros del infinito.

Exhausto y carente de viveza, siento una grave carga circulando por mi cuerpo hasta llegar a mis huesos. Dormitando sin vigor, bajo la mirada hacia el pavimento donde, en un imprevisto atento, veo la niebla ascender hasta donde estoy. Tardo en reaccionar y, al separarme del borde, miro hacia los laterales atestados por la tupida niebla. Los caminos están obstruidos ampliamente y los alrededores desprenden montículos apagados. Perdidas las esperanzas de hallar escapatoria, la niebla arrima y, desesperado, me cubro entre la bruma que, sin persistir, termina consumiéndome. Intento aguantar la respiración para evitar aspirar, pero el tiempo pasa y soy incapaz de soportarlo más. Agotado, vuelvo a inhalar y, en cuestión de segundos mis ojos adormecen y caigo mohíno y derrotado.

Una luz blanquecina concibe mi mente y quedo inerte ante lo desconocido. Fallezco en tornar la conciencia, el alma sucumbe ante la pena, la energía trasluce frente a la vigilia y el vigor abstrae sobre la epifanía. Los sonidos acallan y respiro la tristeza que adentra hasta mi sollozo malestar. Siento la frontera entre la realidad y los recuerdos haciéndose fina. Mi corazón arraiga la negrura y amodorro de profunda melancolía a ferviente quimera. Asalta el acto de acidia y modorra, germen bajo zozobra y congoja, según trasluce la pena y sosera al envolverme en sensación de desgracia y tristeza.

SEGUNDA PARTE

DÍA DE TRABAJO

Camino por la calle viendo las alturas cerúleas, grato de la vida y del trabajo. La ciudadela erige sus colores grisáceos mientras la luz del día ilumina las calles y los callejones llenos de anómalos. Anhelo los tenues ruidos naturales iterados de la ciudad y el avezar unísono sin igual. El ambiente se conserva a la perfección, la limpieza es indudable, los edificios se cimientan con orden unánime, las farolas se encienden y apagan en definido tiempo, toda entrada y ventana forma un arreglo de arco y las plazas no superan de personas ni existencias. No hay fastidio por vetar.

Puedo comprender que, quien no llega a ceder a este entorno, es un atónito desconocedor de la totalidad de la ciudadela. Sólo es cuestión de permanencia para que la misma lo consuma y lo haga despejar su mácula. El cecal siempre se expolia por la misma causa.

Oigo el trinar de los pájaros negros que emigran hacia otras tierras con suma anticipación. Puedo admirar el batir de sus alas y su ascenso al cielo sin interrupción. El periodo de migración sucede en épocas de calor, porque cambian a regiones más apropiadas. Asentados en los ambientes adecuados, proceden a reproducir su estirpe y a criar nuevos linajes. La naturaleza no da saltos.

Tal vez *ella* tenga interés por la particularidad belleza de sus vuelos. Su atractivo a la esencia intrínseca y extrínseca nunca termina. Si no llegara a interesarle... he de pensar en otras cosas.

Finalmente, llego al edificio donde trabajo. Al entrar, distingo a una persona sentada en el banco de la recepción con una acérrima expresión nerviosa. El ascensor del fondo y la mesa del vestíbulo no armonizan ni auxilian al entorno céntrico. Voy a sentarme al lado del otro empleado, viendo todavía sus intranquilos movimientos de pies y manos. Soltando un leve suspiro, intento trabar conversación con él.

—¿Está bien, señor? —digo.

—No puede ser…, no puede ser… —musita.

Parece estar desesperado. Vuelvo a hablarle.

—Señor…

—¿Lo has oído? ¿Se ha enterado? —dice angustiado.

—Lo siento, ¿de qué está hablando?

—¡Hablo de la transferencia! —comenta—. ¡Finalmente se ha mencionado! Nos mantendrán arriba por una larga temporada. Los ejecutivos conversaron con los agentes corporales y llegaron a un acuerdo. Se rumora que podrían mantenernos aprehendidos por demasiadas horas y todo para distribuir el tiempo y las ganancias de la compañía. ¿Lo comprendes?

Realmente me sorprenden sus palabras. No obstante, debo de mantener la calma y mostrarle a mi acompañante las ventajas de la transferencia para tranquilizarlo, al menos hasta llegar a enterarme mejor sobre los informes.

—No preocupes —le digo—; alarmarse por esta noticia no debe ser germen de perturbación. Piénsalo por un momento: todas las nuevas herramientas que tendremos nos serán de completa utilidad y la renovación de archivos y trabajos se detendrá por falta de descenso y transferencia. Podrá nacer cualquier inconveniente, pero no conseguirán damnificarnos. Reflexiona sobre las futuras capacidades. El incremento de los pagamentos se reflejará y la exigencia de la producción decrecerá. Cuando la compañía realice la transferencia, no habrá necesidad de preocuparnos por la reputación que nosotros ejerzamos, porque los ejecutivos serán los encargados de aquellas funciones y presentaciones. Tal vez ellos mantengan mayor parte de los ingresos en sus membresías, pero es un mínimo sacrificio para condensar los pagos continuos que usted y yo acreditemos.

Admito que nada de lo que he dicho me tiene algún sentido, sin embargo, parece ser que el hombre comienza a apaciguarse y a apartarse de sus temores.

—¡Y hay más! —continúo—. Significa ascender a nuevas plantas, donde el manejo de mecanismos y la distribución de documentos es considerablemente destacado. El fin de nuestros dilemas se encuentra arriba, en la transferencia, y habremos de acostumbrarnos para disfrutar de todos nuestros beneficios autorizados. Hoy puede que lleguemos a confines donde nadie ha estado, pero sólo los alcanzaremos si optamos por este nuevo cambio.

El rostro del hombre muestra serenidad y tranquilidad, aunque parece haber algunas incomodidades que todavía lo inquietan. Él dice:

—Agradezco tus palabras, realmente me han tranquilizado. Pero aún existe un inconveniente, cuyo pesar no supero.

—¿Cuál es ese inconveniente? —pregunto con interés.

—Incluso con los beneficios de la transferencia, se sigue hablando del manejo y la arquitectura del edificio.

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a la construcción. Para una mejor explicación, ¿sabes cómo será la transferencia?

—El método consiste en un sistema de prenda que se adentra por las plantas inutilizadas y toma fuerza para arrancar los basamentos de la tierra. Luego seremos liberados con gran impulso al espacio donde orbitaremos en una trayectoria, la cual subirá la excentricidad y velocidad de nuestro movimiento sobre el traslado del planeta. Externo a lo conocido, no hay nada que temer.

Las pupilas del hombre parecen dilatarse al oír esto.

—¡Ahí reside el problema! —replica—. Se ha hablado que las plantas y los soportes sin función realmente no están preparados para una súbita irrupción como lo sería la transferencia. Podría romperse todo el edificio si los pisos vacíos no tienen un soporte idóneo. ¡Nos llevaría a nuestra muerte!

Incluso entendiendo su preocupación, es imposible que la compañía —como edificio— haya dejado un constituyente principal en la construcción. Pensar cómo el edificio podría quebrarse debido a una falla en la estructura es escalofriante, pero sigo sin creer en la posibilidad de una posible muerte celada. Debo temperar al hombre otra vez antes de que vuelva a delirar.

—Realmente estoy preocupado —dice con inquietud.

—Comprendo tu miedo, pero ¿realmente crees o compruebas lo escuchado?

—Hasta lo entendido, no. Esto sigue sin ser motivo para dejar de dudar en lo relativo. No soy un hombre persuasible, por lo tanto, soy propenso a dudar y pensar sobre lo oído. Discierno, pero prefiero tentar a la fortuna ante toda situación.

Presiento el apacigüe razonamiento que expresan sus palabras. Conozco sus motivos e impresiones y no quiero quitarle el honor de la cuestión. Igualmente sigo interesado en resolver su incógnita y curar su turbación.

Oímos el resueno de una voz, la cual cita nuestros nombres a pasar a la recepción. Nos levantamos, cruzamos el vestíbulo y recibimos un número para ir a nuestra planta correspondiente. El panel superior de la entrada del ascensor se prende y los números

computados disminuyen hasta llegar al número de la planta en donde estamos. Abriendo sus puertas, entramos sin mayor dilación. Se me asignó la planta veintiséis y a mi acompañante la dieciocho. Antes de que el hombre presionara el botón de su planta, lo detengo y presiono el botón de la planta seis.

—¿Qué haces? —dice turulato.

—Dijiste estar preocupado por la transferencia, así que comprobaremos si lo que has oído es real. Es evidente: iremos a despertar la verdad.

—No debemos infringir la norma que nos prescriben. No debemos salirnos ni desviarnos de las instalaciones —expresa.

—No te preocupes —digo—, sólo pasaremos a mirar el diseño interior. Luego nos dirigiremos a nuestras plantas determinadas.

El hombre no parece estar intrigado por resolver su duda. Su rostro refleja alteración y miedo en las enjutas pieles de sus mejillas.

—Por lo sabido, la planta es de reducido tamaño —comenta—. Ninguna persona es capaz de entrar por ahí. El tamaño es semejante al de un agujero. Deberíamos tener un corpóreo delgado y flexible para adentrarnos. No creo que ninguno de los dos tengamos tales condiciones.

Aunque su comentario es confuso, tiene razón en lo dicho. Se nos había informado con antelación de las medidas de las plantas bajas.

—Debes tranquilizarte —respondo—. Si no llegamos a entrar, escudriñamos los bordes y después retomamos ascenso a nuestras respectivas plantas.

—¿Encontraremos algo?

—Probablemente sí.

El ascensor pasa por la planta cinco y, finalmente, se detiene con lentitud en la planta seis. Las puertas se abren y nos encontramos una pared con una diminuta rendija que vincula a otro sitio. Dejo a mi acompañante observar por la rendija, pero no logra ver algo. También intento ver, pero sólo hay oscuridad densa semejante a la de un pozo.

—Es extraño —digo—. Normalmente habría indicios de vida enfrente de nosotros, pero sólo hay esta rendija.

—Creo tener una suposición —dice.

—¿Cuál sería?

—¿Recuerda que comenté que las instalaciones podrían estar incompletas e inutilizadas?

—Sí, recuerdo bien.

—Cabe la posibilidad de estar siendo mejoradas para la transferencia, por consiguiente, sí estaban mal construidas. Es difícil creerlo, pero la compañía no tenía ningún

futuro. Cualquier directivo es consciente sobre su infraestructura, pero parece que el nuestro ha demostrado lo contrario. Esta compañía estaba condenada al fracaso, pero ha ocurrido algo inexplicable que intervino en la emancipación.

Sus palabras disponen de mucha inseguridad.

—¿Tiene otra idea? —me pregunta.

—Tengo inciertos pensares —comento—. Especulo que algo está sucediendo allí dentro, pero no puedo confirmar nada… Lo lamento, no puedo aportar mucho. Mejor retomemos el viaje a nuestras plantas respectivas.

—Es lo correcto.

La inquietud de mi acompañante sugiere no haber desaparecido. No tengo otra estrategia para apaciguarlo. Creo haber empeorado su situación a peores agravios.

Volvimos a subir y llegamos a la planta dieciocho, donde el hombre se despide de mí.

—Espero estar equivocado… —dice con preocupación.

—Descuida, nada malo ocurrirá.

—Sí…

El hombre sale del ascensor y las puertas vuelven a cerrarse. Yo continúo subiendo. Junto al vuelco del ascensor, el chirriar de las luces y al sentimiento opresivo de la soledad, rememoro sobre aquel distante amor y en su sonrisa que desvanece la oscuridad. Su cuerpo es suave como la seda, con delgadas manos gráciles y de cabello rebosante y ondeante. De mirada pueril donde oculta mudos secretos, tiene ojos lúcidos donde su alma, límpida e inmaculada, se resguarda detrás de sus cabellos pardos. Esbelta y vigorizada en belleza, es aquella la mujer a quien amo.

Arribo a la planta veintiséis y salgo en dirección a mi cubículo. Los panoramas son iguales al primer día en que llegué. Tengo indicaciones de revisar documentos para aprobarlos o rechazarlos. Cuando termino de aceptarlos, los dejo en una bandeja, donde serán llevados a otras plantas superiores para su revisión con mayor criterio y detenimiento de los apartados legales. No puedo acreditar títulos absurdos o de carente servicio a la compañía, por lo que debo estar atento a lo que apruebo. Llegando y disponiéndome en mi espacio de trabajo, empiezo a leer y a verificar cada documento disponible. Leo el título del primer escrito:

«Restauración de carne como eje operacional de la existencia»

El documento dice lo siguiente:

«Hace más de tres siglos se lleva experimentando la transfusión de sangre a órganos descompuestos. Se alega que es imposible defender su jurisdicción, pero hemos encontrado la existencia de una renovada objetividad: un perenne comienzo para la vida…»

Continúo leyendo las declaraciones escritas. Sin encontrar importancia en lo leído, deniego el documento inmediatamente. Prosigo al siguiente título:

«Restauración interna de empresas y de servicios contemporáneos»

El documento parece adulador. Continúo leyendo.

«Entre la punición de empleados y la idolatría de empresas, se abordó la decisión de subvenir las necesidades de los ámbitos comedidos de practicantes dañados o aprovechados por parte y culpa de propietarios y bancarios que han usurpado los intereses de los trabajadores y de los dependientes…».

Sigo con la lectura. El escrito demuestra astucia, grandilocuencia y labia en cada línea que voy examinando y analizando. El estilo lúcido y esclarecedor en cada apartado, aunado con las semejanzas de factores argumentativos libres de redundancias y abundancias, construye un núcleo explicativo, audaz y de sentido analítico, el cual demuestra ahondar en la realidad en su máxima cumbre de esplendor en un ámbito infestado por umbrosos y sumidos letargos de falsedades.

Terminado de leer el escrito, quedo influido con las declaraciones leídas. Dejo inmediatamente el documento en la bandeja, cuya aprobación apoyo. Froto mis párpados mientras me estiro y vuelvo a posicionarme en el asiento. Devuelvo mi vista a los siguientes documentos y prosigo revisando con mecánica continuidad.

El cielo anuncia la llegada de la tarde y una voz nos ordena a todos reunirnos en la sala de juntas y avisos. Posiblemente nos hablen de la transferencia, tema del cual conversé previamente en privado.

Todos los empleados nos encontramos en la sala, donde esperamos al encargado de la respectiva planta. El grupo de trabajadores es numeroso y los sinfines de rostros exhaustos y agotados son constantes. Veo los ojos apagados de las personas, a excepción de una: Véredi. Ella es una empleada denominada «psicópata» o «maniática» dentro de la compañía. Nunca hemos conversado, pero en cierto tiempo remoto, cuando he llegado a estar a su lado, he percibido impresiones inusuales y extrañas. Al mirar su rostro, ella voltea y esboza una ligera sonrisa, ocasionando que empiece a aproximarse hacia mí. Llegando a mi lado, queda inmóvil y en silencio hasta que decide saludarme con retraso.

—Buenos días, *mi querido* —me dice.

—Buenos días, Véredi —contesto.

—Pareces estar exhausto, ¿no estás satisfecho con tu espinoso trabajo? ¿Cómo ha estado tu día?

Sus preguntas me extrañan, pero voto por responder.

—He estado bien. No hay ningún cambio en particular.

—¿Ningún cambio? —me cuestiona—. *Mi querido*, ¿escondes algo?

—Nada que pueda recordar.

—Me alegro, pero, sí lo sabes, ¿no?

—No sé de qué hablas. ¿Qué tengo que saber?

—¡De la noticia! —dice con mucho ánimo—. Se ha musitado sobre la probabilidad de nuevos puestos de trabajo.

—Quieres decir que…

—¡Correcto! Habrá una reestructuración del personal.

—Espera —la interrumpo—, ¿no iba a suceder una transferencia?

—Al parecer sí ocultabas algo, *mi querido*. De igual forma, los débiles son carne y los fuertes deben comer. Pienso que estamos preparados para un nuevo ascenso gracias a nuestras capacidades. Los temores y las consecuencias ya no son un impedimento para nuestra promoción al éxito…

Cada vez que habla, parece tener dificultades para relacionar todo lo que dice. Tal vez confunde la comprensión de sus ideas o la variación de diversos pensamientos, pero me es evidente que no sostiene coherencia por ningún medio previsto. Véredi continúa hablando:

—Pero al final todo parece solucionarse. Ese es el motivo por el que estamos aquí. El encargado debe aparecer en cualquier momento. Esto alegrará a Yellsy.

Al escuchar el nombre, estimulo el oído con sagaz agudeza.

—¿Qué vínculo tiene Yellsy con la… reestructuración? —pregunto con pronta intención.

—Lo olvidaba —afirma con tono burlesco—, su extraño amor los sigue uniendo.

—Esa no fue mi pregunta.

—Ella es una buena mujer. Espero no la lastimes, nunca te perdonaría si lo hicieras.

—¿Podría preguntarte otra cosa?

—Lo que necesites, *mi querido*.

—¿Crees que logre volver a hablar con ella?

—Tienes un gran sentido del humor, *mi querido*. Tu pregunta revela la inseguridad que te aflige. No debes temer por hablarle. Conozco a Yellsy desde hace años y siempre reserva su felicidad y vehemencia para personas singulares… como yo. Ella es especial, pero dime, ¿la conoces verdaderamente?

—Trabé conversación con ella hace días, pero sólo fue por unos minutos.

—Entonces estoy en lo correcto.

Véredi esboza otra sonrisa leve y sus pupilas parecen agudizarse.

—Lograste un gran avance. Realmente ella es quien lo logró —dice.

—No comprendo…

—¡Calla! Guarda silencio.

La puerta se abre y la sala enmudece. El encargado entra montado a caballo blanco, luciendo un vistoso uniforme azul de tejidos de oro, un sable plateado resguarda en su vaina que cuelga a su costado y un chacó provisto de una larga pluma. Vistiendo con elegancia, las semejanzas pierden valor al escuchar su insoportable voz.

—Bien, empreados —dice con tácita locución—, como sabrán, la compañía ha comenzado a tener unigreso exagerado de informes. No ai que alarmá; sólo tenemos que producir un sinnúmero considerable de informes antes del fin del año. Sisus preguntas recaen

encomo terminarán tales cantidades paral fin del año oqué aumentos tendrá en sus trabajos, déjenme decir que no tienen que lamentar por eso, porque el gran anuncio que veo a darles resolverá eta cuestiones.

Sus aseveraciones son ininteligibles, pero todos siguen escuchándolo con atención.

—Hoy —continúa— hizo el añuncio del gran paso asía la innovación. Nuevas formas en trabajar y de aprovechar los recursos. Apreciados empreados, tengo al gòusto de informarles que somos apríobados para la transferencia dela compañía.

Los susurros llenan la habitación. El encargado exige silencio, mientras ase la correa de la brida del caballo que relincha y piafa estrepitosamente.

—Sé qué puede ser antes de lo visto, pero tó mejorará. Mientras que nos podamos sostenernos, nadie nos detendrá.

Sin decir otra palabra, el encargado se retira, mientras todos lo observamos hasta la salida. Después el movimiento resurge a excepción de Véredi y yo.

—Patético —dice—. ¿Quieres comer conmigo?

Aunque pienso negar su invitación, me veo incitado por un sensible impulso de confianza y seguridad.

—Claro —le contesto.

Reducido el conglomerado, salimos directos al área de descanso.

Llegando a la respectiva sala, nos sentamos cerca de la pared. Véredi mantiene una postura impávida y reservada mientras bebe café.

La compañía tiene libre norma de vestimenta y de perfil para la presentación al trabajo. Véredi no aprovecha ninguno de estos términos. Ella viste de camiseta blanquecina con cuello ceñido, combinada con un tradicional corte de chaqueta negra y con una falda oscura de corte recto y estrecho. Su cabello se caracteriza por formar una masa abultada y voluminosa de pelo despeinado con pequeños sobresalientes ensortijados. Debajo de sus párpados cuelgan ojeras ennegrecidas, siendo víctima de sombreadas manchas que rodean sus ojos. Las mejillas se hunden en los contornos de su rostro, contrayendo y perdiendo su aspecto. Y su piel, ayuna de tener contacto con la luz exterior, ha palidecido, tornándose en un matiz grisáceo; algunos empleados creen que realmente cambió a un plateado desairado.

De igual manera, siento una sensación indefinible o sumamente compleja de explicar de ella. Incluso habiéndola juzgado erróneamente, creo que sólo sus actitudes la diferencian

de los demás. Véredi postra su mirada en mis ojos y percibe la ausencia de mi voz y la presencia de mi silencio. Para de beber y baja el café, cambiando su gesto a uno desvaído para dirigirme algunas palabras.

—Lamento si incomodo. No está en mi naturaleza coexistir con otros sino por culpa del rechazo que todos me han generado. Pero, aun así, tengo que elegir; es una elección. Tampoco me arrepiento; a veces es mejor apartarse de la breña. ¿Qué es lo que me consume? ¿Qué consumí? ¿A quién consumí? Tal vez no seamos tan diferentes.

Jamás he oído hablar así a Véredi. En su interior resguarda un sesudo sentimiento, pero pesaroso. Empiezo a comprender sus verdaderas razones.

—Véredi —digo mientras asiento la cabeza—, agradezco que me invitaras.

Ella me mira con afable y grato apaciguo.

—Eres como una mariposa —continúo—, abriéndote paso a explorar lo desconocido, dejando atrás la tierra; una crisálida de lo que eras. Algo me dice que esto tenemos en común.

Véredi esboza una sonrisa alegre e insana.

—*Mi querido* —me dice—, sabía que eras un hombre encantador, pero desconocía tu blando interior. Ahora comprendo el significado de Yellsy frente a tus ojos: algo más que amor.

—Ibas a comentarme algo antes de que el encargado irrumpiera en la sala.

—Correcto, hablaba de Yellsy. Nos conocimos hace años y puedo decirte que es de actitud inigualable, aunque tiene una irreparable particularidad.

—¿Qué tipo de particularidad?

—Tiende a inclinarse hacia su mundo interior. Con poca frecuencia conversa con los demás. Normalmente se mantiene en su cubículo y no sale hasta no haber vida visible. Sin embargo, veo esperanzas en una relación entre ustedes.

—¿Cómo la conociste si no sale de su cubículo?

—Tengo la fortuna de encontrar a personas singulares. Un día la hallé caminando inestablemente con los archivos que llevaba a su planta. Seguramente se habría caído, pero me acerqué a ayudarla. Ofrecí cargar sus documentos, mientras ella me guiara. Aunque no mostraba sentirse confiada, aceptó y me dirigió hasta su cubículo. Aproveché ese tiempo para conversar un poco, logrando entender sus intereses y diversiones. Desde aquel instante intento apegarme más a ella para comprenderla a la perfección.

—Seguramente está cansada de trabajar —digo con poco valor.

—Yellsy representa el soporte principal para las salas superiores de la compañía. El problema para conocerla es la división de plantas. Comprendo las funciones del ascensor, pero puedo tener complicaciones para acercarme a ella. Pensaba que era una mujer exigente y rígida, pero erré frente a la verdad descubierta. De igual manera, debes acércate a ella y conocerla.

—Mencionaste que intentas comprenderla. ¿Crees poder explicarme más de ella?

—Sería insensato que palabras inapropiadas atiborren mi boca, pero haré una excepción por ti, *mi querido*.

Véredi da un ligero sorbo a su café y comienza a hablarme sobre Yellsy.

—La cultura y la estética son varias inclinaciones que la complementan para poder asegurar que jamás conocí a una mujer tan preparada y comprometida hacia las artes de tan glamurosa y predilectas características extravagantes por ser de abundantes afectos que esculca en obras teatrales, exhibiciones y galerías de varias corrientes pictóricas cuales admira con las fragancias conferidas, honrando los detalles insípidos de los cuales niega el espectador ignaro, empero aprecia las representaciones teatrales, considerando a Giovann Sateri como su dramaturgo preferido al no retener las veces que me comentó sobre las actuaciones y representaciones de los intérpretes, cuya valía demuestra un gran ápice de personalidad cuando expresa sus decisiones; una excusa para quererla, siendo que elige, en ocasiones, pasear por galerías de pinturas abigarradas por retratos en donde se detiene, escudriña la hondura de los colores, reinterpretando las finalidades de cada rostro; ejerce un saber cognoscible hacia lo imperceptible, digno de una mujer inusual necesitada de un hombre particular, pues Yellsy posiblemente tiene interés por ti; nunca deja engañarse por las actitudes de los demás, amputando siempre la mentira, porque aunque ella prefiere estar sola, dentro de su corazón reside una llama ardiente que aviva por la pena que ha de soportar hasta el día que se reencuentren…

Desde que Véredi empezó a hablar no se detuvo a respirar en ningún momento. Su concentración estaba sujeta por sus emociones, aislándose de cualquier inconveniente. Prestando atención a las palabras, entiendo, con efectiva claridad, las gracias de Yellsy hacia las circunstancias.

Véredi no logra aguantar el cansancio, llegando a abatirse sobre la mesa mientras respira repetidamente. Intento hablarle, pero me detiene con un gesto rápido, incorporándose nuevamente a su asiento. Exhala débiles bocanadas, tiene las mejillas ruborizadas y el rostro fatigado.

—¿Te encuentras bien? —pregunto.

— Estoy bien, no me duele nada. ¿Y tú? —dice finalmente—. ¿Has entendido lo que he dicho?

—Lo entendí todo.

—Es un alivio. Recuerda que su cubículo se encuentra hasta el fondo izquierdo. Espero que sea confortable tu encuentro. Es preciso irme.

Véredi se levanta, estira la espalda mientras toca su cadera, agarra el café y se despide de mí con una suave sonrisa.

—Adiós, *mi querido* —dice, dirigiéndose a la salida de la sala.

Tengo un pensamiento complejo sobre mis palabras cuando vea a Yellsy. La espera por encontrarme con ella no sería eterna y el tiempo sigue fluyendo.

Me levanto y salgo del área, encaminado hacia el ascensor. La idea de hallarme con Yellsy es estrecha y decisiva. Delante de las puertas presiono la botonera de al lado y el ascensor se abre. Entro y miro el panel con los botones, oprimiendo el respectivo en donde trabaja. Resuelto, no inmuto ante el temor que me oprime. Las puertas se cierran y el ascensor comienza a subir.

Un ligero temblor sacude el interior y el ascensor deja de avanzar, deteniéndose sin previo aviso. La luz de las bombillas fluorescentes, protegidas por los marcos de vidrio, se mantiene invariable. Veo el panel con la intuición de algún fallo ocurrido. Las luces parpadean con ruidos chirriantes y, en un instante, las lámparas se apagan y quedo en total oscuridad. Sonidos metálicos resuenan en la profundidad y golpes pétreos replican con suavidad. La luz roja de emergencia se activa y vuelvo a tener visión, pero, en ese momento, el ascensor empieza a temblar con mayor intensidad. El súbito agitar me hace perder la firmeza y caigo al suelo. La fuerza es tan potente que es imposible el reincorporarme. Me percato de la posible explicación: la transferencia. Los ensordecedores estruendos del suelo arrancándose y de las paredes agrietándose son señales del transcurso. Oigo sonidos carnosos escalar entre las paredes. En la entrada del ascensor se oyen golpes furiosos y los bordes se

llenan de restos sangrientos de carne palpitante. Me alejo hacia la esquina mientras presencio las moribundas partes intentar incrustarse dentro de la cabina. El movimiento sigue y los ruidos incrementan con constante furor. Presiento, de forma abrupta, cómo la gravedad cambia, volviéndose el aire más pesado y denso. La turbulencia llega a su furor más alto e, inesperadamente, las luces de emergencia se apagan y resido en completa oscuridad.

Hay silencio, vacío. Considero estar muerto. La ceguera llena mis ojos sin percibir nada. El aire acaricia mi cuerpo y la desesperación inunda mi esfuerzo. Olvido la calma y la vergüenza. No tengo presente ni pasado. El tiempo se desata de mi vida y la muerte me acaricia por completo. Esta carne que invade mi cuerpo, que detiene mi movimiento, ¿es la cara del castigo?

Cierro los ojos por un segundo y respiro profundamente. Retorno la mirada y, sin dilación, abro los ojos. Estoy vivo. La luz ha regresado y el ascensor prosigue avanzando a la siguiente planta. Las consecuencias de la transferencia serían evidentes y muchos empleados declararían algunos sucesos. Mi cabeza adolece por extrañas circunstancias que desconozco. Convencido de estar próximo a mi destino, el ascensor desacelera lentamente y termina deteniéndose, abriendo sus puertas y mostrando todo el derredor.

La planta muestra diferencias destacables. Las luces del techo parpadean constantemente, agravándose la oscuridad por todos lados. Las limitaciones de la luz han empeorado la limpieza en el suelo, habiendo constante suciedad de papeles, documentos y carpetas. Retomando la ubicación dada por Véredi, me encamino entre los cubículos y paso sobre los cúmulos de basura del suelo. Atravesando varios intermedios, llego a extraviarme entre el conflicto de luces y suciedad retenido en el ambiente. Observo por todos lados, intentando obtener indicios de mi paradero y, por fortuna, logro encontrar un empleado trabajando en su cubículo quien podría auxiliarme.

—Buenas tardes —le digo—. Perdón por molestar, pero ¿sabe dónde se encuentra la empleada Yellsy?

Su respuesta no es inminente. Pensando en volver a preguntarle, finalmente, él dice algunas palabras con una voz débil y abatida.

—Yellsy…, sí. Ella… entrega archivos… No, pero… debe. Fue… trabajo. En la ventana. Trabajo… pendiente. Archivos… por revisar.

Sin valor a pedirle al moribundo hombre que siguiera respondiendo, lo dejo y deduzco la posibilidad de hallar respuestas en las ventanas de hasta el fondo. Vuelvo a caminar, entro por un pasillo recto, dirigiéndome hacia el final de la sala. Advierto la presencia de la luz en los extremos limítrofes. Cercano a rebasar los últimos cubículos, avisto una silueta parada frente a una ventana. Me aproximo y compruebo que, delante de mí, observando las estrellas centelleantes, está Yellsy contemplando la fúnebre oscuridad de la infinidad universal.

ESPACIO SIDERAL

Su cabello cae detrás de su espalda. Con camisa blanca y pantalón negro, nada impide reconocerla a primera instancia. Hacia el gran atisbo de las maravillas de la soledad, admira el vasto espacio tan esperado. Me acerco sin perturbar su emoción e intento hablarle con suave voz, sin embargo, no logro hacerlo. Este momento no volverá a repetirse y las primeras palabras que exprese representarán un considerable avance para el futuro que formaré. La firme impresión de Yellsy con el universo abstiene de cotejo, por tanto, no tengo motivos para desvanecer la ilusión de sus ojos. Prefiero esperar a que mire hacia atrás y, así, comenzar a conversar con ella.

Los minutos transcurren, las luces destellan y los barullos fluyen, pero Yellsy no se separa de la ventana. No descarto la posibilidad del absorto debido a la transferencia, haciendo de su impresión inusual e insólita. Entorpecería los segundos de anhelo si me interpusiera en su situación, logrando sólo arruinar los sentimientos encontrados. Sin disipar mis intenciones, me acerco a su lado lentamente mientras pienso qué decir. Estando lo suficientemente cerca de ella, creo oír su voz musitar palabras casi inaudibles. Logro, con considerable dificultad, escuchar y encontrar coherencia en varias de sus frases, siendo la más perceptible: «Hermoso, como aquel reflejo». Después no escucho nada. Especulo que ha advertido mi presencia por el reflejo de la ventana; entonces, bajo la mirada para comprobar si tengo razón y percato que ella ya está observándome con mirada sumergida. Olvido por un momento el motivo por el que vine, pero los ojos de Yellsy recobran mis recuerdos. Tengo a mi lado a la mujer que amo, quien desborda en mi interior los deseos de querer abrazarla; sin embargo, no obedezco estos impulsos y mantengo la mesura sobre las tentaciones que asedian mi corazón. Sin propósito de recelo, germinan las primeras palabras de mi interior.

—Es hermoso —digo, regresando la mirada a la ventana.

Yellsy retoma mi acción y devuelve la vista al espacio.

—Admiramos con induzca tentación las cosas situadas a la distancia —dice con voz delicada—. El confín del universo desnudo ante nuestra presencia.

Interesado por las palabras que ha dicho, su comprensión impetuosa está protegida por resistencias prodigiosas. Quiero demostrar el ápice de mi conciencia, pues no es mi intención aparecer incauto ante sus ideas. Yellsy continúa musitando.

—Las estelas demuestran nuestra insignificancia y las lumbres del ocaso ratifican nuestra ignorancia. En beldades deseamos el pesar y en sapiencias preferimos respirar, pero todos ansiamos la mentirosa espiga de la felicidad.

—*Felicidad…* —susurro.

—El deseo prometido de la felicidad nos lleva a bondades deterioradas por malas razones. Ante todo, el comprender nuestras razones nos asombra frente a una nueva compresión que desconocíamos, lo cual nos acentúa hacia la búsqueda del conocimiento verdadero. El escapar de la ignorancia poseída a través de la razón y hallar el conocimiento sólo nos racionará a sentenciar la premisa felicidad. La complejidad de la insufrible tiranía de la felicidad engaña a todo ojo y convierte la bondad en constante ingenuidad.

Tiendo a hablar, pero sólo expreso algunas palabras.

—La realidad es la expresión completa de la verdad —digo—. El exterior se desvela y refleja la disparidad de nuestra apariencia, y la negación de su existencia reside en la perpetua omisión.

Consigo atrapar la atención de Yellsy porque, reflejado en la ventana, sus ojos emiten un brillo flagrante. Dobla a mirarme con una sonrisa afectuosa. También la miro y me dice:

—Es verdad. Tenía razón.

—¿En qué tenías razón?

—En mis diafanidades. Estoy muy agradecida.

Su expresión muestra satisfacción y alivio. Ensayo seguir hablando, pero ella antecede y pregunta:

—¿Por qué estás aquí?

No puedo revelar haber venido a verla, porque me avergonzaría ante la situación. Los motivos de subir y quedarme a su lado son evidentes, más no ideo excusa válida para defenderme. Así que, en un rápido arrebato, ingenio un motivo para trastocar mis razones.

—Fui asignado para entregar los documentos revisados de las plantas inferiores.

Yellsy sin reparo dice:

—Estuve pensando en bajar a recogerlos. Desde hace tiempo no visito las plantas inferiores. Sin embargo, ahora que estás aquí, ¿quieres venir a mi cubículo?

Mi corazón empieza a palpitar aceleradamente, mis manos rilan en inquietud y mis mejillas ruborizan como granas. Accedo a seguirla y, pasando sobre los sucios desperdicios del suelo, llegamos a su cubículo. Entramos y, sentándonos en las sillas, empiezo a hablarle sobre los temas que me agració Véredi.

—Por cierto —digo—, ¿tienes interés por las galerías?

Mi pregunta la sorprende gratamente. El resplandor en sus ojos se torna en avivas flamas.

—Tengo —comenta— demasiado amor por las pinturas o lo relacionado con el arte.

—¿Algún interés en particular? —pregunto.

—Los teatros son el lugar que más amoldo. Las interpretaciones son inusuales, pero la indumentaria y escenificación reavivan el agrado de la bienquerencia. Desearía atrapar la mítica y exótica esencia dejada en los escenarios.

—Demuestras profuso gusto por el talento escondido. Sería interesante apresar las diferentes caras de la belleza teatral.

—¡Es posible!

—¿Cómo lo demostrarías?

—La pintura demuestra gran potencial en retener momentos de la veracidad. Los detalles en descripciones de máscaras, escenarios, colores, luces y espacios hacen sus representaciones factibles.

—¿Has logrado capturar alguna esencia?

—Jamás lo he conseguido. En todo momento visualizo el acorde perfecto que quiero atrapar, pero no concibo la forma cabal de cómo representarlo. Comúnmente dirijo mi atención hacia mi discernimiento, aunque pierdo con rapidez el efecto que conservo.

—No obstante, debe haber algún director para gratificar tus gustos.

—¡Y no falta su existencia! Sin embargo, son sólo dos directores: Giovann Sateri y Mushkö Karieri. Sateri es, por las consideraciones inteligibles, el predominante director y dramaturgo de nuestra era. Lamentablemente no existen concernientes sobre dónde será su próxima presentación. Pueden considerarse sus emplazamientos como exclusivos o, en mi preferencia, personales.

—¿Has conseguido mirar alguna de sus obras?

—Afortunadamente. Sólo una vez. La obra se llama *Chontzua Pareti* y puede parecer falto de sentido, pero realmente todo se esclarece en los últimos actos. Se representa la vida de un hombre, cuya esposa lo abandona para viajar al otro lado del mundo. Un peregrinaje a las antípodas que destroza y desampara. El fervor aumenta su desgracia y soledad, quedando remarcado por los diversos actos de desesperación y soliloquios perversos. Se pronuncian, en mayores actos, las grandes angustias y dependencias de las consecuencias del mal valiente en el amor, dando credibilidad y naturalidad a la sosiega entre un amor no correspondido. Creo ser incapaz de olvidar la obra en toda mi vida.

Yellsy revela el carisma de la belleza en sus palabras, impidiendo desaparecerlas por completo. El recordar la mirada hermosa que encierra las llamas brillantes de su encanto sólo me obra reparar en sus ávidos ojos. Ella es atenta hacia lo hablado sin necesidad de acudir a martirios. Hace tiempo había apartado lo conocido en el ámbito de las palabras a reducciones de famas escuetas sin acepciones de justo brío. Ahora, escuchando las palabras lustres de Yellsy, percato mi equivocación. Ella ha estado estimando mis ideas y se aproxima al fondo de mis pensamientos a través de una vía clara. La prueba transcendental demuestra la ciencia extraordinaria del razonamiento innaudito.

Las palabras que mencionó Véredi resurgen de mis recuerdos: mundo interior. Aún persiste el recorrido por superar para comprender las ideas de Yellsy. Aprovecho el tiempo para adentrarme más en sus contentos sin mostrar intenciones de agraviarla demasiado. Estimando el momento, relaciono otros intereses a la conversación.

—Podría plasmar aquel sentimiento en una pintura —digo— como lo han hecho Makumatsu, Kiesuto, Furemakota o Stroitoska. Representan la gran estirpe de lo surreal y han alcanzado la independencia total de la realidad.

—Tienen considerables aportaciones artísticas, aunque desestimo la idea de esfumar la naturaleza de la realidad en columnas de colores o en rostros oscurecidos.

—Parecen perder la razón, pero logran su cometido. Difaman mensajes actuales o problemas mediáticos, generando un convenio de realidades inimaginables y sentimentales.

Excedo en revelar mis sentimientos en la entonación de mis palabras. Yellsy parece estar de acuerdo con lo dicho, aunque declina en varios aspectos.

—Desconozco esa parte de las representaciones —comenta Yellsy—. Estos pintores tienden a deteriorar el significado en vacuas y frívolas abstracciones irracionales. Llegan a incorporar en escalas subjetivas lo que ellos consideran relevante para la fantasía. Las abstracciones utilizadas se vierten de su anécdota y no de abstraer elementos del arte ni del escrupuloso entendimiento de buenas ciencias. Por esto el arte es tratado como un entretenimiento o un negocio sin intenciones de crear una razón verdadera del conocimiento.

—Son apacibles técnicas para ellos. «Artista» es el término que intentan inculcar en lo moderno.

Erro en la posibilidad de desproveer cualquier detalle, sin embargo, mantengo la confianza hasta el momento. Continúo recordando las palabras de Véredi que, rondando en mi memoria, ondulan como débiles cuerdas de aprendizaje para después perder fuerza y debilitarse hasta el desvanecer. La extrañeza del recuerdo recorre todo mi cuerpo. Conservo la calma, aunque algo dentro de mí comienza a brotar lentamente. Desconozco si es amor o locura, de igual forma, aprovecho para seguir conociendo a Yellsy.

Ella me mira fijamente analizando cada expresión que muestro y adentrándose en lo más profundo de mi cerebro. Emprendo a pensar que sólo quise saludarla para agradarle y no para conocerla realmente, o tal vez sólo lo hice para burlarme de ella con aspectos insensibles y deplorables, sin embargo, guardo estas introversiones para mantener la actitud apropiada. Sostengo el pensamiento nítido de interrupciones inesperadas o de sucesos inoportunos ante la situación presentada. Niego la posibilidad de dichas intromisiones, pero extiendo este temor por los rincones de mi juicio. Afuera, entre los inmundos caminos, donde las posibilidades disminuían por el tiempo, el caos gobierna con mayor autoridad.

Mientras alucino entre inventos y ficciones por motivos fingidos que palpitan desde mi pecho, Yellsy dibuja una sonrisa delicada que hace cuestionar mi silencio. Sospecho haber tenido suficiente levante en la voz de mi mente para que ella haya escuchado todo lo tratado. Temiendo la reacción anunciada, las anticipadas expectativas ascendidas hasta mi cabeza no suceden. Sus ojos realzan con una tonalidad cándida entre resplandores de flamas; la esperanza parece regresar a mí. Recuperada la cordura, sigo hablando con ella de otros temas por un extenso tiempo.

Mi corazón ha cesado la disputa y recobra su latido normal. Decido no hablar más de mí, pero debo denotar cierto pavor. Cuando vuelvo a hablar, siento que los recuerdos

ubérrimos del pasado han arrancado a difuminarse. En cualquier momento terminaría en un silencio importuno y finalizaría nuestra unión. Aquella idea atraviesa mi mente, haciéndome desesperar seguidamente. Yellsy prosigue la conversación con audacia y seguridad. Su destreza con la fluidez de las palabras demuestra a la perfección la dominación de los sistemas de ideas que resguarda. La habilidad plácida y escrupulosa es digna de admiración y elogio. Aunque ella exprese no tener intención de demostrar todas sus cualidades por inseguridad a terminar en actos despectivos, son evidentes sus excepcionales capacidades de dominio. Niega hablar sobre sus habilidades porque prefiere reservar aquellos temas para sí misma y poder reformarse con el tiempo. Admite carecer de estudios latos, pero vuelvo a ser incapaz de observar tales afirmaciones en todo lo oído. Hablamos sobre las bóvedas —construcciones de la ciudadela— y sus exponentes repercusiones en la modernidad. Ella se expresa con las siguientes palabras: «Significan una regresión hacia nuestro pasado. No representan la degradación de las invenciones actuales, sino el mejoramiento de las antiguas construcciones. El provecho de materiales, debido a la minuciosa planificación de cálculos matemáticos, ayudaría al mantenimiento de futuras edificaciones. Tampoco renuncio a la posibilidad de otras invenciones de categorías ortodoxas». Es clara la postura que sostiene: estima los modelos clásicos sin apartarse de las innovaciones futuras. Su propuesta no sobrepasa la ingenuidad, aunque puede desencadenar discusiones sobre las próximas arquitecturas de las cimentaciones. Abordamos otros temas, como el aumento de farolas en zonas cuantiosas, también sobre los canales en suspenso, concordando mutuamente la necesaria protección que han sugerido «adicionar». Perpetuando entre otras ideas, nuestra conversación parece casi acabar, deteniéndonos por varios segundos por culpa de nuestro exhausto hablar. La impresión demostrada ante Yellsy ha sido la anhelada. Con reposo y cautela, ella intenta acabar sin demora las últimas palabras nacientes de su mente. Frente a la valentía y la fatalidad, retomo con agrado y sorpresa todas las ideas emanadas de su intelecto. El brillo que residía en sus ojos ha perdido ímpetu y la tonalidad umbría y temerosa inunda ahora sus párpados. Intento preguntarle si algo la aflige, si algo de lo dicho la ha incomodado, pero ella prosigue sin interrupción, y yo, sin ánimos de abrumar, continúo la conversación sin reparo de preguntas ni cuestiones. Acabada la conversación, comenta con bajo tiento y rubor matizado:

—Desearía llevar todas estas ideas a la realidad.

—¿Quieres hacer todo lo que me has hablado?

—¡Correcto! Pero temo no lograrlo. He abandonado estas ideas por razones complejas o falsas y me arrepiento, en ocasiones, de estas decisiones.

—Si no hay problema, podría ayudarte con tus objetivos. Nunca es tarde para recuperarse.

En ese momento me doy cuenta de haber hecho algo impensable para mis capacidades. No necesito más pruebas para saber que he dicho lo debido, pues sus ojos volvieron a resplandecer con enérgico brillo. Yellsy aprovecha para vaciar su aprensión y hace una pregunta que detiene mi corazón.

—Entonces —musita con levedad—, ¿podrías acompañarme por un tiempo?

Irrumpida aquella pregunta en mi mente, contesto desde la vivaz entraña de mi esfuerzo.

—Sí. Prometo acompañarte el tiempo que necesites.

Aunque Yellsy no demuestra júbilo o agrado, reconozco la satisfacción de mi respuesta reflejada en la fina piel de su rostro. Mantiene reposo con mutismo hasta decidir hablar otra vez.

—Gracias. Gracias por tu apoyo —dice con tenuidad.

Comenta que me hablará en venideros tiempos para pedirme ayuda con propósitos posteriores. Asiento con convencimiento ante la clara propuesta.

Me despido de Yellsy con normalidad y salgo de su cubículo, dejándola sola. Vuelvo al ascensor y, antes de presionar el botón para descender, comienzo a sentir malestar por todo mi cuerpo. Desconozco la causa del inesperado destemplar. Sospecho estar preso de la presión acerca de varios sentimientos generados en mi interior. Pensando qué debo hacer, figuro la posible incertidumbre que nace de mi inquietud y vuelvo al cubículo de Yellsy para despejar mi tormento. Escojo no intervenir en el arduo trabajo que opera, permaneciendo apartado en la fallida luminosidad de la lejanía. Es indecoroso verla en secreto sin su acuerdo, no obstante, es la única salida para el infortunio de mi cuerpo y para detener el disgusto que prorroga mi desvelo. Doy pasos sigilosos hasta el respectivo pasillo y, quedándome dentro de las luces parpadeantes, miro a Yellsy reclinada en la silla con las manos cubriendo su rostro. Su actitud muestra desaliento y abatimiento, incitándome la suficiente preocupación por ella. Pienso ser el culpable de su recobro y, si alguien debe padecer de verdadera

punición, ese debo ser yo. Casi tomo la osadía de salir de la oscuridad y preguntarle porqué se encuentra mal, hasta que, para mi asombro, sus manos pasan por su frente y recorren hasta el linde de su cabello, descubriendo su rostro y mostrando, en las aclaradas teces de sus mejillas, la felicidad y alegría que dibuja su sonrisa. Sus ojos destellan con sosiego mientras pone sus manos en el centro de su pecho y deja escapar un suspiro de contento. Lo he decidido: nunca sentiré tanta felicidad en mi corazón si no es gracias a ella. La amaré como si no hubiera otro amor en mi vida.

GALERÍA SOLITARIA

Causé gran afección sobre los días continuos. Voy a rememorar cada suceso, repasando cada acción sucedida.

Todo terminó aquel día. Después de regresar de la transferencia, dejándome abatido por el retorno de la gravedad planetaria, salí del edificio al acabar de trabajar. Tendría algunos días de descanso para relajarme y disfrutar del trinar de las bandadas de aves, pero fue al siguiente día cuando me encontré, cercano a la plaza central, gentíos precipitados caminando por distintas direcciones. Todos parecían ir hacia lugares diferentes con intereses urgentes. Entre la muchedumbre encontré a un pájaro parado en la luminaria de una farola, vigilando y resguardándose del ruido raso de la multitud. Comúnmente solían estar en zonas más altas; lo extraño era ver a uno por espacios ruidosos. Era conveniente su avistamiento, siendo el único que distinguí desde los principios de la temporada. Me hendí entre la multitud y me dirigí hacia otra calle apartada. Con dificultad para escapar de las infinidades de cuerpos que me rodeaban, terminé saliendo hacia el comienzo de la calle despejada. Todos los edificios enfilados faltaban de puertas y dejaban expuestos los interiores de cada vivienda. Sondeé cada interior con curiosidad de ver algo, pero sólo encontré el desocupado vacío en todas las estancias.

Acercándome al final del camino, cercano a la próxima encrucijada, mi corazón se aceleró con rápida intensidad. El latir empezó a aumentar cuando vi, en la solitaria esquina, su ondeante cabello, sus finas manos, sus relucientes ojos, su esbelto cuerpo y, lo esencial para mí: su hermosa sonrisa. Yellsy esperaba a mi semblante; cuando me vio, su expresión cambió a un enérgico afecto de júbilo. Era infrecuente verla sin la ropa común para la oficina, cuya temática acordaba con ella. Sus gustos, al ser más habituales que los de Véredi, lograban adquirir con suma perfección las características que la conformaban aquel día. Cuando la saludé comenzamos a caminar juntos mientras conversábamos del trabajo. Obviaba querer conocerla, entonces decidí escucharla antes de hablarle de mi monótona vida. Caminamos cerca del canal fluvial donde había rastros escarlatas en la superficie de las escarpas pétreas. Yellsy me contó sobre una extraña experiencia que, para su criterio, no sabía si había ocurrido en realidad. Ella lo describió así:

—Parecerán impulsivas mis acciones, pero tuve buenas razones por lo que hice. Fui a explorar la secta de obeliscos del cementerio Kallastro Vidako. La entrada sólo está permitida para las personas de un puesto elevado en la secta; indudablemente carecía de aquel crédito. Decidí explorar los entornos exteriores del cementerio con esperanza de encontrar ruptura en sus muros que cercaban el terreno; lamentablemente, no conseguí encontrar hendidura o rotura alguna por dónde entrar. Preferí pensar en un plan para atravesar el muro, siendo consciente de las consecuencias que podría tener. Planeé la siguiente estrategia: saltar desde las arboledas vecinas. Teniendo la inercia suficiente y la fuerza adecuada, llegaría encima del muro, manteniéndome firme en el borde de éste. Con suficiente habilidad me adentraría en el cementerio con disimulo y no me despeñaría por algún fallo de inestabilidad.

»Llegó la noche y estaba lista en lo alto del árbol, prendiendo una rama y respirando hondamente. Había demasiada niebla para distinguir la distancia entre la rama y el muro. Esperaba el momento preciso para saltar al borde con seguridad. Tuve que esperar hasta disponer de una mejor visualización del entorno y de la profundidad. Si no hubiera colegido estas ideas habría sufrido una dolorosa caída. Esperé por mucho tiempo hasta que, acercándose desde la lejanía, vi una luz encaminarse hasta la entrada del cementerio. Era una llama bermellón que emitía una espléndida luz. Decidí cambiar mi plan y bajé para seguir con sigilo al vigilante que circulaba. Lo perseguí detrás de los arbustos hasta llegar a las puertas de la entrada. Se detuvo frente a las imponencias férreas que detenían el paso y, con algunos movimientos oscilantes hechos por la llama, las puertas se abrieron por completo. La llama cruzó la entrada, hundiéndose en la persistente capa profunda de densa niebla; no volví a ver la llama otra vez. Las puertas siguieron abiertas, por tanto, aproveché para adentrarme en el cementerio.

»Una recóndita aura colmaba el viento. Los silenciosos sepulcrales exhibían hasta las más impías almas, escuchándose sólo el crujir de las hojas por culpa de mis pasos. La niebla profundizaba en los letargos de los muertos, ofuscando todo el cementerio. Era peligroso errar sobre las lápidas, no por las imaginarias consecuencias que enfrentaría con los muertos, sino por las verdaderas correspondencias que pasaría con los vivos. Fue mi buena gracia cuando logré advertir la imagen de una silueta moviéndose entre la niebla. Ésta no había percatado de mi existencia, así pues, tuve la oportunidad de agacharme y esconderme lo máximo posible. La silueta comenzó a alejarse lentamente y su imagen se hizo más ligera y

menuda. Sin perder la oportunidad, perseguí a la desvanecedora silueta. Pasamos entre sepulturas abandonadas, mausoleos descuidados, arcos de hormigón derruidos, lámparas de hierro oxidadas, y grabados de paredes de eras pasadas. Llegamos al final del cementerio donde la densidad del aire se hizo más pesada y los murales funerarios, llenos de ilustraciones deterioradas, se hicieron más inmundos. Los senderos se habían terminado y no observaba ninguna salida hacia dónde dirigirme. La silueta, inmóvil frente a una pared sin esbozos, pasiva ante el movimiento de su propio cuerpo y activa contra cualquier rivalidad, en última acción pronta y rauda, desvanece en suma totalidad, dejándome sola y desamparada en las lápidas finales.

»El gritar de una bandada carroñera se oyó desde la profundidad de las sombras, helándome la piel e inquietándome más de lo que estaba. Mi única guarda fue el mural funerario que continuaba hasta el otro posible extremo del cementerio e, incluso de ser arriesgado, no tenía otra alternativa. Palpaba los dedos en la pared para orientarme, siendo solamente las lámparas y las figuras deterioradas del mural las preponderantes por la zona. A la distante complejidad se extendían los lúgubres árboles que quebraban al unísono con sus agitadas ramas. Luego, cercano a un…».

Yellsy había parado de hablar y había sujetado mi brazo con fuerza.

—¿Sucédete algo? —pregunté, pero ella disintió con la cabeza.

Me preocupé por un momento. Pensé que vio algo desagradable o había tropezado con algún objeto. Al recuperar su estabilidad, retomó su vivencia donde la había dejado. Volví a insistir en preocuparme, pero sólo se excusó, diciendo:

—Si la luz es brillante, las tinieblas seguro serán profundas.

Le preguntaría después qué le había sucedido. En tanto, siguió relatando y yo continué escuchándola.

—Cercano al fragor del profuso follaje de las plantas, di con un disfrazado y devastado sendero —el cual no percaté al momento de buscar una entrada cuando aún el día iluminaba— interno hacia el bosque que separaba los ambientes lóbregos y fúnebres en visiones lúcidas y vivientes. Seguí el térreo sendero que pasaba por nuevos arcos derruidos. Proseguí al fondo del bosque donde los árboles eran robustos y numerosos y los distantes horizontes eran oscuros y tupidos. En el suelo campaban diminutos triángulos blancos donde

se revelaban ínfimos y afilados ápices. Ignoré estos vestigios de cuestión baladí y continué caminando con mesura el terreno venturoso.

«El verdadero problema ocurrió cuando, ante mi ignorancia, los ápices iniciaron a brotar como si un ser viviente despertase. Esquivé los ápices con esperanzas de que brevemente se detendrían. Fue en ese momento que, por mi ingenuidad, perdí el camino. Presté atención por lo acaecido, intenté encontrar alguna explicación y, finalmente, consumí en la idea de rebosar en impiedad. Pensé que, con el favor del tiempo, encontraría los obeliscos, pero todo terminó en una artera quimera. Entré con la inocente incertidumbre de ser descubierta por bestias desmemoriadas, pero terminé develada ante la relevancia de mi insana harmonía. No padecía más bruñidos objetivos, alora persistí en adentrarme en las copiosas hojas del ramaje con la creencia de librarme, por lo menos, de los crecidos ápices.

«Seguía desalentada por los actos cometidos».

Interrumpió su historia para preguntarme:

—¿Pudo ser el odio —dijo con carácter animado— lo que tornó mi natura a ese resultado?

Sin tener oportunidad para responderle, Yellsy siguió hablando.

«Preocupada de persistentes convicciones, me percaté que los ápices desaparecieron. Miré atrás y vi cómo sus presencias comenzaban a aminorar, dejando descollado sólo la pequeña punta de un color cándido. Contemplé por todos lados, pero no encontré dónde dirigirme. Oí el sonido de las aves parar de volar sobre las ramas de los árboles, observándome con sus ojos, semejantes a puntos luminosos en la oscuridad. Nada podía orientarme hacia la salida; la niebla había alcanzado su estado máximo de densidad. Estaba, en ese instante, atrapada para la infinidad.

«Creí ver siluetas ondeantes dentro de la niebla, balanceándose en todos los trazados visibles como cuerpos nebulosos distantes, pero sólo fueron emboriadas ilusiones. Fui inconsciente de lo que estaba haciendo hasta que se mitigó la niebla y, con rápida previsión, me escondí detrás de uno de los árboles más cercanos. Atisbé a la lejanía, incluso ante mi temor, lo parecido a uno de los vigilantes del cementerio. Normalmente circundaban el muro, vigilando cada linde hasta el amanecer. Parecía no percatar mi presencia ni tampoco lanzar a oírme, por consiguiente, retrocedí con cautela hasta evitarlo por completo. Pensé que lograría encontrar alguna salida en la proximidad de mi avance, pero fue mi sorpresa cuando tropecé

con una piedra escondida entre los mares fértiles de hierba; ahí vi un color particular sobresaliente a lo lejos, al lado de un árbol. Un color calizo resplandecía con un brillo natural procedente de un pequeño piramidón unido a la sección superior de un largo cuerpo rectangular pulido. Fue innegable relacionar esta forma en bruto con un obelisco; no podía hacer otra alusión para admitir mi afirmación. Sentí una creciente exaltación que recorrió mi cuerpo, como si una acerada presencia me atravesara. Procuré no volver a encontrarme con el vigilante que, incluso de no tener métodos para dañarme, exhibía una conducta frígida y rígida al imponer seguridad y franqueza. La niebla regresó a su estado de máxima densidad y, siguiendo con los problemas acarreados por la ceguera, creí ver por azoramiento el linde del bosque y el camino de regreso hacia la libertad. Intenté caminar con rapidez hacia la escapatoria, esquivando con perspicacia los arbustos copiosos y los montículos de tierra. Mi aprecio fue decepcionante cuando, al llegar a la esperada frontera liberal del bosque, sólo encontré calizas piedras cúbicas de punta piramidal, las cuales copiaban a la piedra anteriormente hallada, siendo estas las responsables de mi equivocación y confusión. Aunque percibí el dominio de la desesperación, este sentimiento rápido cesó cuando, al voltear con inquietud, vi un sendero de peldaños pétreos colocados de forma dispersa que dirigían a un nuevo lugar del bosque. El paisaje del tiempo me obligó a seguir los peldaños por la probabilidad de hallar una salida. Esta decisión no provocaba ninguna confianza. Habían pasado muchas horas desde que me adentré en la búsqueda de los obeliscos y la hierba circuía más mientras continuaba avanzando. Junto a unos árboles de tronco menos pronunciado y de color reducido, en la rugosa corteza de las ramas, hallaba ámbar traslúcido el cual proyectaba su color anaranjado por los rayos del sol provenientes de los ligeros movimientos del espeso follaje. La niebla disipaba sosegadamente al ser atravesada por los rayos que terminaban yaciendo en la tierra arbolada. La presencia de luz me tranquilizaba por los colores naturales, los cuales formaban figuras cambiantes y espacios livianos de iridiscencias rebosantes. Los gritos de las aves reducían sus fuertes disgustos a débiles lamentos de desprecio con hondos ecos de pérdida y negligencia. Al llenarse todo de luz, despejando el opresivo manto de brumosa densidad, pude ver la historia construida en los calizos mármoles que recreaban las imágenes buscadas: los obeliscos de Vidako. Erigían formas ordenadas en donde circundaban una plataforma despejada en el centro de la fundación y, dentro de las íntimas hojas que apenas tocaban las formaciones de espetones, las construcciones proyectaban matices albos,

mezclados de jaspeadas y veteadas señales que recordaban a las franjas del magma frío. El suelo, compuesto del mineral el cual rodeaba mis panoramas, faltaba de obelisco y dejaba libre los paisajes pétreos, que instituían el calmado y nítido refugio del bosque longevo. El estado ordenado y silencioso habitaba aquella tierra sin necesidad de demostrar la pasividad que ejercía hasta el viento en acariciar la hierba y el cielo. Incluso atrapada en el corazón del bosque no pude ocultar la calidez que sentí al poder, frente a las adversidades pasadas, acabar la búsqueda que me generó expectativas falsas y devolvió la esperanza en las ocasiones de menor apostura y galanura».

Yellsy terminó de hablar. Con expresión imparcial e indolente, mostraba infelicidad después de decir la última palabra de aquel relato.

—¿Qué pasa, Yellsy? —pregunté otra vez, tratando de reconocer el motivo de la expresión vacía que removía su rostro.

Yellsy, con afligida voz, dijo:

—Siento no haber vivido como realmente debo de haber vivido.

Mi mente no comprende la extrañeza de sus palabras e intentando volver a preguntarle sobre su malestar, sólo contestó:

—Los sentidos que poseo sólo funcionan para engañar y engañarme de la realidad que, ante un respiro fugaz atraviesan los campos feraces de coloradas misceláneas, pueblo con frutos ficticios de la mente del demiurgo que domina los ilusorios motivos.

El brillo de sus ojos perdió el encanto resguardado de las vítreas pupilas. Mantuve el silencio en las carentes palabras que pronunciaba, mientras ella todavía asía mi mano con el mismo suave pulso con el que nos detuvimos en el centro del solitario camino. Prolongué la mudes con intenciones recusadas de ensueños crueles. Su cuerpo fue acercándose más al mío y, sin decir ninguna palabra, nos reunimos en aquel paraíso íntimo donde sólo nosotros sabíamos las intenciones de volver a estar juntos ante aquellos sentimientos acechantes e inusuales. Arrimó, con ligero y lento movimiento, su pecho a mi brazo; su afecto a no querer separarse de mi lado se hizo cada vez más presente. El tranquilo aliento despedía calor entre sus finos labios mientras se deslizaba hasta el aire del anhelo incierto.

Habría negado estar frente a su presencia al no poder contemporizarme si no hubiera acentuado con voz azorada, de cuya expresión absorta en derredor había cambiado, que habíamos llegado a nuestro destino esperado.

—¡Oh…! —dijo desconcertada— caminé distraída. Lo siento.

—No hay razón para disculparse.

—Yo creo que sí…

Intentando recuperar su confianza, le sugerí entrar a la galería para contentar con las pinturas y los retratos. Ella, remendando sus ideas que reaniman la noción de la realidad, dijo:

—Cierto, cierto… Perdón —dijo en voz baja.

Siendo inconsciente frente a sus difusos pensamientos que me conllevan a la incapacidad de comprenderla, mi juicio sostiene la desnuda idea de la visible inquietud cual somete al jovial gesto. Yo, ante dicha fatalidad presenciada, tuve el cometido de averiguar la cura del desasosiego que trastornaba su cara y perturbaba el interior de su límpida y virtuosa alma. Juntos, abrazados en cuerpo y ánima, avanzamos y entramos al interior de la dispuesta galería.

Era indudable: el salón exponía la saciedad de las claras incertidumbres de los artistas disentidos. Los pictóricos lienzos eran velados con blanquecinas luces sesgadas colgadas sobre las esquinas de los marcos perfilados. Las secciones pictóricas revelaban el júbilo de Yellsy frente a las extendidas láminas de tela con múltiples trazados, cubriendo con tinturas matizadas cada espaciado esbozado. Sus primeras sensaciones hacia las pinturas surreales de Sarpe, pintor de piélago, fueron gracias a las delicadas estelas que formaban ondulaciones y oscilaciones por todo el lienzo. Al abandonar a Sarpe y al dirigirnos a los retratos de Karinti, orate de roquedo, nos encontramos con las portentosas caras estriadas hasta la tez y de los acentuados regodeos marcados hasta las sienes. Los orificios bordeados de hematomas rojos y azules, lucientes de sumas violencias, mostraban corrugadas honduras levantadas por todas las faces. A Yellsy le fue inevitable disfrutar de los retratos. Pasamos a Qqq…

—¿Qué significa Qqq? —le pregunté a Yellsy.

—Es el pseudónimo del artista. Con él conserva su anonimato sin preocuparse de ser reconocido.

El trabajo no disponía de una pintura, sino de un sólo caligrama alargado y extenso, donde se representaban los edificios de la ciudadela. La periferia descubría edificaciones uniformes que aminoraban al acercarse a las fronteras inclinadas. Las únicas palabras que logré leer fueron: «Sueños manejables, beben sabrosos buques los urbanos y brisas de

antaño…». Después no entendí más. Yellsy reflejaba su fascinación por la calografía ensortijada y algo inclinada escrita en la vitela blanca, exponiendo con claridad las maravillas artísticas que representaban las sutilezas. Sus ojos recuperaron su afán de gozo sin las genuinas apariencias de los límpidos espíritus debido a los pasados abrojos. Yo vi los auténticos eternales que preservaban los pretéritos fulgores de eminentes actitudes, y ahora era presente de ver las destruidas columnas resurgir en naturales prodigios de probos denuedos. Fui culpable mediato y tenía el compromiso de disculparme para no volver a causar fortuitos agravios. Sin interrumpir las visibles admiraciones de Yellsy, esperé hasta la salida para dar mis mayores disculpas. Entretanto meditaba en los vastos pozos de aguas mentales, cuya fluidez ahogaba mis pensamientos, Yellsy me habló sin que le prestara atención.

—Éste es… ¿Estás bien? —preguntó extrañada.

Su voz me hizo regresar de mis pensamientos.

—Lo siento mucho, no te escuché —respondí.

—Al parecer —dijo con ironía— no sólo yo veo lo finito.

Con expresión contenta nos movimos de sección y nos acercamos a las exposiciones de Kami, idealista de quimeras, cuyo propósito eran las representaciones de los conjuntos mentales del inconsciente. Idénticos edificios con cimas triangulares, entreveradas formas con cuerpos encarnados, hogares en hundimientos terrenales, pasillos iluminados por la proveniente luz de las ventanas, mujeres desnudas con sus cuerpos radiando luminosidad, cumbres ascendentes que descienden de tamaño, y grandes extensiones desérticas con el mortificante y asediante color escarlata. Estos mundos inexistentes, ceñidos por regular confusión, mostraban la apreciación del error y desasosiego en los limitados colores.

—¡Qué inútil! —exclamó y tildó con pleonasmo— ¡Estas quimeras son falsas!

—No entiendo tu motivación.

—Hay varios detalles en todos los cuadros. El primero es el ininteligible significado por los ambientes patentes e incognoscible por el discurso figurativo. El segundo es el propósito mecanizado por artificios de improductiva elaboración. Y el tercero es la manipulación de sueños supuestamente trascendidos del inconsciente, sustituidos realmente por ensueños de reposos irreales o, como se suele llamárseles, despiertos. Por ello sería

vergonzoso admitir que en estos lienzos hay realmente sueños. ¡Aquí no hay soporíferos, sólo insomnios!

Decidimos abandonar la sección y explorar otras mejores pinturas. Percatamos de presenciar todas las pinturas, pero aún faltaban algunas esculturas dispersas por los alrededores de la sala.

Las esculturas revelaban sin pena las definidas huellas de los escultores. Los materiales manejados para las creaciones mostraban formas vulgares y alicaídas, posible germen de la mente perturbada de sus creadores. El estado puro del color blanco se mantuvo entre los predominantes cambios por los rasgos moldeados y laborados. Todos los cuerpos perduraban de sentido aun de padecer graves acidias por las manos de los artistas. Encontramos, cerca de la salida, la última escultura formada por un corpóreo no humano, el cual se apartaba de los sentidos naturales y reflejaba las reacciones irracionales de la prerrogativa «inconsciencia humana». Observando la última escultura que nos exhibía susodicha «inconsciencia», la salida nos aguardaba al lado. Habiendo explorado las múltiples exposiciones de los artistas contrariados, decidimos salir de la galería frente a las lumbres del ocaso que dibujaban las decaídas sombras de los edificios en el suelo. Bajamos a las calles cubiertas por las sombras que anunciaban la cercana llegada de la noche. Acompañé a Yellsy a su hogar, atravesando el centro de la ciudadela. La luz yacía en las calles solitarias y nuestras siluetas sólo se distinguían a la merced de nuestras presencias. Reparé en haber desatendido mi memoria y mi obligación en disculparme con Yellsy. Reflexioné en cómo hacer presente mi falta cometida, pero ella volvió a interrumpir mis pensamientos.

—Has estado reflexivo. ¿Sucédete algo? —preguntó con sinceridad.

—Sigo pensando…

En el intento de decir más palabras, tardé en pronunciarme porque habíamos llegado a su hogar. Ella avanzó a la entrada y luego se volvió para verme.

—Disfruté la tarde contigo —dijo.

Sin oportunidad de pensar en mis palabras, dije:

—Tengo que decirte algo.

Esperando la sumida lentitud de mi indisciplinada voz a la respuesta anunciada, la cual entendí por irrupción, por acritud propia, residí en hablar a la tierna cara de la mujer que tenía enfrente con una disculpa no adecuada ni arreglada.

—Yellsy —dije con culpa extrema—, no serás capaz de perdonarme por lastimarte al recordarte las vivencias que pasaste. Lo siento mucho. Pido disculpas por la insolencia infame de mi atrevimiento, por mi deshonrosa arrogancia que te molestara. Lo siento mucho. No ponderé mis palabras que ocasionaban incomodidad y dolor a tus recuerdos que resguardabas. Lo siento mucho. Yo…

Yellsy embistió contra mí y me abrazó. Me abrazó con mucha fuerza, oprimió su cara contra mi pecho y aferró sus manos gráciles a mi espalda. Las ráfagas del viento eran las únicas presentes en nuestro silencio. El latir de los corazones era señal de nuestro afecto. Ella no quiso soltarme ni yo tampoco. Estuvimos abrazados hasta perder el anhelo del tiempo y recuperar los vestigios de los recuerdos antiguos. Cuando se separó de mi pecho y alzó la mirada, en sus ojos, lúcidos y límpidos, vi el fulgor natural del undular color del ocaso reflejado en las iridiscencias de sus pupilas y en la periferia de su rostro. Mirando sus pupilas en mis pupilas, dijo unas suaves palabras que calmaron mi alma:

—Tú nunca me dañarías.

Volvió a ceñirse a mi cuerpo mientras me abrazaba con intensidad. Compadecí con sinceridad, y dije sin parar de musitar:

—Yo nunca te dañaría. Te amo de verdad.

QUIMERA FLORAL

Continuaron pasando los días donde las herbáceas del tiempo se reunían en las entrañas de la tierra. Las sensaciones de mi interior se multiplicaban cuando estaba con Yellsy y, de la misma manera, ella también comenzó a sentir nuevas convicciones con el mudar de su afecto. Nuestro apego aumentó los largos paseos de horas exageradas donde, entre cambios de palabras que teníamos, principiamos a encontrar fundaciones, las cuales podrían denominarse «los finales del mundo». Era complejo determinar las creaciones inusuales, por lo tanto, preferimos nombrarlas con palabras comunes como «inescrutables». Estas «inescrutables» no fueron causa para detenernos. Conseguimos, en múltiples ocasiones, tener situaciones de único renombre como, llámese, gloriosas o indescifrables para las memorias insondables.

Logramos admirar el evento de una desarrollada espiral gigante adherida entre dos edificios iguales a la construcción en donde trabajábamos. El número de espiras aumento en medida, como la sangre coagulada entre los tejidos obstruidos en la honda masa de carne también acrecentaba con velocidad. El hoyo lóbrego producido en el centro de la espiral engrandecía la magnitud y omnipotencia que generaba el engendro de la traslación continua y perpetua. Desde la lejanía, separados por un vasto depósito de agua, observamos con atención las reacciones del movimiento presentadas por las aglomeradas caras de la materia encarnada.

Otro evento que repitió las parecidas sensaciones singulares fue el descubrimiento de un canal subterráneo. La destacada permanencia de los conductos vetustos con el trascurso de las eras hizo a los grandes vulgos congregarse, durando así nueve días el interés de la población, exaltando los vestigios del pasado, admirando las paredes que se encubrían, proclamando prodigio al suceso y dicho de sus rezos, y luego fue aislado por los favorecidos, rechazado por el público popular y olvidado por todos para siempre. Hoy sólo es recordado como una atracción nonada de valor histórico o de una convicción para la distracción de las subversiones. Yellsy y yo quisimos comprobar los murmullos que alzaron la gloria perdida de este cauce. Por consiguiente, entramos un día a la aludida atracción cercana al margen de la ciudadela, orientada en la lejana relatividad boreal y en la cercana tonalidad oriental. La entrada dirigió nuestro avance al interior de un laberinto sesgado hasta la profusa oscuridad, donde la única manera de guiarnos era por faroles que aparecían gracias a una incierta

casualidad. Caminamos por los recintos cuales aumentaban o disminuían el desnivel del suelo uniforme. Adentramos a la hondura de las paredes; los ecos viajaban con debilidad desde la pervivencia ignara. Perdíamos la orientación de nuestro recorrido mientras proseguíamos avanzando, siendo los faroles los únicos que velaban de nosotros. Los faroles, al altísimo alumbrar que emitían, nos atraían como última alternativa para no perdernos. Cada vez que nos deteníamos, abrazaba por la espalda a Yellsy, envolviéndola entre mis brazos y ella sujetaba mis manos mientras volteaba a mirarme con una sonrisa cariñosa. Cuando nos movíamos, nos manteníamos juntos, tomados de las manos sin separarnos. El sentimiento era tan grande e inigualable que es imposible expresarlo con palabras. Cerca de Yellsy estaría bien. Nos perdimos en las profundidades que atravesamos, donde juntamos nuestros cuerpos al mismo lapso que seguimos caminando. Comencé a padecer dolencia en la cabeza, cuyo desvanecer resultó cuando nos detuvimos otra vez. No quise mostrar indicios de enfermedad, talmente sostuve señas de ánimos y contuve mi malestar para no terminar abatido en aquel laberinto falaz. Yellsy tomó ventaja y pasó frente a mí, siendo ahora quien decidía a dónde íbamos. Volví a sentir dolor y desaliento sin perder la esperanza de poder salir de allí. Cerré los ojos por unos instantes e intenté aspirar el aire denso, el cual aún podía recibir. Hallé en mis párpados un suave fulgor naciente del brillo de una perceptible escapatoria. Abrí mis ojos y cedí mi paciencia en dejarme llevar por el andar de Yellsy. Cuando creí estar en el mayor hartazgo por culpa de mi frente vimos, al dar vuelta en una esquina, en el fondo del pasillo, un portal que nos dirigía a la órbita de nuestra libertad. Sin parar de avanzar y atravesando la salida arqueada, quedamos envueltos por la luz cayendo del claro firmamento. Habíamos salido del canal. El lugar al que llegamos sólo contenía el inicio de un gran cauce fluvial, el cual discurría frente a nosotros. Yellsy fue a sentarse a la orilla para mirar la cristalina agua rielar. El silencio y la paz perduraba con totalidad.

Otro evento que vivimos fue la visita a un museo de paleontología. La clasificación y establecimiento de los fósiles en salas de reliquias naturales eran exposiciones para el público habitual. Viendo los fósiles conservados en resina azul, iluminados gracias a una luz interna, pudimos cerciorar las formas y los tipos de huesos afilados, retorcidos, ondulados, cóncavos, deformados, comprimidos, alargados y curvados de cada especie. Muchos concordaban con aves de especie menor aún innombrables; otros con vertebrados o clases de peces donde,

utilizando la técnica de *diafanización* para dejar al descubierto el esqueleto, se podían comparar los cuerpos de las especies actuales con las extintas. En aquel día no sucedió más.

Después de evocar el pasado puedo afirmar que hoy, donde el presente ha deslizado el olor de los recuerdos, he de demostrar los frutos vivos que amparan mi brío.

Tengo que estar presente con Yellsy. Paso entre calles con edificios para llegar a la distante construcción situada hasta los lindes occidentales. No convengo en la veracidad de las posibilidades que discierno. Cuando atravieso la siguiente esquina me encuentro con Yellsy y asiento para saludarla. Ella también me saluda y seguimos avanzando juntos hacia nuestro destino. Al dirigirnos hacia una superficie extensa, donde la entrada arqueada mide creíblemente cincuenta metros de alto y cuarenta de ancho, nos encontramos con la mayor creación «inescrutable» que las crespas naturales han conquistado. Es evidente lo que vemos: una flor gigante. Su tamaño es colosal. Los pétalos, como las raíces escarlatas, aprovechan todo el espacio disponible. El aroma floral es dulce y relajante. Las raíces penetran hasta las entrañas de los muros, y la contabilidad de pétalos es inigualable. Me es difícil entender la magnitud floreciente, entonces Yellsy me conduce entre la multitud, la cual también viene a ver la flor. Nos detenemos con mayor confín mientras esperamos a que algo sucediera. Seguimos tomados de las manos ante la incertidumbre de lo ocurrido en ese instante. Esperamos hasta que la flor, con un ruido feroz y vivaz, expulsó unas partículas diminutas, empezando a esparcirse por todo el cielo. Llegaron a dispersarse por todo el lugar, entre la multitud, y sobre nosotros. Quedamos cubiertos por partículas carmín, las cuales flotaron unas sobre otras, vagando y oscilando sin parar.

Comienza todo a parecer un sueño cambiante por mi vista a cuerpos confusos y difusos. Caen mis ojos en problemas para percibir los objetos del mundo. Los gentíos parecen moverse en siluetas, como una llama, retorciéndose sin cesar y cambiando sus colores constantemente a vivaces lumbres policromas. Mi cuerpo empieza a sentirse ligero y tenue, escapando de mí toda comprensión que experimento. Volteo a mirar a Yellsy. La veo tranquila y sin cambio aparente. Ella voltea a verme y se acerca lentamente a mí. Sujeta mis hombros, desliza sus manos por mi cuello, y comenzamos a movernos con suavidad como si de un baile se tratara. No la oigo, no sé si me habla, pero se mantiene unida a mí hasta el final. Creo escucharla decir algunas palabras, aunque sólo logro oír «te amo». Después no consigo entender nada. Sus manos se deslizan hasta acariciar mi semblante, calmándome

hasta no querer otra cosa más que estar aquí. Siento nuestros rostros acercarse por atracción mutua, estando solos, donde existimos juntos, separados del universo, aunados en harmonía entre el tiempo, reunidos en lugar de virtud, fundados por voluntad de aprecio y, resueltos con bondad de afecto, no queremos detenernos. La sensación de sus labios presiona con la misma suavidad de cómo nos abrazamos. Nuestro beso perdura con la única intención de nunca separarnos. Lo después de nuestro amor siempre estará más allá de las cosas de cómo son. Cuando retrocedo con sutileza y la miro con firme reserva, presiento que algo no conviene. El brillo, el cual siempre resguardan sus ojos, donde muestran el alma genuina de la mujer que amo, no está presente en éstos. La sensación que tengo no es la que anhelo. Las órbitas de mis ojos empezaron a reaccionar con inquieta violencia, volviendo mi visión más clara y nítida, mi percepción más real y verídica, y desvaneciendo las imágenes falsas de la Yellsy que abrazo. La conmoción azora el juicio de mis ojos y, respirando con arrebato, la conciencia cendra mis sentidos ante el infortunio visto. Levanto la mirada frente a la desdicha presenciada y, juzgando el alrededor, veo a todo el gentío fatigado y, ante todo, a Yellsy aún afianzada a mi lado. Ella descansa sobre mi hombro con el semblante dormitado del cual apenas recobra su firme avivar. Cuando despierta y dirige sus ojos a mis ojos, muestra un extraño aspecto de dolencia y cansancio. El mal del mundo parece reflejarse en la piel de su rostro. Mientras estuvimos apremiados en el fenómeno ocurrido, el día transcurrió hasta el caer del atardecer. Dirijo a Yellsy a la salida del sitio, mientras ella recupera la desprovista conciencia. Al recobrar la completa viveza de su aspecto le pregunto qué había sucedido.

—Fuimos imbuidos en una ilusión —me responde—. Las partículas muestran lo que más amamos en el mundo o lo que queremos entender sin aún poder comprender. Yo vi… figuras reflexivas. Toda cosa trivial. ¿Tú qué viste?

—Yo también vi lo mismo —miento—, aunque no entiendo por qué terminó así. No obstante, acepto que fue hermoso.

—Espero encuentres lo que amas.

—Creo haberlo encontrado.

NOVENO ACTO

Faltaron días para recuperarme de las partículas, incluso siento las órbitas de mis ojos salir exaltadas ante mi vista. Padezco de algún desconcierto o delirio, pero esa alucinación, ese sueño, esa imagen de Yellsy ha logrado penetrar en la profundidad de mi corazón, escarbar entre la oscuridad, revelar una tierra de impresiones y efectos desconocidos, y, con un beso, desvestir mi lado más ignorado. Me es graciosa la manera pasiva y sensata de cómo actúo frente a las sospechas de que algo me ha ocurrido. Lo que provoca la intranquilidad en el centro de mi cuerpo se debe a no poder atraer a mi memoria las emociones acariciadas por mi rostro y que tocaron en ofrenda mis labios en un beso grato. El desvanecer del tumor de mi mente no ha ocurrido y queda en las honduras de lo invisible el maligno pudor que me asedia. Posiblemente todavía esté embarcado entre entelequias, virando de un lado a otro, intentando escapar del único momento falso vivido dentro del remolino de lo vano.

Mientras paseo por la ciudadela, pensando en las cuestiones de mi vida, oigo el trinar de los pájaros que vuelan sobre mi cabeza, un instrumento entona melodías delicadas y lentas, y el viento sopla a ráfagas levantando las pocas hojas que quedan esparcidas por el suelo. La tranquilidad y el silencio impartidos del desconsuelo acentúan la ausencia para apreciar lo bueno que deseo. Intuyo quién está ausente en mi vida sin presenciar las hojarascas. Indago entre los múltiples pensamientos y razonamientos cohabitados. Entro en un estado de concentración, donde frecuento permanecer hasta resolver mi inconformidad. Nada muestra dominio para solucionar la ineficiencia subsistente en mi interior. Diviso la posible cura del dolor, pero soy incapaz de aferrarla. Hasta reprendo la idea de que todo lo vivido —mucho antes de conocer a Yellsy— no ha ocurrido. Tal idea la rechazo por ser inverosímil e imposible. Imagino colapsar en martirios, derrumbándome el juicio y disponiéndome a torturas insoportables. Estas imaginaciones no suceden, sin embargo, la fantasía que ciñe por mi mente no se detiene. Relegar el dolor insistente hace regresarme a los pensamientos originales de los cuales soy incapaz de apartarme. El atardecer aterra sobre la ciudadela, donde los edificios vuelven a ver sus sombras caer.

Sobre la pesadumbre nocturna, redimo de la zozobra aciaga para alcanzar la virtud que retorna mi compresión con la posible liberación de mi cohibir frente al acto impío que oprime el impelo y subyuga el tiento.

El día levanta la densa niebla blanquecina, dejando cegadas las calles y fronteras de la ciudadela. Salgo del trabajo junto con Yellsy. Partimos encrespados de bufandas y abrigos a un lugar donde prometí llevarla. Ella desconoce a dónde nos dirigimos; sólo le digo que hallará un lugar que la impresionará. Está alegre y emocionada, aunque falta tiempo para descubrir la sorpresa. La niebla es cómplice del obsequio oculto. Intento entretenerla, hablándole hasta llegar al sitio. Su concentración y júbilo me hace difícil resollarle, no obstante, el tiempo hizo amansar con demasiado decoro. La ternura que desprende presenta la actitud libre y jovial ostentada en su rostro. Soy incapaz de ignorar el candor de sus ojos. De su sonrisa brota tanta felicidad y animosidad que me veo a veces entorpecido en callar el secreto, pero resguardo la fuerza para no contarlo. La lejana paciencia por fin disminuye el recorrido por el cual marchamos y los minutos ansiados comienzan a ser arrastrados a otro sitio. Yellsy se apega a mi brazo sin intenciones visibles de separarse de mi lado. El calor que despide su cuerpo es agradable y apacible hasta llegar al sosiego de ser plácido y cariñoso. Las emociones surgidas de mi interior son fogosas y cálidas ante las vestiduras del día. Tomo su mano y acaricio las finas y serenas junturas que abrigan entre sus dedos. A medida que nos acercamos al lugar, comenzamos a detenernos en el centro de lo que podemos inferir son los alrededores desvelados de una gran plaza deshabitada. Pregunto a Yellsy si sabe dónde estamos y ella niega con la cabeza como respuesta. Le insto en hallar lugar alguno en aguardo, pero es incapaz de encontrarlo. Reitero que cerciore por el entorno, perciba el movimiento y vea allende la niebla. Hace todo lo posible por encontrar tal lugar, pero el esfuerzo es inútil. Cuando parece no haber nada en la plaza, el estruendo de unas puertas golpeándose se oye a lo lejos. Yellsy camina rápidamente hacia el ruido que perdura y yo avanzo tras ella. Al lograr alcanzarla, ella está detenida viendo un letrero con letras rojas que dice: «Giovann Sateri: *Chontzua Pareti*». Me acerco a su lado y le pregunto sutilmente:

—¿Quieres pasar?

Acto seguido, vuelvo a tomarla de la mano y empiezo a mecerla suavemente. Yellsy con semblante absorto reanuda su juicio con aspecto astuto y afable. El teatro abunda por francas razones, vistiendo el personal de la entrada con traje concertado y máscara ornamentada. Somos recibidos con recepción deferente. Nos dirigimos a la platea donde quitamos nuestras bufandas y abrigos y los dejamos en los laterales de los asientos vacíos. La gente se prepara como los mismos actores; el frenesí agita las sensaciones del escenario.

El telón perdura para alzarse y presentar el primer acto. Los minutos faltantes aún persisten en el ambiente. En el entretanto de los murmullos de la multitud de las galeras y los palcos que vociferan comentarios y obsesiones los cuales nunca pensé escuchar, Yellsy desluce delante del telón. Me impresiona ver la actitud de estupor y pasmo en su gesto, como si nunca hubiera ido realmente a un teatro.

—¿Estás bien? —le pregunto— Podemos irnos, si quieres.

Ella enternece ante mi atención.

—No debes preocuparte —responde, suspirando—. Esta emoción me recuerda la primera vez que vi una de sus obras. Tantos sentimientos, tantos recuerdos, no es sólo una obra de teatro: es mi primera obra de teatro.

—Me alegra que puedas resurgir este pasado.

Apartando la mirada de su rostro, siento cómo entrelaza sus dedos con los míos. En ese instante las luces se apagan y se encienden las candilejas. El telón se alza y se puede oír el inicio del monólogo. En la oportunidad de agradecer a Yellsy con la obra que aclama, relegué con totalidad en recordar lo que se presentaría. Aunque parezca por mayor inoportuno, no evoco de qué se trata la obra. Niego, sin embargo, de ruborizar o inquietar mi aspecto, debido a la seguridad de observar interpretaciones fastuosas o grandiosas en las actuaciones de los representantes.

El monólogo presenta a un hombre saliendo a declarar terribles presagios. Impúdico y precario en cada palabra, no puede contener el enunciar en cada verso. La orquesta toca durante varios minutos con pronunciados acordes y después disminuye la melodía a ligeras armonías. El presentador prosigue hablando en soledad, pero su tono es suficientemente alto para que los espectadores se mantengan cautivos ante las breves estrofas. Sus exóticos versos claman:

Ante la calumnia del velo que defiende el menguado,
nos sobrepondremos a los cantos espigados.
No oír el nombre de mi padre volver entre los muertos
sería la traición más nefasta para el sufrimiento.

Cayendo en voz parva, acaba atenuando su valor en ejercer los últimos versos:

Los gorriones volaban, altivos y gráciles,
posándose en las ramas, delgadas y frágiles.
Los ampos danzaban, gélidos y decorosos,
y los cantos armoniosos, tardos y gloriosos.

Y al finalizar el verso terminal las luces se apagan. La extraordinaria oleada de aplausos colma el teatro, dejando ver sólo las siluetas de las manos. Cesando el ruido, comienza inmediatamente el primer acto, prosiguiendo con las peripecias faltantes.

Cinco sextos de hora después, acompañado del acabar del séptimo acto, las luces perduran con sutileza por varios segundos. Reposando en el asiento, Yellsy tiene los ojos arracimados de destellos y con una expresión plácida en su rostro. Entreteniéndome con los alrededores, entre las cabezas circulares, sombreros ovales, los rostros del palco y el foso de la orquesta, observo, o intuyo ver, el cabello pomposo y despeinado de Véredi entre la multitud de cabezas distantes. Es atípico encontrarla fuera del edificio de la compañía o en ordinarias condiciones que no estuvieran relacionadas con el trabajo. Evito hablar de su posible presencia a Yellsy con la intención de preservar el encanto que sus ojos centellan y de advertir irrupciones impropias. Es probable que la esté confundiendo con otra persona.

Las luces vuelven a extinguirse. Comienza pronto el octavo acto. Ha desaparecido el pomposo cabello en la oscuridad.

Se presenta una mujer acostada en el suelo, cubierta con telas de múltiples colores hechas de algodón. Un hombre entra en escena y ella alza la mirada para dirigirle algunas palabras. Ella clama:

¿Traes noticias de la muerte de mi esposo?
Otra vez la nieve cae en impíos esbozos.
¿Qué es lo que entregas hasta mi casa?
Habla con gentiles palabras.

El hombre responde con propiedad:

Soy vasallo entre las grandes guerras,
de engaños sólo padezco con estrategas.
Atiendo a los correctos cargos,
pero su esposo murió hace diez años.

El telón vuelve a bajar. La repetición de aplausos frecuenta nuevamente. Sin tardanza, al cesar los aplausos, se presenta el último acto.

La escena trascurre detrás de un cielo bermejo, iluminado por matices amarillos degradados hasta el imitar del alba. Los pétalos níveos yacen con los suaves tonales que escala la orquesta. La mujer está hincada sobre una almohada con las rodillas juntas y la espalda levantada. Con las manos recoge algunos pétalos caídos que vuelve a soltar en el cielo. El cuerpo de la mujer oscurece por la luz que reduce su intensidad y, frente a la última silueta todavía visible antes del eclipsar, ella lauda de pecado con perfecta y divina tonalidad, pues declama:

El mundo se convierte en el hervidero terminal,
pero hay más aterradora enseñanza otoñal.
El fin de nuestras vidas incluye un final,
entonces es mejor reír antes del cierre mortal.

Las luces finalmente se apagan. El último acto ha concluido. Todo ha quedado en oscuridad y densidad. La penuria déspota oprime la sofocante instancia amordazada por lánguidas confianzas. El público se defiende quedo y silente. Nadie emite ruido ni sonido al causar del palmar de las manos. Las luces vuelven a encenderse en esplendores calmosos con las pletóricas fuerzas en ovaciones que olean los embates veraces. Yellsy y yo también nos unimos al unísono de palmeadas vitoriosas mientras las luces terminan de encenderse. El gentío comienza a levantarse y salir del teatro. Nosotros volvemos a vestirnos con los abrigos y bufandas y salimos detrás de la multitud. La niebla todavía prospera. El halo solar desprende varios haces de luz con colores tenues. Son visibles las sombras que la muchedumbre tiende. Decidimos caminar de vuelta al hogar de Yellsy, residente al oriente de la ciudadela.

Antes de irnos, volteo con la intuición de ser observados. Todo está plagado de personas quienes impiden que distinga las miradas. Pienso que fue mi inventiva con una creación insensible e impasible, pero al prestar atención a la distancia descubro a una persona inmóvil, viéndonos desde la lejanía. Con corpóreo delgado, piel apagada y cabello alborotado, supe con perfección a quién presenciaba. Nos atisba con mirada insistente al otro lado de la entrada. Esboza sutilmente una sonrisa que oculta cuando se da la vuelta. Abrigada, se aleja de nosotros, dejando ver su sombra arrastrarse mientras su silueta se desvanece entre las profundidades de la niebla.

LOS CANALES AGAZAPADOS

Existen voces que musitan de una entidad vigilante. La protección de los suelos pétreos nunca ha estado tan preservada desde que desapareció la esperanza. Entre el carmesí coagulado y la ladera sesgada y lisa, una esfera sangrienta recorre los canales en asedio. Los ecos del arrastre navegan las paredes, palpan los ápices, abaten el fango y perecen hasta el suelo. Transita debajo de puentes, adentra en soterraños, asola lo que se le imputara y arrasa los cimientos abandonados. Los notables gestos inclinan a la auténtica disconformidad y revelan el temor yacido dentro de todos. Su notoriedad es innegable y su fuerza es insuperable. Todos tiemblan ante su existencia.

Abundan otros infortunios menores, unos sobrepasan nuestro entendimiento y otros rebasan las fronteras del espacio. La luz aparta estas ideas y ablanda las ánimas, recobrando la agradable calidez del día. Muchos se abstienen de acercarse al canal y otros se dedican a trabajar en sus interiores. En palabras de los productores: «Su cuna está en las entrañas más profundas de la ciudadela. Habitado por prendas y lianas rojas, posiblemente ha dejado mudar sus vestiduras; pero el hecho de existir tan atroz y repugnante método es, sin duda, desagradable». Suele llamársele a esta cuna *la raíz roja*, por las increíbles ramificaciones y extensiones que se incrustan en las paredes, y por los brotes donde se forman diversas faces y figuras. Los testimonios son escasos. Demasiados dudan si realmente existe algún peligro de vivir en las profundidades. Para todos los juicios, nadie tiene la capacidad de admitir tales declaraciones. Todo se convierte en una conformación de suposiciones, exageraciones o improvisaciones de historias carentes de coherencia. Llega incluso hasta la historia de un anciano desmejorado, de pieles enjutas, que afirma haber trabajado en sus años más joviales en los interiores de los canales. Él decía vivir diferente otrora, donde antes se podía bajar fácilmente a las profundidades por unas escalinatas que conducían a un plano extenso y despejado. Se tenía el propósito de construir cimientos que librarían la ciudadela, pero las construcciones jamás se efectuaron. Un día descubrieron dentro de una pared una masa carnosa y palpitante habitando desde tiempos pretéritos, más del supuesto. Informaron sobre la presencia ignota y de su impedimento para empezar la construcción, pero la información llegó demasiado tarde. Al intentar bajar nuevamente, la masa se había extendido por toda la pared y había brotado por todo el sitio. Intentaron quitarla, pero todo esfuerzo fue en vano.

En menos de una semana la masa se había extendido hasta las escalinatas, convirtiéndose en un peligro para quienes necesitaban bajar. Cuando se percataron del abundante riesgo, decidieron suspender las operaciones. Se abandonaron los puestos y se desalojó la zona. Pensaron que en cuestión de días todo habría sido consumido por la inanición, pero otra vez estaban equivocados. Surgieron aterradores ruidos, provocando temor a todos. Nadie sabía qué ocurría ahí abajo. Todo concluyó un día cuando se avistó una esfera roja transitar por los canales, dando recorridos de un lado a otro sin motivo aparente. Se quiso ignorar este hecho, pero no se logró disuadir la presencia de la esfera.

El anciano demuestra conocer lo que narra, pero todos ven la posibilidad de que su historia sea falsa. «Maniático, insolente, despiadado, insensible» son varios de los agravios que la gente dice del viejo. Todos aseveran no creer en algo tan exagerado e ilógico, sobre todo inconcebible para la era. Él mismo se disculpa por haber contado algo tan indolente y errado basado en su experiencia, pero ninguno de los presentes muestra cordialidad de volver a hablarle con el mismo respeto, sin poder recordar aquella despreciable y aberrante historia.

DÍA DE PESCA O PEZ ROJO ANTIGUO

Hoy es un día soleado. Los rayos de luz traspasan por los orificios de las hojas, el parque abarca el lago en el centro, los árboles rojos bordean el agua y sus ramas se extienden desde la orilla tan densamente que casi cubren la superficie acuosa. El color rojizo de las flores contrasta con el cielo y la superficie del agua. El canto de los pájaros va acompañado de la brisa del viento. Cayendo desde lo más alto, las hojas quedan tiradas por los senderos. Siendo un pulmón natural, son incomparables las lindezas del parque frente a los puentes bermejos. Enlazando las dos orillas, los pobladores cruzan y admiran la cristalina agua reflejada de la luz del cielo. Su significado es la unión de dos mundos que llegan a estar juntos por un solo medio, siendo una relación de amor sembrada entre los amantes. El césped crece vigoroso; varias gotas reposan en los finos cuerpos donde resplandece el color verde de los encorvados suelos. Yacen peces que dan vueltas al lago, del levante al poniente, pensando instintivamente en las maravillas que encontrarán cuando naden lo suficiente al próximo lado. Normalmente no encuentran nada.

Yellsy y yo paseamos por el parque mientras conversamos. La tranquilidad que ella me causa no es normal. Siento cómo transmite su gracia y confianza, cómo toda la maldad en mí desaparece por completo. Su esencia es inigualable, su tez perlina y suave desborda colores de felicidad y alegría, sus ojos refulgan con el resplandor del día, la luz acaricia su piel con delicadeza, su andar descubre sutileza y calma abundante, y su sonrisa muestra la tranquilidad que en ningún otro sitio he podido apreciar. Puedo considerarme como el hombre más afortunado del mundo o, entre pocos casos, como el más feliz de todos.

—La calma germina por muchos lados en este parque —dice Yellsy mientras mira el lago con los peces—. Es normal ver a la gente en días de descanso disfrutar de la naturaleza, de los sonidos, de los cantos o de los colores, pero nadie parece haber venido este día. Prefiero este silencio ante cualquier ruido, pues la ciudadela, los edificios y los canales han enmudecido en un mutismo perfecto.

Veo su forma y creo estar en un profundo y hermoso sueño.

—Aunque a veces no lo logre ver —continúa—, creo en un mundo más allá del nuestro. Un mundo perfecto y harmónico, lleno de paz y serenidad, de arte y música, de maravillas inigualables para nuestra mente limitada. Tal vez poseamos conocimientos nuevos

sobre las cosas, nutriendo lo que ya conocemos. El sonido de la lluvia sería relajante, moldeando las gotas al placer de las más dulces sonatas jamás imaginadas. El mundo sería…

Hace una pausa, da un leve respiro y permanece cautelosa. Observa absorta por unos segundos al vacío, mientras tanto me voy acercando lentamente a su lado. Cuando vuelve a recuperar parte de su postura, sigue hablando, pero lo hace esta vez con una voz febril y sutil.

—Lamento tener que contarte esto. Quería volver a tener otro día contigo, paseando calmadamente y disfrutando de la naturaleza como órgano de la vida, pero hay algo que debo decirte. Algo me ha agobiado y no he logrado quitármelo. Perdón si mi interrupción es demasiado inapropiada, pero debo decírtelo. ¿Serás capaz de escucharme en estas brusquedades?

Asiento con nerviosidad, entretanto, insinúo seguridad en mi gesto, siendo sólo una expresión falsa que oculta mi verdadera inquietud. Yellsy respira hondamente y, cerrando los ojos, con expresión apacible, deja escapar un último suspiro que ruboriza sus mejillas. Inicia a hablar con completa honestidad posible.

—A veces pienso sobre la vida, su significado y lo pasado. Me altera la sencilla razón de morir, de dejar de existir y que las personas conocidas se olviden de mí. He sufrido días en donde no he podido dejar de agravarme hasta el punto de injuriarme. No soy una persona mala, no he tenido razón para lastimar ni ser lastimada, de odiar y ser odiada, pero mi necedad es tan grande debido a ser incapaz de extinguir la llama que quema mi interior. Mi interior sólo quiero reducirlo y apagarlo. Frustro en comprender mis problemas, ocultándolo ante los demás y me oprimo hasta el acto de aceptar el sufrimiento. Siento un dolor grande que me daña más, cada día, cada hora, cada segundo, y duele mucho. Nunca pensé en ser importante para alguien. Todos me conocen, pero ignoran mi presencia. Soy una fantasma que recorre la ciudadela, sola, sin nadie que me quiera. Siempre he sido solitaria y relegada. Todos me olvidarán: moriré triste y abandonada. No tengo otro destino más que éste.

El desprecio de Yellsy sobre sí es tal, que sus ojos llorosos no soportan el intolerable sufrimiento. Continúa hablando con difícil pasividad, siendo incapaz de regresar al estado de tranquilidad y serenidad con el cual comenzó a hablar.

—No sólo he sido infame en la idea del olvido —dice entre sollozos—, sino también lo he sido en los dilemas de mis pensamientos. Soy una persona que niega las emociones impropias. Quiero librarme de los deseos no correspondidos, de los deseos frívolos y

arrogantes. Termino en empeños fútiles, los cuales no llevan a ninguna parte. Soy alguien quien termina perdiéndose entre ideas, razones, sentimientos, ilusiones, moralidades y pasiones que enfrento con las consecuencias advertidas. Manifiesto esperanza entre los velos de bruma y sosiego impuestos, sirviendo la luz de guía entre las lagunas del destierro. Lamento si mi torpe interrupción llega a incomodarte, pero todavía tengo algo para contarte. Pido un poco de tu paciencia, esta vez, sólo por mí.

Asiento con levedad y ella prosigue hablando.

—Es extraña esta sensación jamás apreciada. Es complicado de explicar, pero haré todo lo posible por esclarecer. Es horrible pensar en estas cuestiones, especialmente cuando se vuelven realidad. Vivir con apremio no es bueno, menos para quienes tienen vidas menudas. Yo deseo vivir sin urgencia, escapar del hastío y caminar con pasividad. Rechazo a quienes se aprovechan de los suyos, aplastándolos y arruinándolos por aciagos juicios. La voluntad es simple y aplicable hacia la capacidad de la realidad y la ambición discernida en atribución, lo que nos devuelve la aptitud y nos aleja de las acciones dañinas. Gracias a esto puedo sobreponerme a dilemas constantes. Esto no conlleva a la suficiencia para conmemorar victoria. Mis problemas no desaparecen, siguen brotando hasta el día que decida afrontarlos. Era claro no ser capaz de acabar con todas mis cuestiones, soy inhábil para tal esfuerzo. Debía buscar alternativas, dualidades, algo que desprendiera nuevos aires con abundantes gamas de fragancias y aromas fascinantes. Desde ahí empecé la búsqueda. La búsqueda de mitigar la aprensión ceñida. Dejar la noción de la tristeza y la fasta idea de la soledad. Si encontraba mi cometido, conseguiría llegar a un mundo beatífico, donde por fin viviría allende del temor. El temor siempre enciende el perverso manto del dilapidar impuro, del manzano falto, del floral marchito, el cual excusa la parvedad recta entre los sabores que emanan de la prioridad. Ese era mi cometido, pero —dice, aminorando a una voz más lánguida y diestra— jamás pensé que aquella búsqueda me encontrara a mí primero. ¿Entiendes lo que digo?

Mi estado es irreversible. Estoy confrontado por la extensa información oída. No puedo responder con precisión a excepción de una difícil negación con la cabeza. Ella mira fijamente mis ojos, esperando mi respuesta con consolidación, clarificando la situación, concluyendo la historia y finalizando con un reconfortante e indudable «sí». Pero había sido imposible. Soy incapaz de aliviar su espera, cayendo otra vez en mares inmensurables.

Yellsy no reacciona a mi respuesta. Mantiene la mirada aferrada a la mía, esperando el momento oportuno para hablar. Supongo que su corazón aún palpita sin parar, avivándose, sirviéndome como referencia sus mejillas sonrojadas y sus pupilas dilatadas. Da una prolongada aspiración, como el ir y venir de la marea o de las hojas al caer, oscilando de un lado a otro y, sin dilación, comienza a expresar, lo que hasta entonces sólo dejaba recitar por actitud, sus sentimientos.

—Buscaba algo que me trajera consuelo, mas nunca imaginé que lo que buscaba también me estaría buscando a mí. A todo esto, y sin querer interponer más cosas, debo decírtelo: eres tú. A ti te he estado buscando. Pensé que jamás te encontraría, que fallaría en mi cometido, pero finalmente estoy aquí, contigo. Esto quiero: el estar contigo. Quiero estar a tu lado, cerca de ti, sin que nadie nos separe. Deseo que seamos felices los dos, unidos, juntos. Sólo deseo eso. Deseo que veas con tus ojos lo que mis ojos ven de ti para apreciar lo importante que eres para mí. Deseo que me ames. Ámame como si no existiera otra cosa que pudieras amar. Ámame como si tu vida dependiera de ello. Ámame como si todos los días fueran el último. Ámame como yo te he amado a ti.

Su fervor es indecible. Las andanzas, que brotan de las sensaciones íntimas, demuestran el enorgullecer en su rostro. Sus manos, pueriles y silentes, estremecen débilmente mientras su mirada permanece fija a la mía.

El estanque resplandece por los rayos del sol, relumbrando cada vez con mayor intensidad. Algunos pájaros planean el cielo y otros aterrizan en la orilla del lago. Las hojas sutilmente caen por el parque y la brisa agita el cabello de Yellsy con suma delicadeza y zarandeo detrás de sus hombros.

Su mirada jovial guarda un brillo extraordinario, siendo sus ojos la fuente interna por la cual emana toda su felicidad. Tomo sus manos y entrelazo sus dedos con los míos. Un gran peso oprime mi pecho y los calofríos traspasan mi cuerpo para aflorarse. Las palabras intentan ocultarse entre mis labios, reduciéndose a puros susurros. Incluso así, no tengo intenciones de frustrar mis razones y sentimientos con pavores que asumí. No perderé el hito de mi vida: me niego a dejarla ir. En profundo hervor, librándome de la espera, respiro hondamente y, con avidez, cierno en emociones nunca antes cantadas.

—Yellsy —digo mirando sus ojos—, no soy alguien que pueda expresarse perfectamente ni quien pueda entender las cosas perfectamente, pero sé que soy el hombre

más feliz de todos, porque hoy puedo querer a la mujer más especial del mundo. Yellsy, no puedo imaginar un momento de mi vida sin estar contigo. Al principio pudo ser un artero ideal, pero ahora me doy cuenta de tu incursión en mi vida y de lo propio que ahora es para mí. Sería incapaz de hacerte daño. No soportaría la realidad sin tu presencia, sin tu belleza, sin tu esencia, sin tu existencia... No podría. Perdería el sentido de mi vida si no estuvieras cerca. Mis motivos se hundirían en vestigios, mis sueños se contagiarían de pesadillas, los entornos perderían importancia, el aire se tornaría en densidad, los colores se volverían en apatías, el sol dejaría de brillar, la oscuridad conquistaría mi realidad y la vida llegaría a una completa nimiedad. Todo perdería importancia para mí. Pero ahora soy consciente de lo que tuve que buscar desde el primer momento. Siempre debiste de estar a mi lado para protegerme, es decir, para acompañarme. No sería el hombre completo, el hombre feliz, el hombre que ama la vida si no estuvieras dentro de la misma. ¿Qué tipo de vida elegiría si no estoy dispuesto a amarte? Solo podría ser considerado como una bestia insensible y despreciable. Yellsy, eres la mujer que amo y amaré por siempre: estoy seguro. Eres la mujer que hace latir mi corazón, logras que juzgue mi universo y salvas mi mundo de su perdición. Prometo hacerte feliz y nunca olvidarte o, en otras palabras, jamás dejar de amarte.

Dentro de su sonrisa se esconde un sentimiento del cual soy incapaz de hallar. Esbozo una sonrisa inusual para mí. El sentir de asaces emociones es poco habitual y los calofríos antes recorridos por mi cuerpo han desvanecido. Tengo aún sus manos entrelazadas con las mías, las cuales habían dejado de rilar desde hace tiempo. Su mirada sigue fija con la mía, pero esta vez puedo ver un verdadero consuelo en sus ojos.

Quedamos en silencio durante varios segundos, mirándonos.

Una pequeña sonrisa se dibuja en el borde de sus labios. Sus dedos acarician suavemente mi mano, jugando a hacer pequeños círculos. Parece que nos acercábamos, pero seguimos sin movernos.

El lago resplandece de fulgor y esplendor. Los rayos de luz parecen ser cuerpos amorfos levitando, destellando y desapareciendo con el tiempo, pero renacen descendiendo otra vez del cielo. Las hojas atavían el parque con su color grana y contrastan de manera diferente. Los pájaros surcan los árboles y se alejan, convirtiéndose en diminutos puntos que se desvanecen con la distancia. La ráfaga de viento resopla débilmente por todas partes, perdiéndose en remolinos incontrolables y en movimientos falibles y circulares. Yace una

calma escrita sobre el entorno, una gracia que cubre hasta la minuciosa capa de vaguedad y una levedad propone la semejanza desnuda en el manto de la claridad. La existencia de la avidez camina sobre mis hombros, siendo un sentir irreprimible ante el sueño que nunca pensé conseguir. Estoy en el puro instante y con la pura persona para cumplir mi ensueño.

Mi corazón palpita tan fuerte que parece que se detendrá. Ahora mis manos son las que sufren y estremecen fielmente.

Ahora yo adolezco por lo que pienso e imagino.

Ahora yo sé lo que se escondía detrás de aquella sonrisa.

Ahora yo entiendo por lo que había pasado Yellsy antes de conocerme.

Posiblemente pudo ser mi respiración o mi cuerpo, pero una vigorosa emoción incapaz de describir ataca mi corazón. Su mirada me incita a un movimiento bajo la cordialidad necesaria. Doy un respiro profundo y, lentamente, voy acercándome a ella. Su impresión, al principio, es incierta e imprecisa, pero su gesto muda cuando ella también empieza a acercarse a mí con lentitud y expresión plácida y sosegada. Nuestros cuerpos comienzan a hallarse, y nuestros rostros, a encontrarse. Percibo que se detiene el tiempo sin tener presentes impedimentos ni obstáculos. De repente siento un calor interno habitar mi cuerpo cuando cierro los ojos, pero esta vez es real y verdadero. El beso es la junta de la llamada de los amores frente al destino, consignados a pasar la eternidad unidos, para siempre. Puedo sentir sus labios presionando los míos sin inquietud ni preocupación a detenerse. Nuestros sentimientos parecen ser espíritus intangibles traspasándose en movimientos semejantes al de una flama que se turba de un lado a otro.

El fulgor del lago ha reverberado completamente, atrapándonos en un manto de luz, desapareciendo nuestras sombras y convirtiéndonos en siluetas lóbregas. Creo oír su voz, tenue y baja, intentando pronunciar algo. Mientras perdura nuestro beso, sigo oyendo su voz queriendo decir algo que no intuyo. Al separarnos de nuestro beso, aún asediados por la luz, Yellsy, finalmente, acercándose a mi oído, con voz tierna y cariñosa, me susurra sutilmente unas palabras que jamás podré olvidar:

—Te amo… te amo, Pasternak.

TERCERA PARTE

LA VERDAD

El ruido de un embate violento permanece voceando. La oscuridad domina por todos lados. Se escucha un murmullo viajar por el aire. Un peso fuerte oprime mi pecho. Oigo las ráfagas del viento. Ignoro lo que sucede, siendo una voz la que me habla a lo único que presto. Recaudo el llamado de un diferente sitio. Inmóvil, con el cuerpo yermo y baldío, sigo escuchando la voz en mayores imponencias.

Cuando consigo abrir los ojos veo, como primera percepción, un cielo rojo donde se tiende todo el firmamento. Estoy acostado en un suelo rígido y duro. Mi cabeza, como la totalidad de mi cuerpo, sufren dolores agudos y perpetuos. Intento levantarme sin triunfo por falta de fuerzas requeridas. Pruebo levantar alguna parte de mi cuerpo con el mismo funesto resultado. Finalmente, decido permanecer quieto hasta recuperar todas mis fuerzas si, al menos, pudiera recuperarlas.

El lugar es particular. Aunque mi cuerpo reclama atención, mis recuerdos también espetan en superar la importancia de la situación. El mismo cielo teñido de un color escarlata se junta con la oscuridad que lo acompaña. El aire es denso y el ambiente abriga mi cuerpo hasta inundar mi ánima con recelo. No puedo deducir qué hago aquí o por qué estoy aquí, empero sé con perfección que no estoy a salvo.

Cuando por fin invisto suficientes fuerzas para levantarme, me sostengo en lo que recuerda ser el pretil de un puente. Y cuando puedo apoyarme firme, mirando las vistas presentadas en todos los entornos, como si de un certero impacto se tratara, recuerdo todo.

La precipitada respiración abate mi corazón hasta empezar a perder el juicio. Trasudo ante el miedo, inundándose mi frente. La estabilidad amparada se turba con protestas de alaridos. Reposo en el pretil del puente y puedo mirar a mi alrededor. Los recuerdos regresan a mi memoria con el defecto de aún descuidar algo. Al rememorar todos mis recuerdos siento la ausencia de una memoria que rehúsa volver. Me separo del pretil y vago por la mitad del puente. Las experiencias sufridas en este sitio se hacen presentes. Mi visión, todavía borrosa y sombría, me impide caminar con seguridad, pero puedo moverme con lentitud y debilidad. Limpio mis ojos y observo una capa de densa niebla acercarse a mí con velocidad. Me alejo del extremo izquierdo del puente previendo un embate. Al voltear me percato de la presencia de otro manto acechándome. Trato de buscar una escapatoria, miro. y, en la esquina del

puente, hallo un edificio cercano con una entrada abierta sin puerta. Sin posibilidad para deliberar decisión alguna, me adentro, arranque que sólo puedo despertar en este mundo atroz.

Desciendo por unas escaleras y llego a una sala roja iluminada por lámparas sujetas a la pared. Hay varias mesas clavadas como las lámparas y, en los lados de las mesas, asientos contiguos empotrados con el mismo estilo. Hay otra puerta en el fondo de la sala que conduce a un lugar incierto, sin embargo, no muestro ninguna intención de entrar. Escruto la sala y me doy cuenta de que ya he estado en un sitio como éste, pero mis pensamientos siguen abatidos para pedirme exigencias rigurosas. Vuelvo a padecer de dolores constantes por todo el cuerpo, por lo que cedo a sentarme en uno de los asientos. Descanso con la respiración azarosa y el cuerpo doliente, los cuales me hacen incapaz de moverme por culpa de malestares de fuerzas raptadas. Alzo la cabeza para mirar al techo con la idea de haberme perdido en el abismo de la ambigüedad. En este momento no me importa nada ni me importaría morir en este mismo asiento. Los recuerdos, acumulándose entre las memorias diversas de la ciudadela, me rememoran a los entes impíos. Sólo recuerdo la ciudadela y sus fúnebres bestias. Existe la posibilidad de que olvidara algo o a alguien, mas eso no me importa ahora: estoy exhausto. Carezco de fuerzas para levantarme o para moverme del mismo sitio. Desearía cerrar los ojos y aparecer en otro mundo mejor. Eso es imposible. Estoy sólo yo y este mundo.

Puede ser mi respiración presurosa, mas la insistencia de mi memoria destaca en aún olvidar algo. La sensación de recordar un nombre posa mi conciencia y se pierde en los vastos ríos del olvido. Sigo, por última vez, intentando recordar alguna memoria, pero es en vano. Los bramidos de la ciudadela turban mi cuerpo, recobrando también las experiencias libradas. Recuerdo los edificios con puntas triangulares, las calles vacías, los temblores constantes, las carnes sangrientas, las estructuras destruidas, las columnas selladas, los laberintos descendentes y los entes agrestes. Lo recuerdo todo.

El silencio preside por varios minutos sin perturbación ni alteración. Evoco con recurrencia los horizontes luctuosos y las edificaciones destruidas transitadas. Es posible, otrosí, o por la niebla o por la ausencia del aire, estar delirando, pero presiento ser observado. Bajo la cabeza y, al mirar a mi alrededor, percato aún estar solo, provocándome, por algún motivo, cierta miseria.

Cierro los ojos y distraigo mi mente de los desazones y tristezas donde apremian los horribles momentos. Abro los ojos con el sentir de un gran abatimiento que atraviesa mi cuerpo. También, por causas desconocidas, siento inhábil moverme en lo absoluto. Pruebo a levantarme, pero mi cuerpo rechaza toda respuesta que yo señale. Intento mirar a los lados, pero mi vista se distorsiona en imágenes confusas y amorfas. Formaciones ondulantes son lo único que ven mis ojos. Mi respiración se precipita en incesantes olas de ansiedad y mi cabeza se torna en múltiples males inexplicables. He sucumbido ante la locura.

Oigo una risa pueril proveniente de algún sitio que aumenta y disminuye cada vez más. Mi vista no logra esclarecer sobre el entorno, aunque puedo asegurar haber visto la figura de una persona moverse enfrente de mí. Varias ideas surgen de mi mente con el fútil intento de proveer una explicación a lo que acontece. Mi cuerpo sigue inmóvil, en cambio mi vista empieza a aclararse nuevamente, recuperando así su normal concentración. Puedo mirar en este instante por los alrededores sin lograr ningún beneficio en particular. Mi visión casi vuelve a la normalidad, aunque todavía quedan formas borrosas y difusas en mi periferia.

Cuando recupero los colores y vuelvo a percibir los alrededores veo algo que, hasta para el ímpetu del corazón, es lúgubre e infame. Es una silueta femenina que me observa desde el otro lado de la puerta del fondo. Su aspecto es lóbrego, pero su cuerpo inerte consigue exponer muchos relucientes. Ella sigue observándome sin fruncir ningún gesto. No reacciono ante una posible arremetida, pero no perdura su estancia en el mismo sitio cuando empieza a adelantar hacia el lugar en donde me encuentro. La luz revela que está envuelta con vendajes estropeados, deteriorados y ensangrentados por manchas cruentas en todo el cuerpo a excepción de la cabeza, la cual no llega a envolverse, dejando la tela cerrada hasta el cuello. Su cabello es corto pero lacio. El cabello lateral termina hasta la nuca, llegando las hebras ladeadas a sobresalir delante de la frente, y la frente sólo cubre la parte de sus ojos, generando una sombra que oculta su rostro. Al estar casi cerca de mí, recobro otra vez mi visión que falla por unos segundos importantes y todo vuelve a ser informe. Cuando mi visión regresa a la normalidad, descubro que ella está sentada enfrente de mí sin decir nada. Su presencia es continua, como si toda la existencia se concentrara en ella. Sin ninguna reacción adversa, sólo somos ella y yo, sentados. El silencio domina con la agonía convertida en la madre de la ejemplaridad. En otros casos habría actuado con inquietud, no obstante, es imposible mostrar fehaciente actitud ante la calma que resguarda con notoria tranquilidad.

Nunca había visto tal disposición en ningún otro lado. Un caso genuino y único el cual puedo escrutar con total esplendor. Seguramente, la ente más templada hasta ahora. Aunque su cabello le cubre los ojos, presiento en su mirada el intento de comunicarme algo sin lograrlo. Pensando que retengo todo entendimiento, una fuerte percusión me hace caer en gran pesadez, donde obnubilo entre la pérdida total de mi visión que entrega borrosas imágenes retorcidas, siendo la gravidez de mi cuerpo voluntaria a débiles corduras recrudecidas. Quedo cegado sin colores con los indefinibles rasgos de manchas brumosas y siluetas ilusorias. Los sonidos cambian a gráciles olas sonoras que provienen de parajes encerrados. Sufro la imposibilidad de moverme o hablar, prolongándose hasta fines bruscos y nefandos. Delante del oleaje de la incomprensión y de las perplejas abundancias del pavor, oigo una voz que persiste entre la situación. La figura y la voz de la mujer se van haciendo más presentes, mientras continúo oyéndola. Sigue ahí: la escucho. ¡No la soporto! ¡No para! ¡Su voz es cada vez más fuerte! ¡Y más fuerte! ¡Más fuerte! ¡Más fuerte! ¡Más fuerte! Hasta que, finalmente, escucho perfectamente la voz de la mujer. Ante los murmullos de mi locura, oigo sus palabras:

—Pasé mucho miedo. Creí que te habías hartado de mí. Creí que me odiabas. Creí que querías olvidar a tu yo que quiere olvidar todo de mí. Tuve miedo y vine aquí. Me alegré mucho cuando apareciste. Ahora puedes quedarte conmigo para siempre. Sin ti, no tendría nada. Lo siento por todo. Espero que sientas lo mismo por mí. No vuelvas a abandonarme. Te amo, Pasternak… *Te amo, te amo, te amo, te amo, te amo…*

Sus palabras son directas y precisas. Parece el demiurgo de toda estrategia. Su mirada inmóvil transmite incierta confianza sobre ella. Por alguna razón sigo ignorando todo lo oído. Intento escapar, siendo mis esfuerzos omisos. Estoy cerca de rendirme cuando otro impacto traspasa mi cuerpo, un impacto que suprime mi parálisis. ¡Puedo moverme! ¡Soy libre! Me levanto con precipitación, alejándome de donde estaba. Advirtiendo la puerta del fondo, voy directamente hacia ella. Subo por unos escalones mientras dejo la sala. Consumido en la oscuridad, recuerdo que he dejado a aquel ente atrás, abandonado. ¡No importa! ¡No puedo doblegarme! La única importancia ahora es abandonar ese lugar y desaparecer de allí.

EL REGRESO

He sido consumido en la oscuridad y quedo a merced de mis instintos para seguir avanzando. Las escaleras son angostas, pero es suficiente para permitirme continuar. El aire denso surge por todas partes, aumentando cada vez más mientras subo. Las condiciones están empeorando y la atmósfera sigue agravándose. Desde la mitad de las escaleras, allende la estancia, entre ofuscamiento y delirio, puedo ver, todavía lejos de mí, una luz en el ascenso final de la salida. Saber que hay algo más allá llena mi orgullo hacia un declive insulso y desconsolado. Pienso en lo que era, es y será de mí, sin embargo, las posibilidades de alguna solución son inseguras. Mantengo el caminar estable con la decisión de cerrar los ojos y pensar o, mejor dicho, recordar. Confiado en mi interior, repaso con estudio de mis recuerdos el pasado que insiste en la memoria perdida. Rememoro lugares, sonidos, caras, espacios, ambientes, sentimientos, temores y esencias pertenecientes a lo conocido, no obstante, no contenta lo que busco. Recuerdo lugares vacíos, ecos turbantes, hedores repugnantes, figuras punzantes, latifundios piramidales, organismos ondulantes, laberintos descendentes, canales amordazados, socavones roturados, túneles insondables, paredes untuosas, periferias granas, esculturas carnosas, resplandores fulgurantes, entes horripilantes y, siendo lo peor, risas inmemoriales, de las cuales se desbordan el desprecio de un mundo completo de torturas inimaginables. Son insolentes mis recuerdos; los lugares que exploré desamparan leyes a donde vaya. Estoy cansado y quiero dejar de recordar. Estoy exhausto.

Al abrir los ojos me veo más cercano a la salida, dejando atrás los anteriores escalones con presteza. Voy a salir y tengo la firmeza de que lo esperado al otro lado será con seguridad fiel a este mundo.

Atravieso la salida. Finalmente estoy fuera.

Un lugar particular me llama, evocándome deseos de dirigirme allí.

Por fin vuelvo a las ramas de las que provengo. Por fin he regresado.

He regresado a la torre escarlata.

Admiro la construcción de la torre mientras me dirijo hacia ella. El color escarlata brillante, los cimientos singulares, la grandeza colmada y, ahora, consumida por fragmentos de carne que parecen asemejar caras brumales, transforman su corpulencia en imponencia.

Al acercarme miro la expansión carnosa llegar hasta los rostros inferiores de la torre. Los tejidos arteriales dominan con totalidad la superficie y la sangre se esparce con delirio. Estando lo suficientemente cerca, rememoro tiempos donde estuvieron unas entradas, siendo ahora consumadas. Oigo ruidos provenientes del ende: frágiles y gráciles súplicas de aflicción y desprecio. Mi estado empeora y el aire comienza a ser insoportable. Empiezo a sofocarme hasta hundirme en la desesperación. Mis esfuerzos son en vano. Yazco abatido en el suelo sin oportunidad de levantarme. Miro los alrededores hasta donde alcanza mi visión, pero sólo encuentro la oscuridad de los horizontes. Deseo algún retorno de vigor para recuperar mi postura o algún incremento admirable que devuelva mis fuerzas, mas nada sucede. Sigo débil, sin embargo, no ceso en mis intentos de levantarme. Ante mis pocas capacidades, mi audición aún persevera. Escucho los temblores de la tierra, las masas de carne se rompen violentamente, las vibraciones se prolongan hasta los confines más lejanos y los oscilantes movimientos ocurren desde los descompuestos subsuelos. Todo aúna ante la súplica de mi cordura. Entre giratorios ruidos y discordes bramidos, una voz sobresale entre todas ellas. Me es difícil descubrir tal voz atroz, pero al concentrarme puedo orientar mi visión a las señales claras que me indican la aparición de la mujer que abandoné. Vuelvo con desquiciados esfuerzos a intentar levantarme o a recuperar la movilidad de, al menos, alguna parte de mi cuerpo. Percibo los pasos que se avecinan cada vez más, acercándose a mí sin detenerse. Siento que puedo despertar alguna parte de mi cuerpo, devolviéndome motricidad y agilidad para escapar. Por consecuente insistencia, provecho a levantar mi cuerpo gradualmente mientras me recupero de las hondas turbaciones. Dirijo mi vista hacia donde está la mujer. Veo que se ha detenido, manteniendo su mirada en mí. Enderezo mis endebles piernas; siento un violento asir en mi rodilla que comienza a extenderse. Cuando miro hacia abajo para ver qué me está agarrando, percato una masa sangrienta enmarañando con ímpetu toda mi pierna hasta ascender a mi cintura. Me engulle en grandes porciones, consume mi huida e impide arduamente mi libertad de la voraz carnosidad. Intento desgarrar los tejidos con tirones fuertes y fracturar las aberturas aún existentes, pero a pesar de los esfuerzos sigo atrapado. La mujer se acerca y, alzando la mano, se dirige hacia mí. Aunque hubiera aceptado la gratitud prestada, los tejidos someten mi cuerpo, enredándome y abatiéndome aún más. Irgo la cabeza como la última opción que aprovecho, pero la masa la encierra completamente, haciéndome asfixiar hasta el absoluto delirio. Mis piernas se hunden, y con ellas, mi cuerpo.

Ante la locura grito con desesperación sin ninguna respuesta. La mujer sigue hablando, mas he perdido todo sentido del sonido.

No logro mover mi cuerpo. He sido consumido en totalidad. Mi conciencia se mantiene intacta, pero intuyo no estar así por demasiado tiempo. Comienzo a perder los sentidos del tacto, gusto y olfato, el pensamiento y los recuerdos, pero estos últimos aún prevalecen. Incluso encontrándome en la situación que sufro, retengo la voz de la mujer, la cual resuena dentro de mi cabeza con mayor fuerza. Mi conciencia dormita y pierdo el juicio de las cosas, olvidando los males y los bienes. *Olvidando todo*. Sin poder fallecer en este momento, algo me impide trascender *al otro mundo*. Parezco abandonar mi cuerpo, afligido, devastado, sin sobra ni falta, pero ausente de esencia y significado. ¿Qué clase de sentimiento puede generar esto? ¿Qué ocasiona tal insignificancia sobre mi corazón? ¿Quién es el causante de este desprecio? ¿Quién es el culpable de mi castigo? Las infamias se separan del mundo, y con ellas, yo.

Se borran huellas de recuerdos, y con ellas las experiencias. Peregrino inducido en los ramajes de la soledad, donde residen las aureolas de la paz. Regreso al lugar donde vivía antes, un lugar…, ¿qué es esto…? ¿Qué sucede? ¿Qué irrumpe mi soledad? Oigo una voz. Un presente vivo que todavía navega entre mis recuerdos. Lo sé… ¡Lo sabía! ¡Aún falta algo! Veo un cielo, un color. Formas parecidas a edificios. Un retrato, una imagen: una persona. Colores rebotan por todos lados en medio de una contundente sinfonía. Canales grandes llevan a caminos sin salida. Periferias inclinadas por caligramas enredados. Pétalos caen de un árbol; y del árbol, pájaros negros. Espacios transmiten la finitud de la materia y del universo. Llamas danzantes de colores y un despiadado país de las maravillas. Y una voz, voz bella, pueril, cálida, expresiva, sentimental, viva… me susurra: «Te amo… te amo, Pasternak». ¡Eso era! ¡Lo recuerdo todo! ¡Tengo que escapar! ¡Tengo que huir! ¡No puede ser el final! ¡No! ¡No! ¡Es el final! ¡Adiós! ¡Adiós a todo! ¡Adiós! ¡Adiós! ¡Te amo! ¡Te amo…, *Yell…*!